




Eduardo Talero

---

ECOS DE AUSENCIA

Biblioteca  Valenciana



31000005259687





CV/16564



**EDUARDO TALERO**

---



**ECOS**

**de ausencia**

**CUATRO REALES**

**F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES**

Calle del Palomar, número 10

Sucursal: Mesonero Romanos, 42

VALENCIA

MADRID

Obras publicadas á UNA peseta el tomo

- A. Hamon.—Determinismo y responsabilidad.
- A. Hamon.—Psicología del militar profesional.
- A. Hamon.—Psicología del socialista anarquista.
- A. Hamon.—Socialismo y Anarquismo.
- Alcalá Galiano.—Las diez y una noches (Cuentos occidentales).
- Alexis, Bonafoux, Blasco Ibáñez.—Emilio Zola (su vida y sus obras).
- Alexis.—Las chicas del amigo Lefévre.
- Angel Guerra.—Literatos extranjeros.
- Bakounine.—Dios y el Estado.
- Bakounine.—Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.
- Barón d' Holbach.—Moisés, Jesús y Mahoma.
- Baudelaire.—Los Paraísos artificiales.
- Bjærnstjerne Bjærnson.—El Rey.
- Bjærnstjerne Bjærnson.—El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.
- Blasco Ibáñez.—Arroz y tartana.
- Blasco Ibáñez.—Flor de Mayo.
- Blasco Ibáñez.—Cuentos valencianos.
- Blasco Ibáñez.—La condenada.
- Bracco.—Muecas humanas.
- Büchner.—Fuerza y materia.
- Büchner.—Luz y vida.
- Bueno.—A ras de tierra.
- Bunye.—La novela de la sangre.
- Comandante \*\*\*.—Así hablaba Zorrapastro.
- Conde Fabraquer.—La expulsión de los jesuitas.
- Chamfort.—Cuadros históricos de la Revolución francesa.
- D'Annunzio.—Episcopo y Compañía.
- Larwin.—El origen del hombre.
- Darwin.—Mi viaje alrededor del mundo 2 tomos.
- Darwin.—Origen de las especies. 3 t.
- Darwin.—Expresión de las emociones en el hombre y en los animales. 2 t.
- Daudet.—Cuentos amorosos y patrióticos.
- De la Torre.—Cuentos del Júcar.
- Delfino.—Átomos y astros.
- Deutsch.—Diez y seis años en Siberia. 2 tomos.
- Diderot.—Obras filosóficas.
- Draper.—Conflictos entre la Religión y la Ciencia.
- Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. 2 t.
- Faure.—El color universal. 2 tomos.
- Flaubert.—Por los campos y las playas.
- France.—La cortesana de Alejandría (Tnis).
- Garchine.—La guerra.
- Gautier (Judith).—Las crueldades del amor.
- Gautier (Teófilo).—Un viaje por España.
- George.—Progreso y miseria. 2 tomos.
- George.—Problemas sociales.
- Gómez Carrillo.—Destile de visiones.
- Gómez Carrillo.—Por tierras lejanas.
- Goncourt.—La ramera Elisa.
- Gorki.—Los ex-hombres.
- Gorki.—En la prisión.
- Grave.—La sociedad futura. 2 tomos.
- Grave.—La sociedad moribunda y la anarquía.
- Gutiérrez Gamero.—La derrota de Mañara.
- Guy de Maupassant.—El Horla.
- Guy de Maupassant.—La mancebía.
- Hackel.—Los enigmas del Universo. 2 tomos.
- Haggard.—El hijo de los boers.
- Heine.—De la Alemania. 2 tomos.
- Heine.—Los dioses en el destierro.
- Hugo (Victor).—El sueño del Papa.
- Ibsen.—La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.
- Ibsen.—Emperador y Galileo.—Juliano Emperador. 2 tomos.
- Ibsen.—Los espectros.—Hedda Gabler.
- Inchofer.—La monarquía jesuítica.
- Ingenieros.—La simulación en la lucha por la vida.
- Ingenieros.—Italia en la vida, en la ciencia y en el arte.
- Kropotkine.—La conquista del pan.
- Kropotkine.—Palabras de un rebelde.
- Kropotkine.—Campos, fábricas y talleres.
- Kropotkine.—Las prisiones.
- Kropotkine.—El apoyo mutuo. Un factor de la evolución. 2 tomos.
- Labriola (Arturo).—Reforma y revolución social.
- Laugel.—Los problemas de la Naturaleza.
- Laugel.—Los problemas del alma.
- Laugel.—Los problemas de la vida.
- López Ballesteros.—Junto á las máquinas.
- Lubbock.—La dicha de la vida.
- Mackay.—Los anarquistas.
- Mæterlinck.—El tesoro de los humildes.
- Malato.—Filosofía del anarquismo.
- Malato.—La gran huelga. 2 tomos.
- Marx (Carlos).—El capital.



# ECOS DE AUSENCIA



Eduardo Talero

---

# ECOS DE AUSENCIA



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, núm. 10

VALENCIA

---

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y C.<sup>a</sup>—VALENCIA

**FANTASMAS DE LA SELVA**



## Fantasma de la selva

---

Procuro reproducir con la mayor exactitud posible la emoción con que John Fearless, agente viajero de una casa londinense para buscar orquídeas raras en los bosques tropicales, me relató un episodio que le acaeció hace algún tiempo.

Estábamos en plena noche de orquesta, bajo la poderosa iluminación del restaurant, y sin embargo mi interlocutor tornóse trémulo y profundamente pálido al referirme, á propósito de Sud América, un suceso cuyo recuerdo—con ser ya lejano y referido en broma—aun le causaba una crispatura pavorosa.

Intrépido y musculoso como era cuando arribó por primera vez al trópico sudamericano, ansia más que temor abrigaba hacia las aventuras misteriosas de que las letras europeas hacen escenario á estas regiones.

Su cintura era un arsenal completo de armas de precisión, su valija un botiquín inmejorable contra epidemias y venenos de serpientes, y de la firmeza de su pulso de *Shooter*, lujoso documento eran las pieles de tigre con que siempre regresó á Londres, tras repetidas excursiones por la India.

¿Por qué entonces no desear las aventuras de Sud América, si ellas habrían de acrecentar la fama de *pioneer* heroico de que ya se ufana-  
ba ante sus compatriotas?



Su viaje había sido excelente. La *Royal Mail* lo había dejado en uno de los puertos de Colombia, tierra clásica de las orquídeas exóticas; había hecho luego la navegación del río Magdalena, y á juzgar por la pompa de los palios frondosos que durante ocho días había visto desfilar en las riberas, sus hallazgos iban á ser inestimables.

Más de una noche cálida, mientras la hélice del barco fluvial deshojaba en la radiación lunar colosales rosas de blancura, él, tendido en cubierta sobre su silla de viaje, medio embriagado por los aromas capitosos de la selva—y por algo de whisky—abandonaba sus miradas



á las espirales ilusivas de su pipa y su imaginación á no remotos triunfos.

Se le antojaba que las fosforescencias del bosque inmediato no eran sino los pétalos brillantes, las corolas de fuego de la orquídea inédita que ilustraría su nombre, al retratarse en el *monocle* y recostarse en la solapa del refinado Chamberlain.

Cuando terminó la navegación del río para seguir el viaje á lomo de mula, fácil le fué en el puerto ribereño adquirir todo género de informes acerca de la ruta conveniente y de las precauciones que no debía olvidar en esa clase de travesías.

Le hicieron comprender que, bajo aquel clima de 40 grados, la insolación era el peligro más probable si cometía la imprudencia de no hacer parte de la jornada durante la noche para reservar las horas caniculares á la siesta.

Resolvió seguir ese sistema nativo de viajar, y se sonrió con sarcástico desdén cuando le hablaron de tigres, bandoleros, fiebres y culebras. Ahí estaban sus armas y específicos; y allende el Támesis, en lugar ostentoso de su *home*, las pieles de la India.

Mentalmente recorría el catálogo de los peligros, riesgos y demás sucesos que pudieran ocurrirle, y fuera de un alevoso *coup de chaleur*

bajo su casco piramidal, no paró mientes en otro posible acaecimiento digno de la previsión británica.

Caballero en una nerviosa mula criolla, muy avezada en los atajos del bosque, y por naturaleza avizora en tremedales, guaridas y cubiles sospechosos, John Fearless se internó en las bóvedas perfumadas de la selva.

Supongo que la opulencia floral de aquellos bosques debió satisfacer á cada paso sus ambiciones de explorador; pero no fué en esas horas de atisbo, en que á favor de la atigrada luz crepuscular que filtran los ramajes buscaba en la techumbre sus parásitas, cual turista bajo las lámparas de un templo, cuando le ocurrió la aventura extraordinaria.

Fué en alta hora de una de esas noches solitarias, en que hasta el bramido de las fieras denuncia los temblores del espanto, y la obscuridad untuosa de esos parajes causa al viajero la impresión de haber caído para siempre en un pozo sin fondo, ó entre las naves medrosas de las basílicas de la eternidad.

Danse allí las sombras á gesticular horrores inauditos, y la imaginación más lerda ve en cada tronco un fantasma embozado, y en cada arbusto un espectro, y en cada piedra la cara iracunda de un endriago, y en cada rama sa-

liente el brazo amenazante de un bandido, y en cada bejuco una víbora que se columpia en presa.

Y una vez aparecido en la imaginación el primer trasgo falaz, la sangre se acelera, la piel se eriza, el cabello se para, y el redoblar resonante del corazón hace que al oído lleguen el rumor del viento convertido en gemidos, y el crujir de los troncos como fractura de huesos, y las piedras sobre las hojas secas como chasquear de hienas, y el ahogado gorgoteo de los arroyos como estentóreas gorjerías de moribundo en pena.

En ese antro de visiones nemorosas, la flemática serenidad de John Fearless se disipó como por encantamiento, debido á un incidente que detuvo su marcha, y le hizo subir el corazón á la garganta. La mula se había parado bruscamente, dando resoplidos de terror, y rebelde á la espuela tentaleaba las sombras con las orejas oblicuas, y temblaba como caldera al estallar.

Para quien conoce el espíritu de penetración que esos animales demuestran ante los peligros de la selva, tal señal de alarma era terriblemente sugestiva.

El encuentro repentino de la inteligencia con lo inexplicable, oprime el corazón y da instantáneo nacimiento á las supersticiones atávi-

cas. El cerebro impotente abandona su imperio á la desordenada convulsión nerviosa.

Con todo, John Fearless pudo recuperar un instante el raciocinio en fuga, y carabina en mano, hizo otra tentativa para explicarse lo ocurrido, poniendo oído atento á los rumores de la noche.

Preparado estaba para ver surgir de los breñales inmediatos la silueta de alguna fiera agresiva, cuando llegó á sus oídos el eco de una tremolina muy lúgubre y extraña: algo como un grito muy largo seguido de salmodias lastimeras: algo á modo de plegaria funeral que subiese al cielo desde la parte fontanosa de la colina próxima.

Cuando cesaba ese murmullo de angustiada multitud, los ruidos de la selva hojosa seguían rasgando el silencio con el temblor de sus clamores, y otra vez, aunque ya más cercano, cundía por la espesura un grito dolorosamente largo, un grito horroroso, todo lleno de oes que, como pozos hondos de misterio, sembraban el terror en torno.

Y extinguidas en el viento las últimas oes de la singular imprecación, de nuevo se oía el eco de una letanía, como si los troncos negros de los robles centenarios que se erguían en la parte superior de la montaña se hubiesen con-

vertido en descomunales monjes balbuceando plegarias de desolación.

Y á cada onda lúgubre que se difundía, la mula resoplaba, pugnando por abismarse en los precipicios y barrizales que flanqueaban el sendero.

Mr. Fearless no acierta á reconstruir en su recuerdo la emoción exacta que experimentó después.

Creo que, con intensa crispatura nerviosa, quedó como petrificado, tratando de dominar con las riendas el arretrato de la bestia aterrada, y sondeando con sus pupilas la tiniebla de la montaña.

No sabe cuánto tiempo permaneció en ese estado, pero recuerda haber visto aparecer de repente, en un recodo sombrío de la trocha abovedada, una iluminación trémula y ondeante, cual si los gajos de palmeras se hubieran incendiado con una brisa infernal.

Y esa visión luminosa avanzaba hacia él, difundiendo en las obscuridades de la selva una danza de sombras lívidas y de reflejos diabólicos.

Le parecía que toda la montaña estaba poseída de ese mismo terror, porque las luciérnagas volaban rayando la sombra con líneas de azul fosfórico, y crujían las hojas secas, y

las aves nictálopes azotaban el ramaje, lanzando un graznido al escaparse, y más de un murciélago llegó á golpearle el rostro con sus alas membranosas.

Creo que su pavor llegó á las fronteras del más hondo delirio, cuando divisó una multitud de sombras que enarbolaban hachones de maderas teosas, y con dolorida continencia murmuraban algo muy extraño, siguiendo en filas un cañizo ó camilla donde, á la luz temblorosa de un tenebrario rústico atado á los extremos, aparecía el cuerpo rígido de un muerto, con el rostro lívido medio sepultado entre flores silvestres.

En ese punto queda truncado el recuerdo del explorador inglés, para reanudarse al día siguiente cuando recobró el conocimiento en la choza hospitalaria de una aldea vecina.

\*  
\* \*

No pude menos que sonreír cuando John Fearless llegó á esa parte de su narración.

Conocedor como soy de ciertas prácticas antiguas, aun conservadas por los labriegos de mi país, descifré á mi interlocutor el enigma, y disipé uno por uno los fantasmas que aun persistían en su imaginación.

Las explicaciones que le dieron en la aldea adonde fué conducido cuando se desplomó exánime del lomo de la mula, no habían sido bastantes á curarlo del supersticioso espanto; si por mal dadas, si por la precipitación que él puso en ganar el puerto de reembarque.

Perfectamente satisfecho quedó cuando le expliqué que esos cortejos funerales tenían su lógica razón de ser. Cuando muere uno de esos rudos montañeses en algún bohío aislado y distante del poblado, los deudos, por evitar una marcha bajo el sol canicular de esos climas y por ganar tiempo para ir al cementerio de la aldea más próxima sin distraer un día á sus labores, aprovechan las últimas horas de la noche para esas ceremonias.

Tan pronto como expira el moribundo, uno de los mocetones de pulmón más vibrante asciende al collado próximo, y allí, á voz en cuello, con tono plañidero que se escapa de las manos ahuecadas sobre la boca á modo de bocina, y dando á cada palabra la más lúgubre extensión posible, grita las siguientes frases elegíacas, que inmemoriales tradiciones han conservado entre esos campesinos, como fórmula patriarcal de invitación al duelo:

«¡Soocoooooooo...rrooo.... her...maaa...nooos!  
¡Que Fulano... haaa mueeeeertooo! ¡Que vengáis

á veeerlo! ¡Que tarde ó temprano, que blando, que tieso, por ese caminnoooo tenemos que andaaaaaar!»

Este ciclópeo gorigori, lanzado á la brisa de la noche desde una eminencia, repercute en los valles y cañadas de la montaña con un eco profundamente desgarrador y sombrío.

Las familias moradoras de los bohíos circundantes, tan pronto como oyen el infausto aviso, se ponen en marcha hacia la choza en duelo, se proveen en el tránsito de plantas aromosas para los hachones; y en cada cumbre de las colinas que cruzan encienden un fogarín, clavan una tosca cruz de leños ornada con floridos musgos, y en alta y quejumbrosa voz contestan á la invitación, repitiendo á su vez ese consagrado clamoreo.

Reunidos los invitados con los deudos en la casa del extinto, apuran sendas tazas de hidromiel fermentada, encienden sus teas votivas, depositan sus flores sobre el cadáver, y emprenden en procesión la marcha hacia la aldea vecina.

Al ganar cada cumbre, repiten en coro la imprecación mortuoria, y siguen rezando el rosario con un acento conventual de misticismo arcaico.

Si á eso se agrega el retumbar de los torren-



tes despeñados en las sierras, el aleteo siniestro de los cárabos fugitivos, el aullido lejano de los perros y el estrépido de las fieras entre el zarzal enmarañado, fácil es comprender por qué la flema británica de John Fearless le abandonó la razón á los estragos de una alucinación espeluznante.

---



# **VIDAS BRAVÍAS**



## Vidas bravías

---

Sobre la cubierta del barco iban apareciendo los viajeros recién levantados de las hamacas donde habían dormido la siesta. Los disparos hechos de á bordo contra un grupo de caimanes aletargados sobre la arena de la playa, habían despertado de su modorra canicular á todos los pasajeros.

La anchura del río Magdalena en esa parte de su curso no permitía que el barco se refrescara con el abanico de las palmeras centenarias que franjeaban las orillas. Las planchas del buque crujían trémulas por la presión de las calderas en lucha contra la corriente mugidora. El sol echaba verticalmente sobre el río sus bocanadas de bochorno, y desmenuzaba en el aire el brillo hostil de sus laminillas agresivas.

Al poco rato todo parecía humear en el ambiente.

La selva distante sombreaba el verde profundo de su exuberancia con la evaporación de los pantanos, con una gasa tenue que á trechos espejeaba con tremor de aire incendiado. Nadie se habría sorprendido si de los troncos secos caídos en la playa, si de ese gris humoso se hubiesen levantado llamaradas espontáneas.

Los viajeros, todos acalorados entre sus trajes de lino, apuraban en las mesitas de cubierta vaso tras vaso de refrescos, mientras los negros que en la planta baja del buque tiraban leña á las calderas aprovechaban cada tregua para devorarse de un chupón una naranja, ó para hundir ojos, nariz y jeta en el manantial pulposo de un melón.

Más de dos horas de sofocación habrían pasado, cuando tal cual pájaro que se aventuró á pasar de orilla á orilla, indicó la proximidad de la tarde.

Un toque de campana ordenó desde la casilla del timón maniobras de virada. El buque sesgó su rumbo hacia una de las riberas.

Á poco rato dobló un recodo del río, navegando cerca de las obscuridades de la selva, bajo la zona de sombra proyectada sobre la corriente por un espeso muro de ceibos seculares.

El efecto fué mágico.

Las pupilas se dilataron, asomándose á re-

frescar la imaginación en la hondura opaca de la corriente, y las narices se ensancharon refrigerando el espíritu con humedades aromáticas de musgo.

Concluida la virada y puesta al Sur la proa, el nuevo paisaje realizó en los ánimos repentina transformación. Los cuerpos se irguieron con ágil ansia por las nuevas sensaciones, y el letargo de los cerebros se desperezó en charla flexible, apenas interrumpida por el rezongo de los monos ó por las carcajadas de los peones estirados boca arriba sobre los fardos de la bodega.

Se apagaron en los cielos y en el agua las brillazones intensivas, y la infinita riqueza de los matices suaves principió el derroche de sus escalas inéditas.

Casi náufrago el sol en alguna ciénaga remota de Occidente, sus reflejos doraron medio cielo y medio río, quebrados en el prisma de las nieblas y en la pantalla movible de las enredaderas gigantescas.

En la otra mitad del paisaje el oro crepuscular se iba apagando en gradaciones, desde el bronce flamante de las nubes hasta el verde tembloroso de las hojas reflejadas en el agua, y desde el acero azulado del horizonte hasta la franja lóbrega del ramaje compacto.

Esas escalas de colores parecían corresponder á muchas otras escalas de sonido, porque en tanto que las damas de á bordo tarareaban bambucos en el piano, del bosque vecino llegaban aplausos de alas y trinos de arrendajos y turpiales.

El río era recto en esa parte, así que la proa desgarraba por mitad una franja cobriza, que desde una anchura de 500 metros se iba estrechando á lo lejos entre las florestas de las orillas, hasta unirse con el cielo en un sector de confín ceniciento y misterioso. Íbanse las miradas soñadoras de los viajeros hacia ese arco de atmósfera, hacia esa portada de la lejanía, tras la cual seguían inmensidades de desierto y monumentales cordilleras por ascender durante quince días antes de ganar la altiplanicie de Bogotá, fin anhelado de tan largo viaje.

Aun para los colombianos acostumbrados á remontar el Magdalena, esa navegación no carece de sobresaltos. Para quienes la hacen por primera vez, la emoción es permanente, no sólo por la variedad de los paisajes y la violencia de un clima de 40 grados, sino por el género de idilios y tragedias en que alterna la vida normal de los pobladores ribereños.

Los rayos del sol, al caer verticalmente sobre aquellas regiones, así producen gestos



monstruosos en los troncos y audacias en los deseos y las corolas, como recalientan la furia de las fieras y encienden en los corazones desprevenidos llamaradas inauditas.

El aire que se respira es una tufarada continua de vida cálida, pero tan cálida, que lleva consigo la temperatura de la combustión.

La muerte hace gran cosecha, porque hay vida de sobra. Es aire de fecundidad aterradora, donde todo vive: germen y ponzoña, perfume y miasma, ilusión y buen juicio, mucho amor y mucho odio. La rapidez con que brotan los granos en el surco y la culebra clava el diente, es correlativa de la prontitud fulminante con que nacen los amores ó se tiñen de sangre los machetes.

El avance del crepúsculo dió al horizonte un tinte de azúcar requemada y humeante, apenas estriado por las franjas verdes de los loros parleros, por las escuadras tornasoles de los patos y por las garzas que en filas cambiantes decoraban la tarde de festones.

Las manchas grises se propagaron hasta llenar el espacio con humaredas de plomo; de la selva llegó de repente un aleteo de inusitadas alarmas; las encinas crujieron doblegadas por una brisa impetuosa, volcando sobre la corriente una lluvia lenta de hojas amarillas y pétalos

marchitos; el barco se balanceó con violencia, y el eco kilométrico de un trueno salió trémulo de las cuevas negras de las hiedras.

Todo eso debía indicar la proximidad de la tormenta, porque el capitán subió con precipitación al puente, y la marinería se puso á maniobrar enardecida por el repiqueteo activo de la campana del timonel.

Las humaredas de plomo descendieron como pesadas moles de carbón, los ramajes unieron sus rumores en un solo bramido cavernoso, y tras una explosión de nubes chisporroteó el aire incendiado en una gran llamarada sulfurosa.

Poco después, los viajeros, refugiados en sus camarotes, no oían sino los azotes del aguacero y uno que otro grito de los marineros, en porfía por imponer su voz sobre el estruendo del vendaval y por echar al agua una canoa en operaciones de ataque á los troncos de la ribera.

La noche transcurrió en dura faena por defender el barco contra las rachas arrolladoras, y sobre todo, contra el espolonazo de los inmensos troncos arrastrados por el turbión.

¡Qué diferente cuadro del ofrecido en esas navegaciones cuando la noche está serena! La claridad de las estrellas parece entonces cris-

talizarse en el aire, haciendo fino envase para llevar á bordo almíbares y aromas.

Las luciérnagas y los fuegos fatuos de la hojarasca centellean entre los musgos y las lianas, con pureza de joyas vivas sobre terciopelos enlutados. La embriaguez infiltrada por el vaho femenino de la selva, predispone á los viajeros para buscar en las guitarras el tono armónico con su cuita sentimental.

Las notas de los bambucos colombianos ale-  
tean de boca en boca como colibríes de fuego.

Á distancia del barco, bajo las bóvedas de gajos que avanzan sobre el río para bambolear en el aire sus candelabros de orquídeas, ágiles sobre las brillazones de la escama lunar espolvoreada en la corriente, deslízanse las piraguas conduciendo parejas de enamorados agrestes, cuando no robustos mocetones que han dejado á muchas leguas de distancia su bohío para irse de una bogada á rondar el de sus novias. Confiados á su brazo musculoso y á la bravura de su pecho, se lanzan al raudal en la cavidad de una corteza ó en una balsa de junco, acompasando con el golpe del remo el ritmo cálido de las trovas, cantadas siempre á voz en cuello.

Bajo esas frondosidades, con los brazos desnudos y bronceados, y la enmarañada cabeza descubierta, aquellos bogas que se ven á dis-

tancia como sumergidos hasta la cintura en el oleaje, evocan supersticiones fantásticas.

Pero no fué leyenda, sino episodio bien auténtico, el que en esa travesía presenciaron los viajeros.

\*  
\* \*

Tras aquella noche de borrasca, la alborada se presentó muy nebulosa. En el raudal flotaban los despojos de bosque descuajado por el huracán.

Enormes cortinajes de lianas recamadas de flores encendidas, pugnaban aún por desprenderse de los bejucos desgarrados.

Las nieblas del río y las nubes rampantes se habían confundido en un solo andrajo fugitivo. El viento rasgaba la atmósfera como si ésta fuese un gran velo de olán hecho arambeles.

El buque soltó amarras y reanudó con cautela la navegación aguas arriba.

El peligro persistía.

El cielo se había pacificado, pero la borrasca se revolcaba con furor de náufrago.

Entre el caudal gredoso, bajaban trozos de ribazo en tumbos bramadores.

Á la superficie asomaban de repente copas de palmeras aun cuajadas de racimos, ó viejas

encinas que sacaban á flote sus raigambres velludosos, como tentáculos de arañas descomunales.

Cada choque de uno de esos troncos contra el buque, hacía temblar de angustia.

Los pasajeros inclinados sobre la barandilla de cubierta excrutaban la corriente para avisar con tiempo la aproximación de la avalancha.

Todo el río era un dilatado manto verde, recamado de borbollones de espuma, alamares de racimos dorados y guirnaldas de flores caprichosas. De repente pasaba sobre un banco de musgo un apretado nudo de serpientes, ó entre las horquetas de un roble aparecía el húmedo pelamen de una fiera.

Un grito escapado de proa, dejó los ánimos suspensos.

—¡Un náufrago en la orilla!—dijo alguien, señalando á lo lejos un remanso.

El capitán miró con el anteojo en esa dirección, y dirigió allí la proa, echando al cauce sondajes cautelosos.

En realidad, al vaivén del oleaje se mecía un cuerpo casi desnudo, medio sostenido sobre la superficie por el ramaje horizontal de un árbol torcido sobre la corriente.

En una canoa trasladaron dos marineros el cuerpo á bordo.

Desde el primer examen se vió que no había esperanza de restituirlo á la vida, por lo cual lo colocaron en la planta baja del barco, cerca de las hornazas, esperando la primera arribada á tierra á cargar leña, para darle sepultura.

El cadáver era el de una muchacha de diez y ocho á veinte años, pálida y cenceña, de renegridos ojos entreabiertos todavía, en cuyas pupilas temblaban aún los asombros del abismo.

El oleaje no había logrado despojarla de la enagua y el corpiño, y aunque le desató las madejas de la profusa cabellera negra, también le había ceñido al cuello un florido gajo de convólulos azules.

La presencia de aquellos despojos aumentó en los viajeros la emoción trágica producida por los estragos de la tormenta, y cada cual se dió á conjeturar las posibles circunstancias del suceso.

Algunas damas se arrodillaron á orar en torno del cadáver, que así mojado y estremecido por las vibraciones de la máquina, parecía tiritar asustado por un temblor de eternidad.

Un bramido prolongado de la sirena anunció la cercanía de una choza, de esas que los montañeses atrevidos instalan en las orillas más desoladas del Magdalena, en parajes remotísimos de toda población, donde tengan los vapores

que hacer escala para proveerse de leña. Sin más equipaje que hachas, escopeta, anzuelos y machetes, hay familias que se aventuran en esas soledades, y en cualquier playa que diste muchas leguas de todo sitio poblado, amarran la canoa, arman el rancho con gajos de palmera, se alimentan de frutas, caza y pesca, y á los pocos días ya ostentan elevadas pilas de astillas en la barranca del río, é izan bandera para invitar á los vapores á comprarles combustible. El éxito de este negocio da lugar á la consabida plantación de maíz, caña de azúcar, bananos, lo que, unido á la profusión de cocoteros y tantos otros frutos silvestres, produce plena abundancia á la familia, y hasta llega á ser origen de importantes caseríos.

Amarrado ya el barco á unos enormes mangles, la marinería tendió la plancha sobre la barranca.

Antes de principiar el embarque de leña, cuatro peones trasladaron el cadáver á tierra. El capitán y algunos pasajeros precedían el fúnebre séquito.

De la ribera, ocupada por filas de leña, se desprendía un sendero sombreado por cocoteros, á cuyos lados susurraban las plantaciones de caña de azúcar y maíz. Ese sendero conducía á una obra del bosque virgen, donde se ele-

vaban chirimoyos y guayabos copudos, protectores de un naranjal, que á su vez daba sombra á un largo rancho techado de palmera y á una ramada escueta donde estaba el trapiche.

—¡La Carmela! ¡Dió santo!...

Tal fué el grito indeciblemente desgarrador lanzado por una anciana que apareció en el patio de la choza, en el momento que los peones depositaban el cadáver en el suelo cubierto de azahares sucios y naranjas podridas.

Clavó la vieja en el rostro de la niña las pupilas desorbitadas, hizo con la boca desdentada un cero devorador, hundió las manos esqueléticas en las mechadas encanecidas, miró luego al río, al patio, al bosque, dió un alto atrás y desapareció tras una de las puertas gritando:

—¡Carmela! ¡Carmela!

Ante tales escenas la imaginación es muy rápida.

Una mirada triste cambiada entre el capitán y los viajeros disipó las dudas sobre lo sucedido.

Esa anciana debía ser la madre de la niña; pero ¿cómo se había ahogado ésta? ¿Dónde estaba el resto de su familia? ¿En qué sitio se le debía dar sepultura?

No admitiendo más demora la solución de esos enigmas, la comitiva resolvió avanzar ha-



cia la puerta entornada de la choza, de donde salía un rumor de sollozos oprimidos.

Otro cuadro todavía más misterioso, dejó á los viajeros absortos en el corredorcito del rancho.

Contra la pared de varas había una tarima, donde la vieja se golpeaba la frente, y dos niñas lloraban mohinas y convulsas. Sobre una barbacoa clavada en el suelo, yacía el cadáver de un mocetón de veinticinco á treinta años.

Su tipo é indumentaria eran los característicos del boga del Magdalena. La honda herida oblicua que le teñía de rojo el bronce ya verdoso de la frente, era el grito acusador que alteraba ese silencio.

Las miradas húmedas y caóticas de la vieja, iban medrosas del cadáver al grupo de espectadores.

Las niñas se habían tapado los ojos, pero en sus boquitas rojas se notaba una convulsión incontenible.

En un tiesto chisporroteaba un pabilo retorcido, flotando en aceitosa resina de laurel silvestre.

Con señales de codos se deliberó y resolvió atraer la vieja al patio, para arrancarle informaciones y según éstas resolver lo que se haría.

Claro es que se trataba de un crimen. ¿Quién lo había cometido?

Esta pregunta aumentaba la tensión nerviosa de los viajeros.

Con ademán entre autoritario y compasivo, el capitán tomó á la vieja de un brazo y la llevó al patio, lejos, bajo la sombra del naranjal. Allí, entre reticencias y sollozos, dió ella en pocas palabras la clave de la tragedia.

—Ese dijunto era el boga Nicolá... Era indino... Tenía un puesto de leña po allá, po la otra oriya... Po ahí caía de madrugada por ojear á la Carmela...

—¿Y anoche vino?

—Con toa la juerza del chaparrón... Se iba á juir con la Carmela cuando ñor Pedro los vido...

—¿Y ese machetazo?

—Ñor Pedro... ¡de juro!

—¿Y la Carmela?...

—Pa que ñor Pedro no la atrapara salió juyendo en la canoa... ¡Y con esa correntá!...

—¿Y ñor Pedro?...

—Po el monte... dende anoche... po el monte... con los hijos...

Suspendido el embarque de leña, los peones de á bordo habían cavado una amplia fosa, allá en el límite de la labranza y la maraña del bosque.

Algunas de las damas viajeras se habían apoderado de las dos chicas, acariciándoles con sus manos enguantadas las cabecitas bravías. Otras habían improvisado con sábanas de á bordo las mortajas, y echado sobre los cadáveres su ofrenda de helechos y magnolias campesinas.

La Carmela parecía dormir la siesta bajo la sombra del huerto.

Su cabellera renegrída ponía una vigorosa pincelada de luto sobre los gajos de azahares colocados de cabecera; y la luz atigrada sobre las naranjas caídas que formaban féretro á la niña, daba á ésta el aspecto de una virgen bárbara, inmolada en lecho votivo de ascuas de oro.

Con severo mohin místico protestaron las damas contra algunos jóvenes románticos, que ya se disponían á depositar en la misma fosa los cuerpos de los dos amantes.

Cavóse la fosa de la joven entre las cañas de azúcar, bajo la sombra de un cámbulo de ramaje doblegado por nidos de oropéndolas, en tanto que al boga Nicolás se le sepultaba bajo el raigambre de un roble, allá en el borde lóbrego del bosque.

Á nadie se le ocurrió la barbaridad de iniciar pesquisa contra ñor Pedro y sus hijos es-

condidos en la montaña, ni por mente alguna pasó la idea ridícula de levantar constancias de proceso. ¡Qué irrisorias y pueriles parecían en ese medio las disposiciones del código penal!

¿Habría acaso diferencia entre aquellos cadáveres y los árboles tronchados ó las flores y frutas desgajadas por esa noche de borrasca? Todo eso era desborde de vida en plenitud.

Habría sido hasta cómico el levantar la frágil varita de la ley del hombre ante aquel soberbio torrente de leyes naturales.

¡No hubo sumario!

Cargada á bordo la leña y entregada á la vieja alguna suma de pesos colectada en suscripción, el barco soltó amarras y se alejó de la ribera, lanzando de su sirena un bramido tembloroso, que repercutió en el mármol de los cielos y en las errantes porcelanas regadas ya por la luna en el ambiente.

---

**“LA ROSAURA,,**



## “La Rosaura,”

---

El fuego era nutrido en esa parte de la serranía. Allí se libraba lo más reñido del combate. Ese desfiladero cortado á pico en la cresta de la montaña debía ser forzado á toda costa por el ejército revolucionario. Sólo de esa manera podría circunvalar á las tropas de línea, que desde un reducto boscoso de la peña inmediata hacían estragos sobre el enemigo, sin que éste pudiera atacarlo de frente, por estar las dos colinas separadas por un abismo insalvable. Á pocos pasos del declivio se despeñaba el bosque, descolgando verticalmente sus tapicerías opulentas sobre el torrente obscuro que bramaba entre los pedregones del fondo.

Por esa terrible garganta había pasado ya una parte del ejército, si bien dejando la senda rocallosa y escueta delineada con filas de cadáveres. La mayor parte de los heridos, tan-

talizados en su sed de agonizantes por el gorgoteo de frescura del torrente, se arrastraban hacia el bosque sombrío, donde se abismaban entre la falaz frondosidad que atisbaba al precipicio.

Desde un repecho dominante, los clarines del Estado Mayor encrespaban la brisa con el continuo toque de *á la carga*; y allá en el otro extremo, en una dilatada altiplanicie, las tropas salvadas del desfiladero recomenzaban el ataque, retemplando su ardimiento con dianas intrépidas, con canciones de ira que vibraban en dilusión aérea de cobres rencorosos.

Las dos eminencias bramaban una á otra como dos monstruos colosales; las dos exhalaban por instantes retumbosos rugidos de cataclismo; bajo sus dos cejas relampagueaban fogonazos mortíferos, y en sus antros de bosque rugía la artillería y las astillas volaban entre arrumazones de polvo.

Desgraciadamente, casi toda la oficialidad de los ejércitos revolucionarios en Colombia, teatro de este episodio, está formada por jóvenes decentes, quienes ultrajados por el despotismo, prefieren abandonar el regalo de sus clubs ó de sus hogares muelles, para ganar el campo de batalla, único medio de no ser son-



rojados en las ciudades por la charrasca grotesca del militar asalariado.

Esto explica por qué esas luchas malhadadas nos sorprenden con tantos actos de heroísmo, pues que esos jóvenes de culta condición y refinada calidad, no van allí tras el oropel de las fatuidades militares ni por ansias de medro personal; que sí por las de trocar la mazmorra por el aire libre y las de morir exangües en la batalla antes que de un sofama de indignación entre mandones.

Conste, pues, que el capitán Larrázabal no era un parasitario profesional de cuartel, sino un joven adinerado y linajudo.

En lo más reñido del combate, recibió orden de forzar el desfiladero con su compañía. Inmediatamente desnudó su espada, dió las voces de mando correspondientes y picó su caballo hacia la funesta ruta.

Cuando estuvo en medio ya de los cadáveres, y casi cegado por el polvo y las astillas de cortezas que levantaba la metralla, vió con sorpresa que la fila de su compañía se replegaba sobre retaguardia, arrollada por aquel soplo de muerte, y pugnando por entrarse en pelotones en unas casas de paja inmediatas, que servían de granero á una cabaña no muy distante, abrigada por un parquecillo de árboles frutales.

Indignado por esa debilidad de sus subalternos, lanzó sobre ellos el caballo, les arengó, les ultrajó, les rogó, pero sin que esto produjera más resultado que la entrada fugitiva de sus soldados en el granero.

Al ver esto, arrimó su caballo á los aleros de la casa, y con sus fósforos puso en llamas el techado pajizo. Cuando se generalizó el incendio, se situó en la única puerta que tenía el refugio, y con revólver en mano encaminó á sus tropas en línea de batalla hacia el desfiladero. Empinado sobre los estribos azuzaba á su gente, cuando un balazo que le partió la pierna le derribó del caballo.

Sus tropas ya se habían adelantado, impulsadas por la sordera y ceguedad que producen las tremolinas de combates muy reñidos, cuando le acometió la primera convulsión nerviosa de la herida y observó que su caballo se tambaleaba, á punto de caérsele sobre la pierna rota.

Las grandes atrocidades, cuando son ejercidas contra un pueblo sano y viril, provocaron reacciones de valentía y nobleza prodigiosas.

En un país donde aun pesa sobre el pueblo la ignominia del reclutamiento, el hogar humilde amenazado por el zarpa de las revoluciones,

reacciona con prodigios afectivos, cuya nobleza es por sí sola el grano de mostaza que contrarresta los Himalayas del abuso político.

Las mujeres son las que realizan generalmente estas hazañas. Cuando llega la patrulla de soldadesca á desgarrar la paz de sus idilios, gimen, gritan, imploran, se humillan, se anonadan á los pies de los sargentos; pero si al fin el deudo maniatado desaparece tras la colina familiar, su ternura se transforma en admirables energías, aceptan sin vacilación el sacrificio, se proveen de las ropas y vituallas más portátiles, entornan las puertas de su cabaña, dicen adiós á sus ancianos y niños, y toman intrépidas el camino del campamento, dispuestas á toda clase de heroísmos.

Nunca el toque de fagina las sorprende lejos de su amado; ni los fangales, ni la fatiga en las marchas, ni las llamaradas de ese sol canicular, ni lo horrisono del combate, ni los peligros de las avanzadas, ni las inclemencias de esos cielos, les impiden jamás presentársela con la comida campestre, aderezada con mimoso esmero, aun entre el fragor de la batalla.

Es verdad que muchas mueren; pero «¡Guay! —como ellas dicen con gesto de heroínas—; ¡pa qué se enamoraron!»

Sirva esta digresión para explicar por qué

las campesinas están familiarizadas con el silbido de las balas, y por qué al capitán Larrábal se le apareció en ese instante supremo de la muerte una aldeana, que sin parar mientes en la lluvia de metralla que convergía á ese lugar, lo arrastró suavemente por el campamento hasta colocarlo boca arriba sobre un camastro rústico de su cabaña vecina.

Cuando él abrió los ojos, tras el vértigo causado por la hemorragia, quedó maravillado al ver que una muchacha sorprendentemente hermosa le frotaba las sienes con alcohol, é inclinada sobre el cabezal del lecho, le iluminaba el rostro con dos ojazos de diamante negro.

Después de honda mirada recordativa, en que el joven manifestaba más asombro por la belleza de su enfermera que zozobra por su situación, él la dijo sonriente:

—¡Qué ojos tan lindos tienes! ¿Cómo te llamas?

—Yo soy Rosaura, pa servir á su mercé; pero primero dígame dónde le duele y endespués me hablará ansina, si se rancha con mis ojos—dijo la zagala con sandunga picaresca.

—¿Y cómo te has metido entre las balas?

—Como mi taita también está en las juerzas liberales, yo estaba en la camino reparando si lo vía, y atisbé cuando su mercé porjiaba con la tropa, y cuando le puso juego al rancho, y

seguí detrás de su mercé pa que no juera y le pasara algo en el atajo, y aquí lo truje pa curarlo.

—¿Y con quién vives aquí?

—Sola con la agüelita, pusque taita y mis hermanos se jueron á la guerra y mi otra hermana también juyó tras dellos.

Y efectivamente, Rosaura y su abuelita, asesoradas por el curandero de la comarca, consiguieron que la herida del joven no tuviera complicaciones funestas.

El teatro de las persecuciones estratégicas se había alejado de esa región, dejándola de nuevo sumida en la paz de la montaña.

Rosaura, con la vivacidad y lozanía de sus diez y seis años, soportaba alegremente sus fatigas de labradora, enfermera, dueña de casa, cocinera y nodriza.

Cuando desapareció el peligro del enfermo, ella pasaba las horas enteras á su lado, arrobándolo con el espectáculo de su frescura núbil, cautivándolo con su charla pintoresca y adormeciéndolo con el aroma de las flores silvestres, cuando no con el timbre dulce de su voz de arrullo ó con el conciento sencillo de su dulzaina pánica.

Todas las mañanas, cuando ella regresaba ya del monte con su provisión de leña, iba á despertar al enfermo con una escudilla rebosante

de leche espumosa en una mano y un ramillete de flores recién bañadas de rocío en la otra.

El resto del día se lo pasaba en prepararle tisanas y emplastos de hierbas aromosas y tónicas. Todo esto con la ingenua desenvoltura de la más hermética inocencia virginal, como que el episodio se desarrollaba en las montañas de Antioquía, en esa tierra del Jauja colombiano; por ahí en esa región donde susurran los bosques de palmeras que perfumaron el ensueño de María; allá donde el virgiliano Gutiérrez González dijo de la zagala:

Que anda  
con inocente libertad, pues sabe  
que sólo para andar sirven las piernas.

¿Qué mucho, entonces, si en ese concierto de vida y en tal desborde de salud y lozanía, cicatrizada la herida del enfermo, pero en su ávido espíritu de convaleciente se filtrara el idilio?

Así que cuando concluyó la guerra y él pudo regresar á Bogotá, le parecieron insufribles la molicie de sus clubs y el artificio del vivir urbano, y al poco tiempo regresó con todo su capital al lado de Rosaura.

Y «La Rosaura» se llama la dilatada estancia donde desde entonces vive con Rosaura en paz y dicha.

# **MONTAÑESES Y LLANEROS**





## Montañeses y llaneros

---

Aquella mañana, el hato estaba diseminado por el parque de árboles frutales que verdeaba elevándose sobre las casas de la hacienda, y sombreando los cañaverales y el cafetal.

No diré que era un día de primavera, porque todos los del año lo son en esa parte de Sud-América; pero sí que era una alborada excepcionalmente diáfana y musical.

El aguacero de la noche anterior había pulimentado todas las escalas de verdura en las frondas y bruñido los oros y carmines de las frutas maduras.

El sol se había empinado ya sobre la marejada hojosa de la montaña circundante, y sus dardos difundían por la atmósfera de la hondonada ese palpitar fino de cristal aéreo que precede á la reverberación canicular del trópico.

Rimaban con tan variado colorido la algazara cristalina de los turpiales, el parloteo

aflautado de los *pericos* en el maizal cercano, el rezongar truhanesco de los monos gimnastas, el clarín lúbrico de los potros juguetones y el berrido jubiloso de los terneros al distinguir entre el clamoreo humeante de las vacas lecheras la voz de la madre enronquecida por la congoja maternal.

Por sobre toda aquella abigarrada algarabía de los despertares tórridos, triunfaba también agreste y espontánea la canción de las muchachas campesinas, que en ese momento buscaban bajo los árboles del parque á las vacas que debían ordeñar.

Tipo de todas esas labriegas colombianas —que á ninguna iba en zaga por lo garrida y cantadora—era Jacinta, moza de diez y ocho años, cuya carnación de manzana no podía haber sido pulida con rosas, sino por el aire de la montaña.

Era la hija mimada de Foción, antiguo lancero de la Guardia Colombiana, quien cuando quiso gozar en paz de su vejez, tuvo la *excelente* idea de contratarse como matador de tigres en aquella hacienda, de propiedad de su antiguo general.

Sólo allí creyó calmar sus nostalgias de cuartel.

Se la pasaba rondando por los atajos limi-

trofes con la selva bravía, y si en las noches llegaba á sus oídos el bramido de una fiera, saltaba sobre su caballo, lanza en ristre, como antaño lo hiciera al escuchar el clarín del campamento.

Dentro de su recato de virgen zahareña, el donaire marcial heredado de su padre acrecía los atractivos de Jacinta.

Bajo el bordado de su camisa, que le sombreaba con arabescos el mármol votivo para la cruz de plata de su rosario, el seno se le arqueaba como á impulso de una ola de vida libre y poderosa. Sus pies rosados de paloma, opresos entre alpargatas blancas, se asentaban sobre el césped con una firmeza cimbreante, reveladora de veladas maravillas de Carrara.

—*¡Azucena! ¡Azucena! ¡P'onde anda la Azucena!*—gritaba Jacinta, buscando con sus ojazos negros de ternera á una de sus vacas favoritas que ella llamaba de ese modo.

La ingenua intimidad de aquellas zagalas con la Naturaleza es un espectáculo muy bello.

*Azucena*, que era una hermosa novilla blanca de ojos negros, conoció quizá la voz de su amiguita Jacinta, porque se detuvo á pocos pasos de distancia, parando una de las orejas en señal de saludo y envolviendo á la pastora con una mirada de placideces soñadoras.

Un bramido tembloroso, que le salió de lo más hondo del corazón y le contrajo las entrañas, fué señal de que también acababa de reconocer á su hijo tras los árboles del parque, conducido desde la corraleja por un robusto mocetón en mangas de camisa.

La prontitud con que Tobías acudió con el ternero al grito de Jacinta, y más que todo el ademán respetuoso y tímido para entregar á ésta un manojo de rosas silvestres, eran síntoma seguro del idilio escondido en ese pecho.

Mientras él maneaba á *Azucena* para que Jacinta procediera á ordeñarla, ésta se acurrucaba con sus escudillas y batea, hundiendo el rostro sonrojado en las rosas, húmedas todavía con el rocío matinal.

Tras palabras cariñosas y una familiar palmada en el anca lucia de la vaca, Jacinta acercó la jeta del ternero á la ubre para que *llamara la leche*, no sin que al retirarlo con esfuerzo y amarrarlo al brazo de la madre, el pequeño bruto alcanzara á aplicar un lengüetazo voraz en los labios de la pastora, quien le castigó la insolencia con un revés en el hocico y un *itesa, jeróstico garoso!* que hizo pasar saliva al embelesado jayán.

Uniéndose luego al coro de las demás cantadoras dispersas bajo el naranjal, y acompa-

sándose con el sonido rítmico de los chorros de leche al levantar borbollones de espuma en la vasija, Jacinta entonó con voz fresca y vibrante este canto picaresco:

Vos decís que me querés,  
y te hacés indijerente.  
¡No seas tan qué jiera mañal!  
¡No seas tan puentestamente!

Blas, otro joven labriego de los más decidores de la hacienda, *barbeaba* á un ternero á pocos pasos de Jacinta, y al acabar ésta su trova, clavó en el ramo de rosas una mirada de acero, y atisbando de soslayo á su rival Tobías, cantó de esta manera:

Dios guarde á la ña Jacinta  
de ese montuno traidor,  
que sólo con florecitas  
quiere robarme su amor.

Entre Blas y Tobías ocurrían á cada momento escenas de celos por Jacinta, que sólo la estricta disciplina de la hacienda lograba atenuar. Debido á esa malquerencia por el amor de la pastora, se había amargado entre ellos la rivalidad, entre montañeses y llaneros, pues Blas era hijo de la llanura, al paso que Tobías había nacido en la montaña, y á cuidar el ganado cerril de esas regiones estaba destinado.

Al oír la pulla del rival intruso, Tobías se puso pálido, rayó el césped con el recatón de su garrote, y dando media vuelta tomó camino de la montaña, cantando con voz trémula:

Si por el patrón no juera,  
¡qué tunda la que le diera!...

Ya el bullicio de las faenas de la tarde se había extinguido casi por completo.

La luna había transpuesto la montaña, y en la dilatada penumbra del valle predominaban las manchas blanquecinas de los cafetales en flor.

El cañaveral se mecía con susurro de seda, y se iluminaba á trechos con el parpadeo diamantino de millares de luciérnagas.

Con intermitente monotonía, el trapiche cercano mezclaba sus crujidos al aullar de los perros en los bohíos vecinos, al coro de sapos huecos y á la rechinante chirimía de las chicharras.

Después de la merienda, los trabajadores se habían instalado en grupos sobre las bolsas de café, alineadas en los anchos corredores que circundaban el gran patio de las casas de la hacienda.

Algunos hablaban como de igual á igual de los animales que habían lidiado en el día; otros contaban sus aventuras en la montaña y los

más se acompañaban con sus triples y guitarras las trovas que se dirigían de grupo á grupo.

En uno de los corredores, el viejo Foción refería por la millonésima vez á su hija y á las amigas de ésta sus hazañas de soldado.

Las viejas aventadoras de café hablaban con los niños acerca de las apariciones de *Mandigna*, cuando no de los maleficios de ojo de las brujas *endinas*:

Arriba, en los corredores del piso alto, la familia del patrón, instalada en sillas mecedoras, comentaba alegremente el lenguaje pintoresco de los peones.

De repente, tras corta pausa de silencio, Tobías, de entre uno de los grupos más numerosos, lanzó el grito prolongado que usan como preludeo de la canción, y rasqueando melancólicamente el tiple cantó así:

El tiple que estoy tocando  
tiene boca y sabe hablar;  
sólo le faltan los ojos  
para ayudarme á llorar.

Todos comprendieron que aquélla se dirigía á Jacinta, é instintivamente buscaron con la vista el grupo donde estaba Blas.

No tardó éste en lanzar también su grito largo de preludeo, y bordoneando una guitarra dijo con voz vibrante:

El garrote que yo cargo  
es duro y sabe apalear  
al nene de la montaña  
para que pueda llorar.

Los rumores que siguieron á esta estrofa, indicaban que los oyentes ya estaban todos interesados en el torneo; y sobre todo, que acababan de encenderse sus rivalidades de montañeses y llaneros, pues así lo demostraba esta estrofa que cantó con voz firme otro de los mocetones:

En la llanura se esconden  
el pajonal y el ratón,  
pero allá arriba en el monte  
vive entre robles el león.

Tras un agitado comentario entre los llaneros, Blas cantó con mal disimulada ira:

Si es el montuno tan jiera,  
yo lo quiero ver capiar  
dentro de una corralejá  
al toro que he de torear.

Un aplauso ruidoso se propagó por todos los corredores.

Esa trova daría lugar á la fiesta más interesante en esos campos: el duelo á torear.

Como la disciplina en esas casas de campaña que conservan aún el rigor de los antiguos feudos señoriales es tan estricta, nunca llega el caso de que dos hombres se vayan á las



manos dentro de la hacienda. Lo que hacen generalmente es desafiarse *pa cuando suban al pueblo*, ó apelar, como recurso extremo, á la prueba de torear los contendientes al toro más feroz, hasta que uno de los dos quede fuera de combate.

Esta costumbre es quizá reminiscencia del *juicio* de Dios medioeval, en armonía con el heredado gusto por el toreo y con la reliquia hidalga de las justas tradicionales.

La contestación de Tobías, cantada á voz en cuello, no hizo sino complementar los trámites del duelo y encender más el entusiasmo.

He de mirar al llanero  
tan lamido y jundillón,  
bajo el jocico del toro  
que nos diga ñor Foción.

Naturalmente, ñor Foción había seguido con interés las peripecias del reto, y al oirse nombrar juez de armas por sus futuros yernos, se incorporó sobre una bolsa de café y aplaudió como un frenético con sus manos descomunales.

Aquello iba á ser el colmo de su gloria: la hija de un matador de tigres, disputada en la arena de la lucha por dos bravos mocetones, al frente de *Relámpago*, toro muchas veces asesino, que el viejo ya tenía elegido para la lidia proyectada.

Jacinta se *arrebiató*, como ella decía, á la voluntad de su *taita*, cantando con voz triunfal:

Si se han de ranchar asina  
de mal modosos los dos,  
¡velay! que el toro dicida  
por la voluntá de Dios...

Las últimas notas de este canto trágico fueron ahogadas por el tañido de la campana de la hacienda, que en ese instante se bamboleaba en el campanario de la capilla señorial, dando para los trabajadores el toque de queda.

\*  
\* \*

Al año siguiente, cuando yo descendía por el sendero de la montaña para ir á gozar de mis vacaciones en esa casa de campo, Tobías y Jacinta tímidamente salieron á la vera del camino para pedirme que les visitara su bohío, recién construído con palmitas de cocoteros bajo un roble centenario.

Abajo, en la llanura, encontré una gran piedra medio oculta por el cañaveral, y sobre ella esta inscripción, grabada á cincel por uno de los canteros de la hacienda:

«Blas Fernández—† á los 25 años.—Una cornada de *Relámpago*.»

**LOS CRIOLLOS DE ANTES**



## Los criollos de antes

---

Al fin obtuvo el sargento Flores la respectiva venia para hablar al general.

Sólo por el sostén de una voluntad inquebrantable, su cuerpo se mantenía erguido bajo el peso de setenta años cumplidos y de varias balas que por ahí le quedaron incrustadas, durante cuarenta y cinco años de lidia.

Cuadrado á pocos pasos del general, llevó su mano huesosa á la visera del kepis, y esperó el permiso para hacer su petición.

El jefe lo envolvió en una mirada cuya severidad marcial se desvaneció en sonrisa afable.

¿Y cómo no?

Aquel viejo evocaba en su memoria todo un mundo de recuerdos.

Los de la niñez, cuando en la corraleja de la estancia le enseñó á torear terneros y le ensilló el primer pelizo.

Los de joven, cuando en las noches oscuras galopaba cargado de guitarras, guiando á la comitiva estudiantil hacia la vecina casa de campo donde se había de dar la serenata.

Los de alférez, cuando en el bautizo de fuego apareció como por encanto entre la humareda del combate, porfiando por cubrir con su estatura de titán la delicada de su amito.

Todos, de ahí en adelante, todos los recuerdos de la vida militar: muchos, innumerables lances de heroísmo: aquella vez que lo levantó herido y desmayado, y galopando á toda rienda, lo llevó en brazos desde la línea de fuego hasta el hospital de sangre, donde le vendó la herida con su pañuelo colorado, y le frotó las sienes con el último trago de aguardiente que su cantimplora atesoraba; esa otra tarde del entrevero á lanza, en que le quitó de encima el caballo recién muerto, para ofrecerle uno aperadito y todavía encabritado por la caída de su jinete, desmontado al efecto por uno de sus lanzazos fulminantes; aquellos arrestos correspondientes á otras tantas reverendas borracheras con que siempre celebró cada triunfo y cada ascenso de su amito.

Entre las espirales de humo de su cigarro, el general veía en el rostro del sargento una fiel reproducción de esos instantes supremos

en que un gesto de valentía dividido entre la humareda de la refriega lo electrizaba de pundonor.

El desfile de los recuerdos le dispuso el ánimo á la ternura de la gratitud, pero la idea de la próxima marcha al campamento le impuso repentina severidad y dijo:

—¡Habla, sargento!

—Pa pedirle, mi general, que no me dejen... que ya el coronel me dió la orden...

—Es cierto... la orden de quedarse en la reserva...

—Pero... mi general... nunca he sido de la reserva...

—No es posible, Ramón... Tú sabes que esperan mi ejército en el Tolima para dar batalla... ¡Nada menos que veinte días de camino y á marchas forzadas!... Tú has peleado ya de sobra. Es necesario que descanses...

—Yo quiero acompañarlo...

—No es posible... Tú no puedes... Tú estás viejo y enfermo.

—Tengo *juerzas*... Yo no puedo quedarme... ¡Da vergüenza!

—Te he dicho que te quedas. La orden es para los viejos... para todos... Tú has trabajado bastante en estos días, disciplinándome á esos mozos reclutas. Voy á ver qué tal pelean...

—No me quedo... ¡mi amito!

—...¡Puede retirarse, sargento!

Crujieron los huesos del viejo soldado al erguirse ante esa voz de mando, y girando sobre los talones, bajó la mano del kepis, no sin antes haberla humedecido con una lágrima, ¡quizá la primera! parida sabe Dios con qué dolores, y estancada en una arruga de la mejilla.

El general lo siguió con mirada cariñosa, pero disipó ese dolorcillo que le produjo la escena, viendo en la marcha del viejo la mal disimulada tirantez de la anquilosis, agravada por la renguera claudicante que le clavara en una pierna el último balazo.

\*  
\* \*

En el cuartel general, situado en el cabildo de esa población, acababa de vibrar el tercer toque de marcha.

En los demás cuarteles repitió el clarín la orden, y á poco rato bermejeaban en la colina vecina las franjas sinuosas de las banderolas, señalando el ascenso de los regimientos de vanguardia.

Las recuas de mulas cargadas de pertrechos y las caballadas de remuda, manchaban el azul



de los confines con polvaredas cobrizas, que descendían luego bajo la luz cenital de la mañana, hasta cubrir el verde cándido de las labranzas con un manto leonado, con un sucio pelamen de panteras.

En los cuatro costados de la plaza principal espejeaban las murallas de bayonetas. Un prolongado redoble de tambores, seguido de un golpe bronco de culatas en las piedras, anunció que en los cuatro últimos batallones se había dado voz de firmes.

Los sargentos habían retirado de las filas hacia las aceras á las muchas mujeres que lloriqueando se despedían de los reclutas, desatan-do así mil lazos amorosos que las balas habrían de destrozar muy pronto para siempre. Alguna vieja desgredada atrevíase aún á deslizar furtivamente en la cartuchera de su hijo un arrugado escapulario del Carmen, y alguna joven en cinta se retorció los dedos y se tragaba el llanto al ser alejada de su esposo.

El rechinar de dientes en las filas denunciaba crujidos de sollozos comprimidos, y las pupilas dilatadas parecían mendigar rayos de sol para orear lágrimas y recalentar corajes.

Las muchachas robustas, las célebres *Juanas* de los ejércitos colombianos, esas sencillas labriegas que así dan el labio al beso fecundante

del gañán apasionado como adelantan las curvas de los senos al mordisco de la metralla; esas que bajo el granizar de balas llevan á su hombre el jarro de aguardiente con pólvora, *par criar coraje*, esas se habían situado ya á regular distancia de las filas, cada cual frente al morral de su amado respectivo. Con las enaguas bien arremangadas y las poderosas pantorrillas libres para arrostrar los fangales del camino, con el ala de sus sombreritos de paja caída sobre los ojos para sombrear las lágrimas, y encorvadas bajo la maleta de ropas y de cacharos, esperaban con mohin hombruno el momento de partida y recibían de las que quedaban en el pueblo los ataditos de tabaco, los frascos de mistela, los últimos escapularios y los últimos mensajes para los reclutas viajeros.

Los oficiales á caballo, al frente de sus compañías, buscaban entre las macetas de orquídeas y claveles de los balcones distantes el rostro pálido y el pañuelo blanco de sus novias, tratando de repetir y disimular en el aire con el brillo de su espada desnuda el juramento afirmativo de sus ensueños desgarrados.

Las voces de mando y los estridentes relinchos de los potros, ahogaban brutalmente los sollozos y los mensajes de *salunes* que todavía

se cambiaban entre los grupos de mujeres y las filas de reclutas.

Á los portales del Cabildo asomaban los bronces de sus rostros y las cenizas de sus barbas los viejos taciturnos que se iban á quedar de guarnición.

Los chiquillos del pueblo invadían la línea de las tropas, mostrándose con el dedito unos á otros en qué parte de las filas estaba su papá.

\*  
\* \*

Un murmullo anunció la llegada al centro de la plaza del general rodeado de sus jefes y oficiales de su estado mayor. Á un movimiento de su espada siguió el redoble de tambores, y de las bandas lisas se escapó una convulsión de cobre agudo que estriduló en todos los nervios y desgranó todas las lágrimas resistidas á brotar.

Fué en ese instante cuando la atención general quedó suspensa, al eco de una detonación producida en el cuerpo de guardia del Cabildo.

Miraba el general hacia ese lado, cuando un ayudante se adelantó á darle parte de lo sucedido. Se irguió un poco sobre los estribos para cerciorarse de que ya desfilaban los batallones por una esquina de la plaza, y dirigió

su caballo hacia el Cabildo. Allí echó pie á tierra, y por el obscuro zaguán del cuerpo de guardia penetró hasta el espacioso patio de ejercicios.

Allá, sobre un banco de piedra que se desprendía de la muralla, estaba el cadáver del sargento Flores, aun abrazado al remington.

Apagada de repente esa llama misteriosa de la voluntad pujante, la vejez y la muerte se habían precipitado á sellar por suyos los despojos de ese cuerpo.

El acero del remington y el de esas manos tostadas con fuego de pólvora y brasas de vivac, parecían formar una sola máquina de guerra.

La sangre que chorreaba del cráneo destrozado, corría por las cavidades de una arruga, empurpuraba los bigotes blancos y desaparecía en el hoyo lúgubre de la boca abierta, en ese respiradero de la gloria, en esa boca cuya sed sólo pudo saciarse bebiéndose la sangre que ebullicía en tan insaciable corazón.

En la fisonomía cenicienta del anciano persistía aún ese gesto sonriente que le era habitual ante el peligro, ese rictus misterioso que transfigura el rostro de los bravos cuando pregustan el encanto del aplauso póstumo.

Así yacente y frío, ese cuerpo desbordaba prestigios de soberanía individual.

Para obedecer á su destino, desobedeció á su jefe, pero lo desobedeció militarmente...

\*  
\* \*

De entonces data una ficción que hasta hace poco tiempo se observaba en la primera compañía del tradicional batallón *Guías*: al pasar las listas de ordenanza, se llamaba:

—¡Sargento Flores!

Y toda la compañía en coro respondía:

—¡Presente!

El jefe quiso rendir ese tributo á la memoria de su fiel sargento, retemplando así diariamente el coraje de sus tropas.

\*  
\* \*

Años después, cuando en las intimidades del hogar refería el general Talero la historia de su sargento Flores, la habitual firmeza de su voz temblaba un poco...

---



**BESO DE SOMBRAS**





## Beso de sombras

---

En un país de Sud-América, cuyo nombre no cito por discreción profesional, intervine como defensor en un proceso muy extraño.

Defendía á una señorita de elevada posición social. Sus antecesores, ilustres y vigorosos en su origen, se habían debilitado gradualmente en la molicie del éxito heredado. Su padre, sibarita arruinado en la existencia holgazana del club y del gran mundo, vióse obligado á retirarse de la capital con su familia, para sostener en una población de segundo orden el orgullo de su preeminencia social.

La niña de mi cuento no tardó en conquistar allí, gracias á su extraordinaria belleza, gran número de admiradores.

Pero su carácter soñador, romántico, casi delirante de espiritualidad, desviada la mantenía tras de un ideal irrealizable, y desdeñosa

con todos los jóvenes que por entonces la requerían de amores.

Era una rara flor de histeria, cuya esencia reconcentrada tenía algo de deliciosamente trágico. El fuego que le llameaba en las pupilas, le encendía el espíritu en desvaríos extravagantes, en tanto que le abandonaba el cuerpo á una frialdad de mármol escultórico.

Sus ensueños eran demasiado azules: no del azul fresco y fecundo de los cielos primaverales, sino del azul de fuego fatuo y aguas estancadas, de ese azul siniestro que quizá no es sino una reverberación lejana de la llama alcohólica ancestral.

Su morboso refinamiento la hacía estremecer ante el matiz raro de una seda tornasol, ó el reflejo demasiado fugitivo de una joya, ó al sentir un hábito de flores putrefactas ó de gavetas antiguas con reconcentrado olor á olvido.

Chispeábanle de juventud las pupilas y sentía un aceleramiento de sangre, no ante los cielos límpidos y puros, sino ante los horizontes nebulosos y los aires grises.

Su profesor de música había luchado en vano por arreglarle el oído al ritmo consagrado por el arte clásico, y su confesor quedaba lelo y mareado ante la novedad de sus pecados, siempre fulgurantes de incendiaria espiritualidad.

Fácil es comprender por qué su desdén tenía todos los rigores de una diosa ofendida, cuando sus adoradores provincianos se le allegaban en el salón, sin más encanto que el galanteo rampante de la mocedad almibarada.

De ahí el que Julio M. siguiera rindiéndole su adoración, no ya como la mayor parte de sus rivales cursis, sino discreto, enigmático, en silencio, convencido como estaba de que la más vehemente y pulida de sus frases llegaría como melaza empalagosa al insaciable delirio de dulzura de su amada.

Aunque el linaje conocido de Julio no arraigaba más allá de tres generaciones de honestos agricultores, éste había adquirido en la capital una educación relativamente fina, y á su sana contextura de veinte años añadía el atractivo de su carácter ingenuo y de una cuantiosa hijuela bien saneada.

La conciencia de sus méritos para *buen marido* le hizo poner su alma en Silvia, no obstante los pocos sufragios que su elección obtuvo entre la gente sensata de la localidad.

Por eso, en un día de *pic-nic*, cuando la concurrencia se diseminaba en grupos pintorescos por entre las frondosidades del bosque, Julio siguió al lado de Silvia, cuya sensibilidad, sobreexcitada por el brillo y fragancia de las

flores silvestres, la había puesto aquel día más inquieta y misteriosa que nunca.

Tras una excursión por la espesura enmarañada de las riberas, llegaron á la orilla de un caudaloso río.

Sobre el borde de ancha piedra, volada á poca altura sobre la corriente mansa, se detuvieron á contemplar la belleza del paisaje fluvial.

Lejos, los árboles de la orilla opuesta mecían sus copas somnolentas y hacían ondear sobre el río gruesas tapicerías de enredaderas tachonadas con flores y frutas tropicales.

Cada ráfaga de viento que rizaba la corriente, deshojaba en la altura grandes pétalos rojos que descendían al agua con tristeza y lentitud, como dibujando en el aire signos de misterio.

El terciopelo de los helechos y lianas, azotados por el río, fingía cambiantes rizos de escamosos reptiles; y la luz solar, destrizada sobre el agua dormida, hería las pupilas con fulguraciones de armas blancas.

Las aguas, explayadas hacia la margen opuesta, al chocar contra los guijarros del cauce desmenuzaban en el aire plumazones de espuma y producían un ruido cavernoso, mezcla de bramido y queja sorda.

En la otra ribera, bajo la piedra musgosa

donde la pareja se extasiaba, la hondura formaba remansos giratorios, de esos que denuncian en las superficies de los ríos las partes voraginosas.

Por lo demás, aquel espejo tenía la atracción irresistible de la gruta, del abismo y de lo terso. Era el prestigio de lejanía, de ensueño y de finura que poseen todos los espejos sobre cierta clase de temperamentos. Era una de las tantas puertas al misterio de la vida.

Silvia se sentía allí muy cerca del objeto de sus ansias: lo invisible. Sus ojos cambiaban brillos con la superficie, á trechos matizada con pétalos purpúreos, y sondeaban la hondura, donde se retrataban trozos de cielo y de ramajes.

Apoyada en su sombrilla, quedó absorta en la contemplación de su imagen sobre el agua.

Temeroso Julio de interrumpirla con alguna frase inoportuna, quiso hacerlo por medio de su sombra, reflejada también sobre la superficie del remanso. Con imperceptibles movimientos logró que las dos sombras se confundieran en una.

Grande y dulce fué su sorpresa cuando vió que la imagen de Silvia sonreía agitada toda la sombra por una convulsión casi frenética. Todo indicaba en ella un desborde de pasión repentina.

Julio procuró nuevamente la conjunción de sombras, pero esta vez imprimiendo á su rostro el ademán de quien da un beso. Al ver que la imagen de Silvia se estremecía de nuevo con más entusiasmo, creyó llegado el momento de que esa frase suprema, casi siempre pueril, que por primera vez une en el amor franco á dos personas, saliera de sus labios, y dijo:

—¿Ha sentido usted en su alma ese beso de mi sombra?

—¡Ah, sí!—exclamó Silvia con voz suave y sumisa.

—De modo que usted ya me amaba...—dijo Julio, dando un paso hacia ella.

—Amo esa sombra, porque acaba de revelarme con su beso inauditas sensaciones.

Ante esa confesión tan efusiva, á Julio no se le ocurrió otra cosa que ceñir el talle de su amada con sus brazos, pugnando por darle un beso muy corpóreo y tangible.

Al sentirse Silvia opresa, hizo un iracundo movimiento para desasirse del brazo, rehuyó desesperadamente el rostro á la caricia, y tras rápida lucha, dió un golpe tan ágil é inesperado sobre el pecho de Julio, que éste cayó de espaldas al abismo.

\*  
\* \*

En la confesión íntima que me hizo cuando yo preparaba su defensa ante el juez que la absolvió luego, la señorita Silvia N. me refería con la mayor naturalidad cómo le habían salpicado el rostro las gotas de agua que saltaron al golpe hueco y sonoro del cuerpo en el remanso, y cómo ella se entretuvo largo rato contemplando las ondas concéntricas que se desvanecían en el pozo, y las burbujas que como un hilo de perlas llevaban á la superficie el último aliento de su amado.

Cuando se restableció la limpidez del agua, un estremecimiento del bosque deshojó sobre la tumba de Julio algunos pétalos rojos, y Silvia se internó rápidamente en la espesura, feliz por haber saboreado con su espíritu el primer beso de amor.

Como yo procurara investigar el enigma de esa conciencia, el móvil de ese crimen, Silvia me dijo, como sorprendida por mi ingenuidad:

—¿Como iba á cometerle tal traición, permitiéndole ese beso?

—¿Traición á quién, señorita?—, le repuse perplejo.

—Á su espíritu, que ya era dueño de mi primera caricia.

—¿De modo que esas sombras reflejadas en el agua?...

—¡Espíritus! ¡espíritus!

—¿Y la persona de Julio?

—Ese era un necio insoportable... ¡hizo bien en ahogarse!...

—¡Pero ante el juez no podremos hablar de esa manera... señorita!

—¡Ese es asunto suyo... Usted verá lo que hace... Demuéstreles que ese caballerito, desdenado por mí, se tiró voluntariamente al agua en busca de mi imagen!...

—¡.....!





# **EL CIRCULO DEL ENGAÑO**



## El círculo del engaño

---

De todas esas desgraciadas enfermas que difundían horror por los claustros del Manicomio, una me impresionó especialmente.

Ese gesto de su rostro debía ser la clave simbólica de un enigma muy hondo. En la remota lejanía de esa existencia, allá tras el cristal congelado de esa pupila, relampagueaba una tormenta trémula, cruzaban sombras lívidas.

Como los cuerpos petrificados que conservan para siempre la actitud en que los sorprendió el cataclismo, aquel espíritu debió quedar detenido en un instante supremo de espanto. ¡Quién sabe qué oleada de sangre enardecida y qué solfataras de pasión lo adhirieron al bloque negro de la angustia!

Violento debió ser su desequilibrio, y muy acelerado el ritmo con que vibró en tal mo-

mento, para haberse paralizado en ese gesto terrible, fuera de la armonía universal, lejos del riel del tiempo, sin órbita, sin rumbo.

No impunemente el corazón palpita á veces más aprisa que la vida.

Aunque la razón de aquella enajenada distaba muchos años de su cuerpo, comprendí que los gestos predominantes en su fisonomía podían conducirme al laberinto originario del drama.

Desde el primer momento me di cuenta de que esa mujer se tenía un horror espeluznante y se pasaba la vida huyendo de sí misma. Con ojos dilatados por el terror, se miraba de soslayo el hombro izquierdo, luego hacía con el tallo contorsiones violentas, como para desasirse de un abrazo inexorable; echaba hacia atrás la frente como para no respirar su propio aliento, y giraba, giraba, siempre huyendo desesperadamente de sí misma.

Cuando en su fuga fantástica tropezaba con un muro del claustro, tenía una tregua de distracción, pero instantánea, porque tornaba á mirarse de soslayo el hombro, y partía otra vez en vertiginosa fuga de sí misma.

Imposible me habría sido terminar ese día mi visita al Manicomio sin que el director del establecimiento hubiera satisfecho mi curiosidad al respecto.

Efectivamente, en su inmenso archivo de dolor humano y cataclismos mentales constaba el origen de ese caso, la historia de la enferma número 1.313.

Quince años hacía que esa señora estaba en el Manicomio, cada día, cada hora, cada instante huyendo desesperadamente de sí misma.

Era muy joven y bella cuando ingresó en ese estado.

La traían de una casa de campo distante, que su esposo había instalado en la soledad de las montañas vírgenes, no sabemos si por combatir de frente á la barbarie ó por dar la espalda á la civilización. Dado el carácter reconcentrado y celoso de éste, cabe suponer lo último.

Tan pronto como contrajo matrimonio, huyó á su casa de campo con su esposa, siempre atormentado por la idea de que el primer novio de ésta, un atrevido joven de la población vecina á sus montañas, lograra volverla á ver.

Felices transcurrieron los primeros meses de su aislamiento nupcial. Su viejo sirviente era el único que le acompañaba en sus diarias excursiones de caza por la selva.

La pasión hacia su esposa seguía siendo exagerada, selvática, emponzoñada de celos, desbordante de ternura y de crueldad.

Era en su amor una especie de caballero Barba Azul agreste.

\*  
\* \*

Emboscado estaba un día entre la espesura, acechando, carabina en mano, al jaguar dañino, cuando sintió por el lado de una trocha extraviada el galope de un caballo.

Deslizándose por entre los zarzales del bosque, logró ver sin ser visto: era el primer amante de su esposa, ¡su eterno fantasma!, ojeando con sobresalto la desolación de la montaña en cauteloso avance clandestino.

Fácil es suponer con qué ansia persiguió la fugitiva aparición al través de la maleza.

Agazapado al fin en un espeso matorral, no tardó en divisar, á pocos pasos de distancia, el terrible cuadro con que su imaginación tantas veces lo había hecho estremecer de espanto: en la parte más recóndita y frondosa del inmenso parque que circundaba la casa, el amante estrechaba entre sus brazos el talle fino y tembloroso de su joven esposa.

Tras el humo de la detonación, enredado como leve neblina en las ramas de la arboleda, saltó sobre sus víctimas con arrebató de fiera.

La muerte del amante había sido instan-

tánea, pero la esposa quedó de pie al lado del cadáver, ilesa, atónita, convulsa, bajo la garra férrea del marido ultrajado.

\*  
\* \*

Los campesinos de la comarca lo vieron pasar esa tarde á gran galope, camino del desierto y acompañado por su viejo sirviente.

Fué lo último que de él se ha sabido hasta la fecha.

Tres días después de ese suceso, algunos montañeses, atraídos por gritos desgarradores, descubrieron bajo una tupida enramada del parque un espectáculo horripilante.

Con las manos y los pies vigorosamente atados, desencajado el rostro, desgredado el cabello, desgarrado el traje, la esposa del fugitivo patrón se revolcaba en lodo ensangrentado, se retorció sobre sí misma, y arqueaba el talle en suprema crispadura, pugnando en vano por desprenderse de un cadáver en putrefacción, al cual estaba sujeta con una soga desde el cuello hasta los pies.

Reposaba la cabeza de su amante sobre su hombro izquierdo, de tal manera que la frente helada del cadáver le rozaba la mejilla. Los ojos asombrados por la muerte repentina, des-

mesuradamente abiertos por el espanto, saltados fuera de las órbitas por los gases de la putrefacción y enrojecidos por las ligaduras del cuello, la miraban muy de cerca, fijos, severos, téticos; la miraban desde muy lejos, opacos, nebulosos, velados... la miraban desde la eternidad.

La cara hipocrática tenía manchas cárdenas, que se desvanecían en una lividez hinchada, y los brazos rígidos le ceñían el talle con un abrazo de hueso. Las larvas que hormigueaban en la herida, sobre el corazón del muerto, frías, gelatinosas, húmedas, le pasaban también por su rostro, procurando penetrarle en la nariz y los oídos.

Cuando los montañeses cortaron las ligaduras que la sujetaban al cadáver, ella siguió vagando por las callejuelas del parque, loca ya para siempre, ligada por el resto de su vida á esa visión aterradora, y compenetrada de ese fluido helado, de esa brisa de eternidad que emanan los cadáveres.

Por eso, quince años después, cuando la conocí en el Manicomio, aun tiritaba de espanto, aun parecía azotada por un aura gélida y sobrenatural, aun giraba, giraba en un vertiginoso círculo de caos, huyendo desesperadamente de sí misma al mirarse el hombro izquierdo.

. . . . .



Y yo pensaba que toda aquella historia no era sino el símbolo cruel de la implacable repugnancia que deja en el espíritu toda infracción á la verdad, y alegoría de la onda del desequilibrio eterno que produce la mentira en la armonía del mundo espiritual.

Y al regresar á la ciudad tuve una visión sombría: todas las acciones humanas convertidas en círculos aéreos; muy pocos de éstos luminosos y suaves; la mayor parte viperinos y negros.

---



**FLOR DE PÚRPURA**



## Flor de púrpura

---

Su refinamiento de artista y su intrepidez de impulsivo necesitaban emociones nuevas.

La reeditada hermosura de la civilización moderna ya no le decía felicidad.

Su concepto de belleza se iba más allá del trozo de tiempo que le correspondió para vivir. El medio en que nació no era el suyo. Quizá en su luz orgánica se habían deslizado átomos de otras latitudes y siglos. El núcleo radioso de su rotación moral estaba muy distante, muy oculto. A cada momento sentía en el espíritu los pliegues del vacío, producidos por la onda intermitente de una atracción lejana.

Sus horas de quietud eran insoportables. Cuando yacía inmóvil, sentíase levantar de su asiento por una fuerza misteriosa; le parecía que alguien le esperaba en ese instante, y caminaba presuroso y sin rumbo. Más de una vez,

cuando se había encerrado en su cuarto para escaparse de las sensaciones contemporáneas, se dirigía sobresaltado hacia la puerta, como para recibir entre sus brazos á la persona largamente esperada.

El catálogo exhausto de los placeres europeos lo había acabado de convencer de la lejanía de su ensueño.

Mas como era artista, no se sentía suficientemente cobarde para seguir viviendo sin ideal.

Por eso volvió á América. El cielo misterioso de sus inmemoriales átomos de luz se ponía en movimiento. En Buenos Aires se sintió más cerca de la esfinge que lo requería de amor y dicha; pero no tardó en comprender que aun estaba lejana.

Su pasión hacia esa desconocida se manifestaba por una vehemencia continua de verla, de exteriorizarle sus emociones en los poemas de su pincel.

Al pasar por Río de Janeiro había alcanzado á divisar en la riberá del mar los pliegues opulentos de la falda fugitiva de esa amada. Porque él creía conocerla, creía haberla visto en sus crisis de iluminado, cuando mirando para dentro de sí mismo, contemplaba su espíritu encendido por los soles de primaveras prehistóricas.

Cuando soplababa sobre Buenos Aires el viento Norte del Chaco, él alcanzaba á aspirar perfumes misteriosamente turbadores: esos que convulsionan el pecho del enamorado, y que le hacen respirar toda la historia y el aroma y las líneas y la armonía de la mujer amada ausente.

Y ese hálito, y muchos otros signos de lo invisible, le trazaron el rumbo de su peregrinación galante.

No le fué difícil obedecer á esas atracciones: se sentía suficientemente incorpóreo para poderse confiar á esa seducción aérea; estaba ya en el plano de la vida superior al de la normalidad rampante. Y huyó á las selvas paraguayas.

Aquellas debieron ser para él los territorios alíseos, la región soñada de la gloriosa Hadés —donde el aire es más suave—, pues que nunca pensó más en alejarse de ellas.

Quizá entonces él pudo repetir lo del inaudito Juan Evangelista:

*Y oí una voz del cielo como ruido de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y oí una voz de tañedores de arpas que tañían con sus arpas.*

Y sintiéndose ya dentro de la órbita de su destino, se dió á vivir en plenitud: con sus ojos, con su espíritu, con cada uno de sus átomos.

Así se internaba en esas selvas, arrastrado con delicia por una fascinación progresiva.

¿Los detalles de sus emociones y sorpresas? Inmensos, indescriptibles, llenos de maravillas inefables.

El que haya satisfecho un amor excepcional al través de muchos años, mucha tierra y muchos mares, puede imaginarse una parte de los arrobamientos de ese artista.

Prolongar indefinidamente el deleite de una posesión extensa, íntima é inconclusa, es algo tan distante de la vida contemporánea, que no ensayamos á describirlo. Cierta clase de artistas leerán entre líneas esta parte de mi narración. Alguien ha dejado apuntes al respecto. ¡No todos, por cierto!

En el pentagrama alcanzado por los hombres no caben esos crujidos nocturnos de la floresta centenaria, ni los himnos de raso que canta la hojarasca, ni los susurros de la frondosidad trémula, ni el bramar de las guaridas, ni el colorido fino de los plumajes diluído en el silbido, ni esas otras presencias errantes que no se sabe si clasificarlas en el silencio ó en el ruido, ó en el matiz ó en el perfume.

Tampoco es conocida la paleta que haya podido reproducir esa infinita escala de colores y líneas que serpea incesantemente en la espe-



sura: desde los iris que tiemblan en las gasas aéreas tejidas por la araña, hasta las coloraciones frías en el espejo taciturno de los estanques, y desde el gesto de las rocas y las rúbricas carbonizadas de la tempestad sobre los troncos, hasta el más imperceptible símbolo dibujado en la tiniebla por el estremecimiento de una hoja ó por el parpadeo de una luciérnaga.

En el cautiverio de cristal dorado, tampoco se ha podido remedar siquiera esa otra escala del olor del bosque, tan poderosamente evocativa y tan llena de matices y temperaturas diversas; desde el olor á alquimia de los charcos podridos y de las flores crueles, hasta el olor á traje de baile de los jazmines bárbaros; y desde el almizcle obscuro de las bestias en brama, hasta el aroma sexual de las resinas, y el perfume á virgen, ¡el perfume á alcoba! de los rosales silvestres.

Y ningún medio tan propicio como ese nemoroso, para descifrar el acertijo de la eterna esfinge en la pintura: esa conjunción evanescente de los átomos que dicen luz á la pupila humana con los otros, que también luminosos en esencia, constituyen para la visión del hombre la piel gaseosa de la penumbra y la película de los espíritus errantes. Allí están ese límite fugaz, ese velo maravilloso que tapiza el ca-

marín de los genios; allí al contacto recóndito de la nebulosa con el ardor germinativo de las primeras existencias sensibles, y allí esa atmósfera que sólo de siglo en siglo es coercible para la tela, esa en que el último choque de la insensibilidad se confunde con la primera fruición del mundo orgánico.

Porque cuando la hebra de fleco lunar penetra hasta la parte más espesa de la sombra, su trayectoria es toda una escala de Jacob para quien sabe verla: contiene muchos planos: desde la fétida negrura de la jeta alevosa, hasta la plata aérea de la virginidad en flor de gracia.

Y cuando un ligero soplo llega á la espesura, quizá después de haber viajado durante muchos siglos, su llegada representa para el artista un infinito número de acontecimientos. En la imperceptible convulsión de hojas que produjo, hay toda una sinfonía, que no por ser vedada al oído humano, deja también de ser eterna. Las líneas que en el aire cambiaron de lugar en ese instante, crearon un nuevo mundo de símbolos y enriquecieron la atmósfera terrestre con un caudal de signos.

El quejido de una fiera desolada, el gorgceo de algún pájaro huérfano, el crujido de una planta despojada por otra, cada una de esas notas caídas en el silencio, constituye una gota

de perfume, ó de colorido, ó de música, ó de almíbar para la sensibilidad del artista. Y bien sabemos que sólo quien tiene sentidos para ver en esas penumbras y oír en esas brisas y respirar en esos aires misteriosos, puede darse baños de armonía y euritmia en la soledad de un bosque virgen.

Como se ve, el artista estaba entre la selva satisfaciendo su amor á la belleza con lujo de emociones.

¿Por qué habría de regresar á la ciudad?

Mil años de vida no le hubieran bastado para saciarse de arte y de dulzura en el seno de esa hechicera.

Cada uno de sus átomos se había ligado á ella con el hilo de un encanto.

El hechizo externo le compenetraba sin cesar el espíritu, y todo él sentía ya su pulsación acompasada con el ritmo de las palpitaciones forestales.

\*  
\* \*

Pero el corazón humano también tenía que florecer en ese medio. Y floreció, como siempre, en una flor de púrpura.

Olvidó el artista que, como las savias y las mieles y las aguas, la sangre también tiene allí sus cauces fijos.

Olvidó que el amor—como las zarzas—también ha tendido allí su inmensa red de vida, cuyos hilos invisibles no se pueden destrozar impunemente.

Al enamorarse de una india ajena, tronchó un ritmo preestablecido de felicidad, y pereció al golpe inexorable de la justicia primitiva. Se interpuso en una corriente química del bosque. El mineral mata al hombre y la sangre al ensueño. Por magia de extrañas afinidades, el hierro cálido y agresivo de la sangre salta á veces para precipitarse en el hierro congelado de las armas. El indio airado que le quitó la vida, no fué sino la fuerza inconsciente de la armonía espiritual.

Ese brazo estaba contraído en la venganza de una raza contra otra desde cuatro siglos atrás.

En aquellas soledades no transcurre el tiempo. Para esos tribunales no hay ley de prescripción.

Esas deidades bárbaras necesitan ofrendas dolorosas. Todas las flores de sus dominios deben deshojarse á sus pies.

Por eso también se deshojó en sangre la flor de púrpura de ese artista asesinado por los indios chaqueños.

---

**¡HAY ASIENTO!**



## ¡Hay asiento!

---

—Le explicaré por qué—me dijo al fin Pietro Selvini, al observar que yo inquiría con creciente curiosidad la causa de su turbación, cuando al pasar por frente á los salones de lustrar, él se detenía con paternal interés ante el grito de *¡hay asiento!* proferido por algún chiquillo napolitano—. No crea usted que se trata de una manía caprichosa, de filántropo. ¡No! Es algo que nadie sospecha, pero que tiene relación con el secreto de mi felicidad. Esa es también la causa de mi aversión por abandonar la calma de mi estancia para venir á Buenos Aires. En esta ciudad no doy un paso sin sentirme afectado por la presencia de uno de esos *bambini*. Ya ve que usted mismo lo ha notado.

Y era verdad: cada rato nuestra conversación quedaba trunca, al llegarnos al oído la aguda melopea de esos chiquillos vendedores de diarios y billetes de lotería.

Bastaba uno de esos falseteados pregones, para que mi compañero, sin necesidad de comprar los diarios así anunciados, se detuviera en plena vía, en actitud inquieta, hacia el chiquilín vocinglero.

Lo examinaba atentamente, mascullaba para sí no sé qué reminiscencias, y las más de las veces le dejaba en la mano cincuenta centavos ó un peso, con sorpresa mía y asombro del pilluelo.

Yo supuse al principio que eso de proteger á la infancia era su especialidad filantrópica; pero la emoción intensa que revelaba al ejercitarla, me indujo á sospechar en él una manía enfermiza ó algo más complicado.

Por eso y por gozar un rato más de la verba vehemente de Selvini, resolví seguirlo moviendo á confianza.

—Vea usted —exclamé, mostrándole una partida de vendedores de periódicos, que á modo de parvada de gorriones invadía la calle San Martín, llenando el aire con sus rumores vibrantes de cristalería rota.

—¡Ah, sí! ¡Los infelices! Si no tuvieran la inconsciencia de pájaros, esa su carrera tras del público sería en demanda de redención. Sin embargo, ya usted los ve alegres. Vagan por ahí sin rumbo, fuera de la órbita social, reco-



giendo las migajas de la miseria pública, sonrientes, á pesar de ser ellos quienes ven más de cerca la parte horrorosa de la vida, y enérgicos, como que crecen sobre los quicios de piedra, adheridos á las grietas de los palacios como las flores de aire á la muralla señorial. Son el florido jaramago de este colosal jardín de mármol: lo alegran y perfuman.

Aun no había desaparecido por completo el grupo de chicuelos napolitanos tras las ruedas de los carruajes, cuando la fluida frase de Selvini fué interrumpida por un agudo «¡hay asiento, caballeros!» pronunciado al lado nuestro por un chiquilín que, en franjeada camiseta de pelotari, agitaba en su mano un gran cepillo de lustrar zapatos.

—¿Oye usted?—exclamó Selvini—; ¡hay asiento! para el público, pero no para el misérrimo *bambino*, que durante doce horas tiene abiertos sus pulmones jadeantes al polvillo emponzoñado de microbios que él quita de los zapatos del público. De estas covachuelas infames salen las carretadas de carne italiana en flor que el panteón de la *Chacarita* engulle diariamente. Calcule usted la cantidad de pulmoncitos melodiosos que la brisa del Plata se lleva cada día, al apagarse en las calles el gríto de los vendedores. La ola infanticida es monstruosa-

mente trágica: pasa por las costas de Italia barriendo carne de infancia, ¡carne casi toda de idilios desgraciados!; viene á golpear contra los muros de esta gran ciudad; azota los pavimentos, se encrespa en desesperaciones, grita, ruge, se queja, congela pulmones sobre las losas de las aceras, destroza cráneos contra la necesidad, enciende fiebres, desmenuza pulmones y salta luego á sepultarse en los subterráneos de la *Chacarita*.

Tal era de indignado el ademán de Selvini en ese instante, que los transeuntes de la calle San Martín se detenían un momento á mirarnos con aire de sorpresa.

Él había detenido la marcha, y sujetándome por las solapas del saco con sus manos trémulas, clavó en los míos sus ojos dilatados y fijos, como esperando de mí una rebelión por lo que acababa de perorarme.

Yo aproveché esa pausa embarazosa para recordarle el fondo de su confianza, y le dije, reanudando nuestro paseo:

—¿Y eso era á propósito de...?

—¡Ah, sí! Usted va á ver que tengo razón para emocionarme. De eso hace mucho tiempo. Aun era yo estudiante en Florencia cuando principié mis amores con Ida. En fin... eso es largo... Estábamos en pleno idilio de posesión,

cuando su hermano nos separó bruscamente llevándosela en secreto para Nápoles. Convenido de que era imposible dar con su paradero, me embarqué para América. Usted sabe que entre nosotros ese es el remedio heroico para las grandes catástrofes. Pues bien... Lo demás usted lo conoce. De esto hace diez y ocho años. Salí á la pampa como mayordomo en una colonia, y al cabo de algún tiempo compré la estancia donde ahora vivo con mi familia.

Á arreglar los títulos de esa compra regresé á Buenos Aires.

Un día, en la misma cuadra del hotel donde me había alojado, oí que un chiquillo me gritaba desde la puerta de una de estas covachas de lustrar zapatos: «¡Hay asiento, caballero! ¡charola macanuta!»

No sé por qué ese grito me dejó como paralizado. Eso todavía es un misterio para mí. Yo tengo mis teorías acerca de ese punto, pero no es el caso de discutir las con usted ahora. Ello es que ese chiquilín ejerció sobre mí una atracción irresistible, y yo fui á ocupar la silla que él quiso indicarme.

Entonces me di al examen de esa fisonomía que tantos recuerdos me evocaba. Hacía el mismo esfuerzo de atención necesario para reconstruir un sueño, pero poco á poco adquirió mi

primer capricho proporciones de esperanza. ¡Eran tan expresivos los ojos de ese niño! Usted, que es observador, sabe cuánto dicen las pupilas de una persona. Los niños, sobre todo, parece que conservan en los ojos la historia de su pasado, el colorido de su cielo nativo, los fulgores del idilio que los engendró y las sonrisas con que les hablaba la madre. Fíjese usted en los ojos de casi todos estos niños italianos: son ojos líricos, dramáticos; ojos de melodía. Algunos son negros, redondos, cálicos con matiz de castaña tostada al fuego lento; otros tienen brillo y azul espeso de onda meridional. Éstos abundan mucho aquí; darían azul suficiente para formar toda una ola del Mediterráneo. Pues bien; las pupilas de aquel chiquillo fueron para mí una revelación: me escribían con luz su nombre; eran ojos de Italia; eran los mismos de Ida. Tal vez aquel sorprendente parecido de fisonomías fué motivo inicial de sugerencias casuales; pero el hecho es que yo reconstruí en la imaginación el resto del drama de mis amores con Ida. Las contestaciones que el napolitanito dió á las preguntas mías, me convencieron de que esas conjeturas eran casi realidad. Ya con el dato del domicilio de la madre, quien en verdad se llamaba Ida, me dirigí al caer la noche al conventillo donde ella ocupaba una pieza. Á

favor de las sombras del gran patio, mal iluminado por un pico de gas, me puse cautelosamente á recorrer la galería. Á los pocos pasos me detuve palpitante ante un clarooscuro familiar que se destacaba en el fondo de una pieza muy pequeña.

Ante una mesita de planchar, y al favor de una lámpara que le iluminaba las mejillas rosadas, Ida arreglaba con sus manos blancas y delicadas todavía los encajes de una pieza de ropa.

Bajo el corpiño rojo, que dejaba descubierta la blancura de sus brazos, aun serpeaba la elegancia característica de su talle. La luz de la lámpara bruñía el oro requemado de sus cabellos, pero no lograba desvanecer las sombras que sus largas pestañas, caídas hacia la labor, proyectaban sobre el rostro.

Ya ve usted con cuánta fidelidad recuerdo los detalles de ese cuadro. ¿Cómo olvidarlo, si allí mismo saldamos cuentas con las penas pasadas y recomenzamos la felicidad de que usted sabe gozamos en la estancia?

—¿Y el chiquillo de la *charola macanuta*?

—¿Mi hijo mayor? Se ha ido á Mar del Plata, aprovechando sus vacaciones del Colegio Nacional.

---



# LOS POBRES ÁRBOLES





## Los pobres árboles

---

Don Roberto y su hijo Jorgito se paseaban un día por el parque de Palermo.

Mientras don Roberto, sentado en un banco, se entretenía en admirar la elegancia con que nadan los cisnes y el cuidado que ponen en conservar la suavidad de sus plumajes, Jorgito estrenaba el cortaplumas que le regalaran esa mañana, grabando en la corteza de un árbol algunas mayúsculas nuevas, recientemente aprendidas en la escuela.

Don Roberto se dirigió adonde estaba Jorgito, le pidió prestado el cortaplumas, y tomándole la mano, principió también á dibujar sobre la piel rosadita la misma letra mayúscula que Jorgito había grabado en la corteza del árbol.

Cuando el niño sintió el primer pinchazo, miró á su papá con sorpresa, y como viera que éste seguía muy serio su dibujo, quiso retirar

la mano y principió á hacer pucheritos, diciendo:

—Me haces daño, papá; ¡eso duele!

Don Roberto, sin soltar la mano de su hijo, contestó:

—Déjame jugar con el cortaplumas. Yo también quiero hacer letras.

Y como apoyara otra vez la punta de la cuchilla sobre la mano de Jorgito, éste dijo llorando:

—¡Eso duele! ¡papaíto! ¡ay! ¡ay!...

Don Roberto largó la mano de su hijo; le hizo un cariño en la mejilla y le preguntó:

—Y si es verdad que eso duele, ¿por qué se lo estabas haciendo á este pobre árbol?

—Porque al árbol no le duele.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Porque el árbol no se queja.

—¿Y quién te ha dicho que sólo los que se quejan sienten dolor.

—Porque el árbol no tiene carne, ni sangre, ni tiene lengua, ni grita, ni camina, ni le duele nada.

—Eso te parece á ti, porque eres muy chiquito y no conoces bien á los árboles.

—¿Y entonces por qué los cortan?

—Porque los hombres son malos. Figúrate que te tuvieran amarrado á la tierra, y que

fueras sordomudo, y que viniera alguien con un cortaplumas á escribirte letras en el pellejo. ¿Qué harías?

—¡Lloraría!

—¿Y si no veían tus lágrimas?

—Pero es que á los árboles no les duele nada, y no lloran porque no tienen ojos, ni son vivos.

—Ese es tu error. Los árboles son vivos como yo y como tu mamá y como tú. Los árboles sienten, porque eso blanquito que les ves debajo de la corteza es la carne, y los gajos son los brazos, y las hojas son el pelo.

—Pero no son vivos, porque no comen ni beben.

—Eso te parece, pero no es así. Los árboles comen tierra y beben agua con las raíces, y respiran aire con las hojas.

—Pero no chillan como el perro y el gato.

—Eso tampoco es cierto. Los árboles no solamente chillan cuando algo les duele, sino que cantan muy lindo. Lo que hay es que nosotros no tenemos oídos finos para oírlos. Si tú estudias y eres bueno y quieres mucho á tu mamá y á los árboles, llegarás algún día á oírlos y á comprenderlos.

—¿Y los árboles nos oyen á nosotros y comprenden lo que decimos?

—Yo creo que sí, Jorgito; cuando sembramos un árbol y le damos agua y lo mimamos mucho, ese árbol es nuestro pariente, porque al crecer sigue viviendo con la mirada nuestra que quedó tapada por la tierra... ¿No te has fijado cuando tu mamá riega en el jardín las plantas cómo se mueven? Así como tu perro mueve el rabito cuando le das pan, así también las plantas mueven sus hojitas y echan perfume de contentas cuando les dan agua. Las plantas son niñas como tus hermanitas, y sus flores no son otra cosa que las risitas de alegría cuando se sienten felices y juegan con el aire.

—¿Y entonces por qué les quitan sus flores?

—Porque los hombres son ingratos, y cuando se sienten tristes le quitan la risa á los demás.

—¿Entonces los árboles deben tenernos miedo, como nosotros á los ladrones?...

—Nos tienen miedo, pero son tan buenos que se lo pasan trabajando para darnos todo lo que tienen. Ya ves: si extienden sus brazos es para darnos sombra; si tiran sus flores es para darnos alegría; si escogen entre la tierra azúcar y en el aire perfume y en el sol colores, es por hacer frutas sabrosas para que comamos; si se arrancan los huesos es para darnos en su leña todo el calor que el sol les ha regalado. ¿Oyes?

¿oyes? Ese ruidito como de seda, ese susurro de las hojas es una cancioncita que ellos saben cantar cuando están comunicativos y quieren arrullarnos para que no estemos tristes.

—¿Y dónde aprenden música? ¿Qué profesores tienen?

—La música la aprenden de noche; y no tienen profesores, sino profesoras.

—¿Quiénes son?

—Las estrellas.

—¡Mentira!...

—Es cierto. La música que está entre los pianos y los violines vive en el aire. ¿Verdad?

—¡Bueno!

—Y el aire la recibe de las estrellas, y éstas son las que fabrican la música para todo el mundo, porque has de saber que las estrellas son de cristal, de azúcar y de plata, y no tienen más oficio que hacer música.

—¿Y cómo la enseñan á los árboles?

—En las noches de luna bajan con sus reflejos á las aguas y á las hojas, y ahí tocan sus guitarritas de plata para que los árboles y los pajaritos aprendan á cantar sin necesidad de estudiar el do, re, mi, fa, sol...

—Pero estos árboles no cantan tan bien como mi mamá en el piano.

—Mucho mejor. Tu mamá canta como ellos,

no cuando está en el piano, sino cuando está arrullando al nene.

—¡Es cierto! Cuando mamá está durmiendo al nene hace con los labios un ruidito como este de las hojas. ¡Qué bonita! ¿Sabes, papá, que ya quiero á los árboles? ¡Pobrecitos!

Y diciendo esto se puso serio, miró con tristeza la herida fresca en la corteza del viejo ombú, y acercándose á la orilla del lago donde los cisnes dibujaban letras raras, arrojó al agua el cortaplumas y dijo á su papá:

—¡Qué buenos son los árboles! ¡Qué buenos!



# LOS RAYOS CERO





## Los rayos cero

---

Me propuse arrancarle el secreto de su habilidad maravillosa.

Debía de ser una idea lograr hacer lo que él solía: burlarse de todo lo serio y reirse de todo lo solemne.

¿Era pueril, frívolo ó tonto?

De ninguna manera; porque si mucho se le acosaba para que dijese el motivo de su risa, en cuatro palabras de esmeril acre y mordiente eternizaba la caricatura del infeliz sujeto de su análisis, así fuese uno de esos personajes pingorotudos que si miran á la tierra no es por amor al prójimo, sino por no desarreglarse el peinado al tropezar con las estrellas.

El relampagueo de su sonrisa nos hacía revelaciones muy curiosas. Donde estábamos acostumbrados á reverenciar en una frente la blancura de una cumbre, su quinqué diabólico nos mostraba un adoquín.

Donde él aplicaba el brochazo de ceniza de su frase irónica, perduraba un epitafio.

Y así vivía errabundo, con más derecho que el compadrón de marras para repetir aquello de «Sobre las tumbas... ¡adelante!»



Una tarde lo encontré entretenido en mirar el desfile de carruajes por la calle Florida. Reclinado contra el mármol de un palacio, se retorció el bigote y parecía risueño, pero estaba muy pálido.

Quiso resistirse una vez más á comunicarme el secreto de su humorismo.

—Ahora no es simple capricho—le dije—; me es indispensable... me es urgente.

—¿Y...?

—Y estoy triste, y necesito el secreto de tu visión para sorprender lo cómico en el prójimo.

—¿Sabes lo que me pides?—me dijo con aire compasivo.

—¡Claro! Que no seas egoísta. Que me enseñes tu procedimiento mental para encontrar de quién reir.

—¡Bueno! Vas á principiar por reirte de mí mismo, creyéndome loco, pero no importa. Cara

te ha de costar más tarde esa infeliz curiosidad. Mi procedimiento es muy sencillo. He descubierto en el cerebro un fluido especial, que, concentrado en las pupilas, les da una gran potencia de penetrabilidad.

—¿Los rayos X?

—Algo por el estilo; pero dada su procedencia y sus efectos, yo los llamo rayos cero... ¿Ves? Ya principias á reírte de mi secreto.

—Prosigue. Explícame cómo haces para generar esos fluidos.

—Ante todo hay que levantar presión nerviosa.

—¿Café? ¿Música? ¿Vino?

—Nada de eso.

—¿Carbón?

—Si gustas. Pero carbón espiritual: ¡dolor! ¡tristeza! Arroja en las llamaradas de la sangre los guijarros de la pena, échale encima hojarasca de esperanzas, mirtos de amores mustios, viejos troncos de orgullo, horcones de odios hondos, cierra los ojos, mira hacia adentro; piensa en ti mismo, y cuando tus pupilas se familiaricen con tu obscuridad interna, y tu amor, y tu vida, y tu persona, y tu recuerdo, y tu esperanza se incendien y arremolinen entre el pecho, y giren y giren y giren hasta ceñirse sobre el astro rojo de tu corazón como un anillo

siniestro, como un *cero* luctuoso... Entonces la presión nerviosa está en su punto.

—¿Y entonces?...

—Entonces abrirás los ojos sobre la humanidad y podrás verla como es. Mi procedimiento es como el que usan los médicos para hacer pronósticos: por eliminación. Ellos eliminan síntomas, yo elimino virtudes simuladas. La penetrabilidad de mi mirada despoja instantáneamente del traje á las personas, con lo cual ya quedan bastante diferentes de lo que pretenden ser. Aunque sea en invierno, lo primero que hago cuando subo á un tranvía y he pagado mi billete, es desnudar á mis compañeros de viaje. Esto es muy divertido. Se reciben sorpresas deliciosas. Sin el gran sofisma de los sastres, no podrían sostenerse muchas reputaciones. He sorprendido bajo los andrajos del *atorrante* prodigios de aristocracia.

—¿Y luego?

—La mirada sigue explorando epidermis adentro. La carne, la grasa y los músculos se eliminan, porque ya sabemos que no son sino elementos superfluos y perturbadores para el estudio de la psiquis. En el oleaje de las sangres se ven fenómenos extraños: algunas hierven en humaredas lardosas; otras en emanaciones explosivas, y otras ebulLEN en inquietudes

infinitas, evaporando inconsútiles y perfumadas brumas de delirios. Luego queda nuestro paciente con su osamenta y sus nervios á la vista. Es entonces cuando yo aplico mi neurótomo y principian á resaltar las diferencias personales. Cada cuerpo parece gajo de ciprés seco, bajo cuya urdimbre opaca se albergase medroso el corazón, con aspecto de pájaro desollado y palpitante. El pecho de los hombres es horriblemente obscuro. Allá muy de tarde en tarde se distinguen en algunos fosforescencias misteriosas, que ascienden por los nervios al cerebro, donde se descubre un nudo de viborillas azules, retorciéndose en su nido.

—¿De ahí es esa luz que suele salir por las pupilas?

—¡No! Esa luz es falsa. La mayoría de las gentes usa el vidrio fascinador de las pupilas, como las casas de comercio usan las bujías eléctricas para letreros de *réclame*.

—Y cuando á fuerza de introspección uno ha logrado reducirse el corazón á cero y desnudar y disecar al prójimo, ¿qué ventaja se obtiene?

—Lo que tú me pides. Anular lo solemne. Ahorcar lo grave. Sorprender en su caprichosa variedad de líneas el infinito mundo de lo cómico. Mirar cara á cara, sin envolturas si-

muladoras, el pájaro desollado que llevamos cautivo en las costillas, y el nido de viboritas donde se empollan las ideas, y el par de ceros de hueso, el par de ceros rotundos que llevamos como inscripción simbólica sobre la esfera del talento.

—Eso es aterrador.

—Es divertido... Todo lo divertido es doloroso. Es lo que tú me pides. Sólo así podrás descubrir en sociedad tus tipos...

Y así diciendo con sonrisa irónica, se dispuso á alejarse; pero mirando al suelo como para precisar algún recuerdo, exclamó:

—Olvidaba lo principal de mi secreto: cuando estés buscando tipos, debes interponer entre la humanidad y tus pupilas cierto lente muy fino.

—¿Dónde he de conseguirlo?

—Ya lo tienes de sobra... el cristal de una lágrima.

**NUNCA MÁS**





## Nunca más

---

El corso de carruajes desfilaba acompasado y sonoro bajo la gloria luminosa de esa tarde de otoño.

En la brisa leve que después de rizar las aguas del Plata imprimía ritmo ondulatorio á las frondosas tapicerías del parque de Palermo, volaban con desordenada intermitencia, con giros vagos de sonámbulas, las frases truncas de la banda militar distante, las hojas amarillas de los árboles y las esencias maduras de los prados en flor.

Por las inmensas claraboyas del bosque asistía á la reunión aristocrática la serenidad inmóvil y blanquecina del cielo, á esa hora chispeado á trechos por los primeros parpadeos del crepúsculo.

En una de las mesitas del restaurant, Mario contestaba con frases cortas al parloteo bromis-

ta de Nicolás, quien de esta manera trataba de desvanecer la melancolía de su amigo.

La enigmática luna de uno de los espejos del pabellón dibujaba fielmente en las pupilas de Mario todo el paisaje que éste tenía á su espalda, y que por magia del cristal comunicaba un aspecto de misterio tembloroso y de lejanía espiritual al cielo, al bosque y á la suntuosa franja de encajes, sedas y sonrisas del corso.

Cada vez que pasaba el carruaje de una niña conocida por los jóvenes, y esto era sin cesar, Nicolás aprovechaba esa aparición para dirigir á Mario una broma impregnada de alegría y sugerencias de amor. Éste buscaba en el espejo la imagen diminuta de cada amiga nombrada, y las más de las veces contestaba á su compañero con una ligera contracción de labios, réplica concisa del tedio, siempre sobrio en palabras inútiles.

—Es una tontería que tomes eso á pechos —decía Nicolás, sonriendo con desenvuelto optimismo.

—No es eso... ¡tú no entiendes!...

—Deberías hacer lo que te digo. En poco tiempo estarías enamorado de otra. ¡Mira allí á la Juanita! ¡Más allá pasa la Rosa con sus primas!... Ya verás. ¡Si te *garanto* que ahora estamos muy escasos los buenos maridos!

Tras un simulacro de sonrisa, Mario replicó con benevolencia:

—Es que tú nada entiendes de *relojería*. No creas que yo lamento en ella una pérdida física. ¡No! Ella fué para mí un símbolo inconsciente de una época de mi vida. Fué un elemento activo en el desarrollo de mi sensibilidad; se compenetró con mi estructura emocional, no por ser ella un ser privilegiado, sino porque le tocó intervenir en la esencia de mi espíritu cuando éste se asimilaba luz, color y líneas para intensificarse y afinarse. En mi más íntimo concepto de belleza intervinieron sus formas, sus perfiles, la armonía de sus líneas, el timbre de su voz, sus perfumes favoritos, sus actitudes, su atmósfera invisible de radiación simpática, el corte extraño de sus cejas renegridas. ¡Eso sobre todo! ¡esas dos pinceladas de sombra!

—No te entiendo media palabra. Eso es *litterature...*

—No es eso... Es vida real é intensa. Son fenómenos de estética espiritual. No es el romanticismo llorón que consiste en amar á ciegas á la consabida *Fulanita* del primer amor, quienquiera que ésta sea: es algo más serio y profundo; es un vínculo poderoso con la belleza abstracta, sin el cual se desequilibra la vida cuando se ha llegado á cierto grado de

finura; es todo un sistema ideológico que se desbarata, afectando en parte al plan invisible de la armonía universal; es un ritmo roto y tronchado de improviso. La amé intelectualmente ¡Eso fué todo!

—No puede ser: si tú amaras intelectualmente, pensarías en cualquiera otra de las que te he nombrado: en sus casas, en sus rentas, en sus leguas de campo, en su altura social, etcétera. Esto es amar con la cabeza.

Con un gesto de desprecio compasivo, Mario había vuelto á reconcentrarse en su meditativa gravedad, y miraba en el espejo del frente la miniatura fantástica del paisaje reflejado.

Su sensibilidad sobreexcitada, palpitando en sus pupilas, y la ondulación lenta de los arbustos y el incesante movimiento de los coches afuera, comunicaban al diminuto panorama del espejo un estremecimiento de espanto, una ráfaga helada de misterio, una trepidación de cataclismo y un soplo trémulo de inestabilidad y desequilibrio.

Mientras Nicolás seguía con una sonrisa de saludo á una familia amiga que se alejaba en *mail-coach*, Mario se ponía profundamente pálido. Sus grandes ojos garzos, dilatados por el espanto, miraban el espejo. Luego apretó los párpados como para aguzar la penetración de

su ensueño sobre los detalles del paisaje cristallino, y distinguió sobre el fondo lejano de un retazo de cielo nacarado, y bajo un cortinaje de pinos oscuros, á una pareja sonriente de recién casados, que desfilaba al trote metálico de dos poderosos alazanes.

Quizá por una complicada asociación de ideas tristes—*que lo triste es así*—al ver ese cielo efímero, y esos astros, y esa frente pálida, y esos ojos nimbados por dos pinceladas trágicas de sombra—alas simétricas de un cuervo fugitivo—creyó oír desde lejanos horizontes una siniestra frase de desolación y espanto.

Golpeó en sus manos enguantadas para llamar á su cochero, y se levantó diciendo á su asombrado amigo:

—¿Lo has oído?... *¡Nunca más!* dice el cuervo, *¡nunca más!*

---



# **LOS MANCHESTERIANOS**





## Los manchesterianos

---

Aquella noche estival yo había colocado mi silla de lectura tras la reja de mi balcón.

Las brisas refrescantes del Plata, al mecer con suavidad el globo eléctrico de enfrente, imprimían sobre el pavimento de la calle una movilidad fantástica á las sombras de los edificios y redes telefónicas.

Tras esa claridad espectral, mi mirada se enredó en unos discos de tul aéreo, tejidos por arañas diminutas en los arabescos del enrejado.

Cautivada así mi fantasía, como un insecto errátil, abandonéla á sus caprichos.

Mi primer sentimiento fué de sorpresa ante el asombro que me inspiraba algo tan sencillo y familiar como un telarejo de araña.

Me propuse, pues, poner atención en el hilo de mis divagaciones.

Cada una de esas arañitas microscópicas

se había apoderado de un pequeño espacio de la reja, de cuatro á cinco centímetros de diámetro.

Allí, con absoluta autonomía, había hilado simétricamente el aire. Luego se había agazapado en el centro estratégico de su telar, donde, reducida á un puntito casi invisible, espiaba su presa con pupilas que no vi, pero que supongo más listas y avizoras que las mías: tal era la rapidez con que acudía al punto de su trama donde algún zancudo pugnaba por desenredarse, y la eficacia de la estocada infenitesimal con que lo inmovilizaba para siempre.

Tan simétrico y artístico era ese tejido Chantilly, y tan incapaz me sentía yo de hacer esa misma obra en mucho tiempo, que nacieron en mí ideas de respeto por la habilidad de esa arañita.

Debía ser muy joven y recientemente abandonada á sí misma en la lucha por la vida.

Quién sabe de dónde había venido huérfana á desarrollar allí sus planes.

Sin embargo, su obra ya denunciaba en ella cualidades harto raras en el hombre: energía, cálculo, actividad, previsión, arte, ¡ciencia!

Me sentí avergonzado, lo confieso, al ver que á mí y á muchos faltan casi todas esas cualidades.

Los prodigiosos hilanderos de Lyon nunca llegarán á producir esos tenues hilos de seda color de aire, y no todos los ingenieros titulados poseen nociones más exactas sobre armonía de líneas y resistencia de materiales. En cambio, parece que las arañas no tienen universidades, ni usan teodolitos, ni se golpean la frente ante la X de las ecuaciones algebraicas.

Conocen, sin duda, la eterna ley del número, pero ignoran las cifras.

Su acción no necesita de símbolos intermedios.

Piensan directamente y ven claro.

Verdad es que su ciencia es sencilla: sin diplomas, sin cátedras, sin programas.

Quizá no poseen tratados de trigonometría, pero la regularidad de sus exágonos y la firmeza de pulso para trazar sus radios y tangentes son irreprochables.

Al mirar muy de cerca el cráneo de esa araña, muchas veces más pequeño que la cabeza de un alfiler, pensé en la inmensa relatividad de nuestra ciencia antropológica. ¿Cómo podrían caber y funcionar tantas cualidades mentales en ese punto microscópico?

Recordé entonces el problema misterioso de la cristalización; recordé también eso de que cada glóbulo de la sangre es un cristal geomé-

trico; pensé en todo lo que puede caber en la molécula inicial de la vida—como que es infinita—y no vi diferencia de volumen entre la mole de piedra de la doctoral Sorbona y el cerebro invisible de una araña mínima.

Así y todo, incurrí luego en el error deplorable de analizar la conducta de ese insecto con el criterio de la moral humana.

¡Qué difícil es despojarse de la patraña inmemorial en ese asunto!

De ahí el que la conducta de esa arañita me pareciera á primera vista abominable.

Esa gasa sutilísima, llena de círculos concéntricos y líneas transversales, tendida allí sigilosamente, con premeditación y á sangre fría, para acechar la vida de los insectos transeuntes, era todo un proceso de perversidad y alevosía contra quien dispuso allí con fines proditorios.

Esa araña era criminal, era punible, era una salteadora de caminos.

¿Por qué no se ganaba la vida de otro modo? Yo, como dueño del balcón, debía aplicarle la ley de residencia.

\*  
\* \*

Con todo, mi *ciencia* (?) y vicios mentales

de abogado me conducían á buscar las circunstancias atenuantes de ese crimen.

No se podía negar que en el fondo de todo ese atentado se ocultaba un derecho lícito á la vida.

Pero ¡no! Los códigos penales más civilizados condenan inexorablemente al que mata y roba, aunque esto lo haga para poder vivir.

Un pedazo de pan ajeno es más sagrado y merece más defensa que una ó varias vidas agonizantes de hambre. Así lo tiene resuelto la *legislación positiva*.

Sin embargo, ¿qué es lo que esa araña hace al fin y al cabo? Tejer una red fina para que en ella caigan los elementos de su subsistencia.

Pero... ¿quién no hace lo mismo?

Los manchesterianos, al amparo de la ejemplar ley inglesa, viven de lo que tejen.

El comercio no es sino una red inmensa de telas, cables, jarciás y mentiras para acapararse el oro de los demás.

La industria es otra sinuosa y pérfida red de hierro para pescar esfuerzo humano. Entre su mecanismo hay un incesante crujir de huesos y chorrear de sangre.

¿Á quién se ocurriría castigar á tan inocentes pescadores? ¿Qué son sino los sucesores de

los bíblicos ancianos galileos, cabe el borrascoso Tiberiades?

¿Y qué decir de esa otra red que parte de la cúpula de San Pedro para distenderse con sutileza espiritual hasta el fondo de las conciencias y los intersticios de la tumba?

¿Qué son esas nubes expansivas de incienso, sino el tul labrado por la liturgia para continuar en el cielo la labor de atar y desatar las acciones de los hombres?

La plegaria diz que asciende bogando hacia el Empíreo, con su velamen henchido de humo perfumado, pero las pesetas caen al fondo de los cepillos, atraídas por la mirada hipnótica que acecha tras otras rejas.

Una arañita no hace más que lo que tanto se aplaudió á Pierpont Morgan. Sólo que este humilde tejedor quiso tender su red de acero, no entre barrotes y barrotes, sino de continente á continente.

Las sederías, los brocados valencienes y los puntos de Inglaterra son muy parecidos á las telas de araña; mas las opulentas damas los emplean, no para aprisionar moscas, sino para cautivar papamoscas.

El que se acerca un poco á los tribunales de justicia, ó á los estudios de abogados y médicos, ó á los conciliábulos de la política, expe-

rimenta el pavor del que en el sótano de un edificio en ruinas quedase oprimido y enceguecido de repente por densos cortinajes de telarañas inmemoriales.

Los que exparcen por el mundo la trama fina de sus creaciones literarias, ó por las alas la gasa lírica de sus períodos musicales, ó ante las pupilas el lienzo ilusivo de sus paisajes, hasta esos hacen lo que la arañita de mi balcón.

Esto en el gremio de la finura; que en lo grotesco, ahí están los grandes *trusts* tendiendo sus telares de avaricia sobre las sociedades, como monstruosas colonias de tarántulas.

Los Bismarck, los Roosevelts y los Chamberlains, son arañones modernos que en la maraña de sus diplomacias detienen el vuelo de los pueblos débiles.

Por ahí en las costas de Africa y Sud-América tienen ya puestos sus tentáculos férreos.

En las relaciones morales de persona á persona, predomina ahora el sistema de Marconi.

La cultura ha conseguido que se supriman los hilos materiales; pero en cambio, el fluido constrictor recarga sus baterías. El instinto del cálculo, la conciencia geométrica del dolo, suprimen sus hilos ostensibles para medrar mejor.



Por tanto (como dicen los jueces, cuando han acabado de hilar la red de sus errores), mi arañita es menos culpable que cualquiera de nosotros.

Hay un hecho que la salva: limita sus presas á lo necesario para vivir: no abusa de su espíritu geométrico: ¡no acapara!

Además, ¿quién no es manchesteriano?

---



## **MALEFICIO**



## Maleficio

---

La bulliciosa concurrencia que esa noche había llenado de alegría la feria de Montmartre, se diseminaba ya en todas direcciones.

Algunas parejas regresaban al centro de la ciudad, y otras invadían los restaurants nocturnos de aquel barrio.

La inmensa rueda de fuego del *Moulin Rouge* se destacaba en el horizonte sombrío, fascinando con los reflejos sangre y oro de su círculo giratorio á los ebrios y á los extranjeros extravíados en aquella noche babilónica.

En los divanes rojos de los *cabarets* se iban instalando grupos pintorescos de noctámbulos, dispuestos á levantar con licores y conversaciones cálidas la temperatura dorada de la orgía.

Las orquestas de zingaros ó los tercetos de violines y piano, preludiaban por la millonésima vez la célebre marcha inglesa de *Á Run-*

*away Girl*, que adaptada á una cancioncilla francesa, sali6 de la *Boîte à Fursy* para perpetuarse en el ambiente de París durante toda la Exposición.

Puede asegurarse que ninguna de las canas que los visitantes de París tiraron al aire en esa época, dejó de ser arrullada sobre las brisas del Sena por ese ritmo de locura, por ese fluido antinostálgico, especie de *no me importa* intrépido que incita al despilfarro galante.

Cuando entré en el café Cyrano, muy frecuentado entonces por los sudamericanos, me sorprendí al ver que el joven poeta mejicano, cuyo nombre me callo, había llegado aquella noche sin Sonia.

Con ella estaba cuando me lo presentaron en París, y del brazo con ella lo seguí encontrando siempre: si de día, en los sitios más exóticos de la Exposición; si en la alta noche, mariposeando en torno á los fuegos perpetuos del barrio Latino y de Montmartre.

Para la insaciable y morbosa curiosidad sensual de aquel poeta, ningún *cicerone* tan adecuado como Sonia.

Era ésta una preciosa florecita del bulevar. No tenía veinte años de existencia física, pero en el pleno del sensualismo delirante, era una especie de pitonisa centenaria.

Sobre su blanca y perfumada carnación de lirio parisiense, las llamaradas del vicio le habían dejado un tinte hialino de porcelana de Sevres, una pátina de purísimo marfil muy manoseado, una palidez marmórea de mártir hierática.

Su espíritu de seda, bien perfumado en los jardines más prohibidos de la librería montmartrense, parecía comunicar su agilidad elegante á todos los movimientos de su cuerpo, de ese cuerpecito terriblemente acostumbrado á las flexibilidades de la voluptuosidad más perversa.

Los *Cantos de Mardoror*, por ejemplo, le parecían perfectamente ajustados á la normalidad emocional. Á Jean Lorrain le tachaba de candoroso y á Mirbeau de ridículamente pudibundo. El marqués de Sade era más aceptable. Guaita y Leví útiles.

Ignoro si asistía, pero me parece que en la *Misa Negra* debía experimentar todos los arrobamientos de la beatitud.

Y como el poeta mejicano, aunque neófito, era también un beato fervoroso en esas religiones del delirio sensual, repito que me sorprendió no encontrarlo aquella noche con Sonia, sino rodeado de otras jóvenes del amor errátil.

Tratando de explicarme cómo había podido desasirse de esa red sutilísima de seducciones,

noté que estaba ebrio, y que sólo el alcohol había contrarrestado la influencia del aroma mágico de Sonia.

Yo sabía que ese idilio tempestuoso no iba á deshojarse sino con una brisa trágica.

Por eso, desde una mesita inmediata, seguía con la vista el curso del episodio desde que Sonia entró triunfalmente en el café, imprimiendo á su pasito marcial y al plumaje negro de su sombrero el ritmo de la orquesta, y tarareando con su vocecita orgiástica, con su vocecita de niño enronquecido en el juego, esta parte impetuosa de la marcha inglesa:

*Oh listén to the band  
how merrily the play  
oh don't you think it grand  
hear everybody say...*

Con un golpecito rotundo de su zapato de raso blanco, hizo alto al lado del poeta.

Le levantó la frente amodorrada con su manecita de jazmín; miró con insolencia á la rival que tenía el talle abandonado al abrazo del joven; recibió de éste una frase repulsiva y hostil; le arrancó una rosa roja que tenía en el ojal de la solapa, y siempre tarareando su frase musical, fuese á sentar sola al otro extremo del salón, ante una mesita de mármol.

Allí pidió al mozo coñac.

Colocó la rosa entre la copa, vertió en ella algo, de un frasquito que llevaba en un manojo de talismanes, inundó las cavidades de los pétalos con el *fine-champagne*, prendió fuego con un fósforo, y de codos sobre la mesita, se puso á contemplar ese infiernillo, con pupilas litománticas y que fulguraban siniestramente bajo el sector de sombra con que el ala del sombrero le velaba medio rostro.

De toda ella fluía una aureola de radiación nerviosa, fosforescente y satánica.

La blancura de sus dos puñitos crispados sobre las mejillas, contrastaba con el gesto escarlata y movible de sus labios, que parecían animados por las convulsiones de la llama alcohólica.

Así, sobre el terciopelo rojo del respaldo del diván, enigmática, pensativa, Sonia tenía el aspecto de una divinidad infernal, atisbando ante una redoma sulfurosa los signos de algún horóscopo maldito.

Su ira se resolvía á las veces en un soplo de sofocación, en un hálito sibilante, que al agitar las llamas de la rosa incendiada, les daba los tonos fatídicos de los fuegos fatuos.

El poeta, en tanto, paseaba circularmente sus empañadas miradas de ebrio por la sala, sin darse cuenta de lo que ocurría en la mesita de Sonia.

Se llevaba las manos á la frente, como para preservarse el cráneo de una explosión súbita, y febril apuraba una tras otra las copas de *fine champagne*.

Sonia observaba ya con sonrisa diabólica el resultado de su misteriosa combustión. La rosa se retorció como presa de dolores inauditos; se ponía lívida, blanca; desangraba su jugo purpurino en el alcohol ardiente de la copa; exhalaba en cada chisporroteo una queja fugaz y en cada burbuja luminosa un átomo de sol, y desvanecía su espíritu en un humillo con fragancias de vapor termal.

Cuando se consumió hasta la última gota de licor en la copa y la rosa quedó carbonizada, Sonia pagó su cuenta, azotó con sus guantes algunos pétalos tostados que la brisa del ventilador había olvidado sobre el mármol, y se levantó diciendo al mozo con aire de satisfacción y voz opaca:

—*Oh! La, la! Maintenant c'est un homme fini. Voilà tout!*

Cuando su silueta flexible se desvanecía á lo lejos en la penumbra proyectada por las alamedas del bulevar Clichy, alguna de las jóvenes que estaban á la mesa del poeta mejicano lo miró con gesto compasivo, y dijo aterrada á una de sus compañeras:



—¿Has visto? Sonia es iniciada y le hizo hechicería. Por medio de la rosa le rezó el encantamiento de la embriaguez. Este pobre joven tendrá que morir quemado por la sed alcohólica.

No creo que deba darse demasiada importancia á las artes negras de las maceraciones herbolarias, pero sí sentí serpear por mis nervios unas hebras nevadas de misterio, al saber hace poco que ese desgraciado poeta no ha vuelto á experimentar la dichosa pena del *acceso de canto*, y que ahora sucumbe á los estragos del vicio que Poë calificó de *terrible enfermedad*.

---



**CONJETURAS DE UN LOCO**



## Conjeturas de un loco

---

Gustaba yo de visitar á menudo á ese morfómano.

Era muy curioso el contraste que ofrecía la extravagancia de sus delirios con la seriedad de su rostro, al referirlos como valederos.

Quizá debido al método que yo usaba para provocarle confidencias, en sus conversaciones conmigo abandonaba su excentricidad habitual, para dar libre vuelo á sus visiones de delirante.

Una mañana lo encontré más absorto en lo inverosímil que de costumbre.

Á grandes pasos recorría su habitación, con las manos crispadas dentro de los bolsillos amplios de su *robe de chambre*. Sobre la palidez marfilina de su rostro apatinado por la bruma de los ensueños y el humo de los cigarros, sus adormidos ojos negros se iluminaban por instantes con relampagueos de tempestad lejana,

para quedar luego apagados, cual en la inmovilidad mágica de un estanque congelado entre la sombra.

Á veces, como si hubiese caído en ese pozo fantástico algún cuerpo pesado, y las ondas concéntricas le hubiesen comunicado sus temblores opacos, mi amigo era presa de convulsiones bruscas, que gradualmente se iban alejando de su centro nervioso en un tiritán imperceptible.

En otras ocasiones, fulguraba una sonrisa en sus pupilas, como si de repente hubiese recibido en el alma, desde una ribera misteriosa, algún pantallazo eléctrico de dicha.

La atención y sorpresa con que en tales instantes miraba lo invisible, sugerían la idea de que estaba asistiéndolo con su espíritu ausente á quién sabe qué espectáculo remoto.

Debían ser paisajes excesivamente luminosos los que estaba mirando, porque su rostro se alteraba en contracciones de ofuscación y hasta llegó más de una vez á sombrearse con la mano las pupilas, como suele hacerse bajo los rayos verticales del trópico.

Cuando esas crisis de luz llegaban á ser muy intensas, él balbuceaba frases en un idioma incomprensible.

Alguna vez quise aprovechar esos períodos

lúcidos de alegría para sondearle sus visiones, y le dije:

—Eres un gran egoísta al no comunicarme tus alegrías intelectuales.

Después de una breve pausa en que mi seriedad pudo resistir su mirada de desconfianza, cruzó la pieza á grandes pasos, para ir á sacar cuidadosamente de un armario una cajita de caoba llena de frascos rotulados. Extrajo de uno de éstos una pastilla obscura, se la puso en la boca con deleitosa voracidad, y sentándose á mi lado con la cajita sobre sus rodillas, me dijo:

—Si en verdad quisieras acompañarme en mis viajes maravillosos, yo tendría sumo placer en obsequiarte con cualquiera de estos frasquitos de opio. Cada uno de ellos constituye una puerta para salir por algún tiempo de esta insoportable vida contemporánea de nuestra generación.

Inclinado sobre la cajita de caoba para examinar su contenido más de cerca, leí algunos de los rótulos puestos en cada frasco por mi amigo. Eran diminutos jeroglíficos en caracteres exóticos y al parecer disparatados.

—Te han movido á curiosidad esos letreros. Voy á darte una vaga idea de lo que significan: estos nombres geográficos corresponden al sitio donde esa calidad de opio debió ser co-

sechado; estos números encierran un cálculo aproximativo de los años en que debieron desarrollarse los sucesos reproducidos en el ensueño; estas otras cifras indican, en alfabeto oriental hoy desconocido, la época en que se operó sobre este opio la exudación cadavérica de las personas cuyo fluido emocional revive en mis visiones; éstos son los nombres principales de esas gentes; éstos son días cálidos y luminosos de Indostán; aquí ves algunas noches frías; de éstos poco uso hago, porque son de baja calidad, como que corresponden á vidas de parias infelices; éstas son batallas sangrientísimas; aquí el paisaje es primoroso, pero las escenas son desgarradoras: debió ser cosechado tras alguna epidemia en las orillas del Ganges. Mira: éstos, casi agotados, son amor y miticismo, ¡espléndidos! Este otro es valiosísimo, es de tiempo inmemorial: siempre que lo tomo me produce dilatación inconmensurable del espacio y emoción muy honda de eternidad; este es quizá el más preciso: debe tener cada-verina de odaliscas: ¡qué opulencia!

Esta exclamación fué acompañada por un golpe obscuro de caoba, al cerrar mi amigo con violencia la cajita misteriosa, para mirarme luego con zozobra, como si temiese haber sido demasiado explícito.



Comprendí que lo más prudente era manifestarme de acuerdo con sus divagaciones, y le dije en tono familiar:

—¿Cómo explicas tú esa prodigiosa relación del opio con la historia de la humanidad? La química no ha dado todavía una razón satisfactoria.

—¡La química! ¿Pero cómo es posible que con la temperatura y en los cristales de las retortas químicas, cosas absolutamente exteriores y objetivas, se puedan desdoblar en la reencarnación esencias que no guardan afinidad electiva sino con ciertos fluidos cálidos desprendidos de los nervios en la fiebre cerebral? Además, los químicos, aunque provistos de lentes de aumento, miran de adentro para afuera, cuando esas exhalaciones de substancia psíquica sólo pueden ser analizadas mirando de afuera para adentro de sí mismo, esto es, con ojos subjetivos intensificados por lo hipnotis letárgica. ¿Entiendes?...

Como tengo para mí que contradecir á un loco es la mayor de las locuras, le dije:

—¡Perfectamente! Mas ahora quiero que me expliques cómo puede verificarse ese fenómeno óptico.

—Ya debes tú suponer que los convencionalismos fisiológicos que nos enseñan, nada tienen que hacer en este caso. La visión distinta del

ensueño tiene un alcance ilimitado é implica un cambio en nuestras nociones de luz, espacio y tiempo. Tú ves que los sabios admiten ya eso que llaman telepatía, aunque sin explicar bien sus causas. Si quieres formarte una idea aproximada de esta maravilla sensorial de que te hablo, figúrate que la obscuridad interna de tu cuerpo es infinitamente extensa, y sobre mágicos espejos de una negrura muy brillante, se reflejan con perfiles plateados paisajes y escenas inconmensurables por su pequeñez ó su grandeza, y que tú quedas incorporado á ese mundo fantasmal, como si fueras una de las personas evocadas.

—¿Mas á uno le es dado entonces entenderse con tales personas?

—No solamente eso: lo que sucede es que nuestra conciencia es ocupada durante la visión por cualquiera de esos espíritus errantes vinculados al opio. Y entonces uno siente y piensa como se sintió y pensó en esas edades prehistóricas, y habla el idioma correspondiente á cada época y país. Yo, en momento de hipnosis, he leído de corrido todos los idiomas extintos del Oriente.

—¿De modo que en las confesiones de Quincey hay mucho de verdad?

—Son ciertas, en cuanto es posible traducir

al lenguaje humano esos sentimientos. Sólo que el pobre Quincey debió usar un opio muy plebeyo, á juzgar por la mala clase de malayos y parias que lo visitaban. Esa escena que describe de un mar muy agitado y extenso, formado por flotantes cabezas de decapitados que pedían misericordia al firmamento, de seguro que fué evocada por opio cosechado en los cenagales del Ganges é impregnado de cadaverinas de pestíferos, arrojados por miles á esas aguas.

—También los médicos creen que el opio suele tener consecuencias funestas para la salud...

—Errores... El opio en sí no es malo; todo depende de su calidad. Es cierto que á veces causa estragos, pero eso consiste en que no ha sido cultivado con pureza. Si se ha dejado la planta confundida con el resto del matorral, y sobre todo, expuesta al contacto celular con otros organismos venenosos ú hostiles, es fácil que su espíritu vital quede contaminado con ponzoñas inconscientes. Las víboras, por ejemplo, gustan mucho de morder cadaverina de mujer en la raíz de ciertos vegetales soporíferos, lo cual comunica á éstos una influencia diabólica sobre la imaginación de quien los toma.

—Noto realmente alguna relación entre esos fenómenos profundos, pero lo que sí no se me

alcanza es esa recóndita virtud que has atribuído varias veces á la cadaverina.

—¡Inconsecuencias mentales! Ustedes los psicólogos convienen en que el fósforo, el carbono y no sé qué más substancias inorgánicas, al pasar por los tejidos cerebrales operan reacciones químicas para producir el pensamiento, con todo su séquito de sensaciones, emociones, memoria; voluntad, etc. Strinberg, por ejemplo, ha llegado hasta describir la relación que existe entre la flor aquella que tiene en sus pétalos una calavera humana, y los insectos, venenosos para el hombre, que liban el néctar de esa flor. También ha interpretado las pintas simbólicas de ciertas mariposas fatídicas. Esto para no citarte á tantos poetas que han sentido estas transmutaciones del cadáver en flores dotadas de alta personalidad moral. ¿Por qué, pues, no reconocer á la cadaverina, á esa esencia suprema de la putrefacción humana, la virtud de obedecer á la ley científica de la persistencia de la fuerza, floreciendo en corolas compenetradas de potencia espiritual?

—¡Ah! ¿las amapolas?

—Sí señor; en esas tazas de púrpura simbólica, la cadaverina exudada de los sepulcros brinda á nuestros ensueños el néctar de la fraternidad universal.

—¡Ya comprendo! De esas flores se extrae el opio, y en éste nos unimos con el espíritu de las generaciones muertas.

—Sin embargo, advierte otra gran inconsecuencia de los hombres: los sabios han querido explicar esas apariciones de otras existencias en nuestros sueños, diciendo que son atávicos recuerdos al través de las células de ciertos estados de conciencia de nuestros antepasados. Otros creen que esas escenas fueron presenciadas por nosotros mismos, muchos siglos antes de que las transmigraciones sucesivas hicieran de nosotros lo que hoy somos. En fin, de los 1.500 millones de habitantes que tiene la tierra, 500 millones de cristianos creen posible que en el vino y el pan hagamos íntima comunión con la sangre y el cuerpo de todo un Dios. ¿Por qué, entonces, negarme esta sencilla comunión de la humanidad con el ensueño, no ya en vino y en pan—que harto prosaico es el vehículo—sino en el cáliz de una flor de sangre, henchida de ilusiones, matizada de arreboles primitivos, purpurada de sonrojos y ebria de generosos embelesos? ¡Sí!—continuó, dirigiéndose á su armario para guardar la cajita de caoba—; todo hombre debía cultivar entre su pecho un jardincito de amapolas.

---



**AMOR VIDENTE**





## Amor vidente

---

*Tout grand amour ne veut pas  
l'amour: il veut davantage.*

NIETZSCHE.

Los repentinos estragos de la enfermedad habían convertido el viaje de novios en infructuosa peregrinación por los más afamados sanatorios europeos.

Á su regreso á Buenos Aires, Julia, la joven desposada dos años atrás con tanta pompa en la iglesia de la Merced, presentaba ya en su rostro de veinte años ese velo trágico de palidez marfilina, tan peculiar al último período de la tisis.

No fué, pues, con ánimo ilusivo, sino con la tristeza del desastre irremediable, como ocuparon por primera vez su casita de novios en Buenos Aires.

El buen Enrique parecía hipnotizado por

alguna mirada remota y sombría. No atinaba á reanudar sus trabajos de abogado, ni siquiera á intervenir en el manejo de su casa.

Sus amigos le encontraban culto y correcto como siempre, pero á menudo descubrían en él reverberaciones de una tormenta muy honda.

Retorcíase febrilmente la seda ensortijada de su bigote negro, y sin que de su rostro desapareciera su habitual sonrisa de bondad, pasaba horas enteras mirando con pupilas dilatadas de niño asombrado cualquier punto brillante, con la expresión enigmática de quien admirase un paisaje fabuloso al través de un lente diminuto.

En el temblor involuntario de sus labios, y en ciertos estupores repentinos ante lo familiar, se adivinaba al espíritu torturado y ausente.

Todos sus amigos, hasta los más joviales, respetaban esa solemnidad espiritual, y se sentían embargados por algo á modo de compasión mística ante esa sonrisa severa de la resignación viril.

Pero donde la hidalguía raizal de su carácter floreció con más delicadeza, fué en el trato con Julia.

Eso era natural: el dolor sobre ciertas sensibilidades, como el martillo sobre metales nobles, no desgasta, sino pulimenta.

Aunque ella era más joven, él la trataba con respetuosa timidez, quizá dominado por el prestigio de autoridad sagrada que ejerce todo moribundo.

Uno de los achaques precursores de la muerte, es la tendencia á rememorar la vida ya gozada. El enfermo necesita, con esa compulsión de antiguas emociones, compensar el trozo de existencia que va á perder, reviviendo lo vivido.

Otros quizá desean, cuando ya van acostumbrando sus pupilas á la armonía invisible de ultratumba, reparar los desequilibrios que sus actos produjeron en el mundo espiritual.

Ya reducida por completo á su alcoba, Julia, poseída de esa fiebre de recordación que pone sobre el pasado fulgores como de paisaje boreal, se complacía en recordar, con sus amigas de infancia y de colegio que la visitaban á menudo, los episodios de su vida.

La mayor parte estaban solteras todavía.

Sus reuniones en torno del lecho de Julia eran siempre un cuadro vivo de espiritualidad y de blancura.

Diríase un grupo de mariposas blancas aleateando sobre el cáliz de una rosa tronchada.

Sus emociones pasaban del dolor á la alegría, con la misma prodigiosa rapidez que sus

manos blancas desgranaban del marfil del piano las escalas musicales.

Si la tos estampaba de repente una amapola de escarlata sobre el pañuelo de la enferma, las sonrisas de sus amiguitas naufragaban en llanto; pero no tardaban en evaporarse esas lágrimas al sol dorado de un recuerdo, ó de brillar en ellas el iris trémulo de alguna evocación feliz de la niñez.

Enrique se complacía en alentar esas reuniones, como que eran para su esposa un perfumado sedativo de frescura.

Todos los frascos de oxígeno que diariamente llevaban de la farmacia vecina, nada eran para la respiración de ese espíritu, comparados con la atmósfera de juventud que tales visitas difundían.

Con la vehemencia de un capricho de niña enferma, Julia había logrado reconciliarse con Isabel, la más íntima y antigua de sus compañeras de infancia y de salón.

Algo muy grave y triste las había separado por algún tiempo.

Desde niña, hasta pocos meses antes del matrimonio de Julia, Isabel había sido el primer amor de Enrique.

Julia, como la amiga más íntima, y por relaciones de familia más allegada á Enrique,

había sido siempre la confidente intermediaria en esos amores.

Como el padre de Isabel, por tradiciones de rencor político, no gustaba de Enrique, éste se retrajo en su orgullo de pretendiente por tiempo indefinido.

Y pues que los jóvenes enamorados no tenían ocasión de encontrarse en los salones, Julia siguió siendo la mensajera de sus ternuras.

El amor así contrariado tiene desbordes de caprichosa sensibilidad.

El alma impresionable de Julia siguió recibiendo diariamente la queja melacólica del cuidado Enrique, y por fenómeno muy frecuente en la ternura femenina, se enamoró de su amigo con incontenible intensidad.

En la lucha de pasiones, el amor siempre ha vencido á los demás sentimientos.

Enrique le había abierto en sus horas de tristeza su pecho fulgurante de pasión sin esperanzas, y ella se había ofuscado con tanta brillantez.

La fascinación ante ese tesoro de secretos era inevitable.

Más difícil fué á ella afrontar la deslealtad con su amiga, que á él salvar la línea misteriosa de la amistad al amor apacible que Julia le iba inspirando.

¿Qué si no amor latente é inconfesado existe en el fondo de esas amistades entre jóvenes de distinto sexo!

El orgulloso despecho de Enrique hacia el padre de Isabel, amargado por una lucha política, acabó de arreglar el nuevo compromiso.

Para no prolongar una época de comentarios sociales poco favorables á Julia, acortaron plazos, celebraron el matrimonio y se embarcaron para Europa.

Á pesar de la delicada oposición de Enrique para que su esposa reanudara sus relaciones con Isabel cuando regresaron á Buenos Aires, triunfó el piadoso capricho de la enferma.

Además, Isabel había perdido ya á su padre, única persona de su familia que nunca gustó de Enrique.

Siempre que Julia se veía acometida por alguna crisis peligrosa, aprovechaba las treguas de la asfixia para hacer llamar á Isabel; y cuando ésta llegaba angustiada á la orilla del lecho, su amiguita le tendía al cuello sus brazos de jazmín florecidos en encajes, como blanca plegaria de perdón.

La caballerosidad de Enrique había encontrado en esas relaciones una ocasión más de brillar en toda su nobleza: trataba á Isabel con dulzura fraternal, pero velando siempre

el pasado con una discreción ceremoniosa y gentil.

Cuando estaban los tres á solas, Julia, con la libertad que le daba su situación de delirante iluminada, abordaba consideraciones acerca del amor y la amistad, pero sin mencionar el drama que palpitaba entre ellos.

Era prodigiosa la serena altura con que discurría entonces. Se hubiera creído escuchar una meditación del solitario Mæterlinch.

No es rara esa clarividencia en los febricitantes.

Una tarde, la crisis se presentó con síntomas siniestros.

Con los ojos abiertos, como sobre maravillosa lejanía, radiantes de delirio, humedecidos en llanto, la enferma invitó compasivamente á Isabel y Enrique para que se acercasen más al lecho.

Recostada en grandes almohadones, sobre cuya batista presagiaba algo infausto el luto de sus cabellos desgreñados, llevó el dedo índice á sus labios, como para hacer escuchar los toques de una campana misteriosa, cerró un instante los párpados para viajar con el pensamiento, luego colocó una mano sobre su frente acalorada, y lentamente, solemnemente, les dijo:

—Hoy me creo ya muy lejos de la vida, lo bastante para que hablemos la verdad.

Durante esa corta pausa, Enrique é Isabel se miraron con asombro, como hacían siempre que Julia deliraba.

Ésta continuó:

—Antes de seguir yo hablando, necesito que ustedes me prometan no interrumpirme, y que juren obedecerme. Lo que voy á pedirles es el cumplimiento de mi última voluntad. En ello va la orden de una moribunda, el ruego de una esposa y la súplica de una amiga. ¿Juran obedecerme?

—Te lo premetemos, Julia—dijeron casi á un tiempo Enrique é Isabel, creyendo que se trataba de uno de los tantos caprichos de la enferma.

—No crean que deliro—prosiguió—; nunca como ahora he sentido una armonía más perfecta entre mi pensamiento y mi palabra. Tampoco se imaginen que sufro con lo que voy á decirles. ¡No! Al contrario: gozo inmensamente. ¿Cómo les explicaré?... Es un placer nuevo y lleno de luz. Me siento iluminada interiormente por la verdad plena. La veo dentro de mí como una lamparita... ¡no!... como una estrella... ¡Eso es! Como una estrella que no quema, sino que larga dentro de mí una brisita muy suave,



un soplo de frescura que me produce en todo el pecho cosquilleos de alegría. ¿Me entienden? Figúrense que mi cuerpo está ya convertido en un aire muy tenue y extenso, que al recibir la luz de esa estrellita sonríe con una finura interminable...

Y en realidad, nunca como en ese momento vieron á la enferma sonreír con más pureza, que el brillo de la fiebre en sus pupilas parecía en efecto el reflejo vivo de una incandescencia estelar.

—En fin... quiero que ustedes sepan que yo he muerto desde hace algunos días... y que...

Un brusco movimiento de Enrique al levantarse para servirle el remedio del delirio, interrumpió la frase de la enferma.

Pero ésta hizo un gesto negativo y continuó:

—Y... que... si les hablo de esta manera, es porque tengo que hablar en la región de vida que ahora ocupo. Allí se piensa y se siente de un modo muy distinto. Allí la vida no puede existir sin la verdad, y por eso necesito que ustedes me obedezcan, porque sólo así podré yo incorporarme á la armonía espiritual.

—Si te hemos prometido obedecerte—exclamó Isabel, acariciando entre las suyas una de las manos de la enferma.

—¡Bien!—continuó ésta—. Entonces es pre-

ciso que ustedes dos sigan amándose y que se unan para siempre cuando yo haya sido sepultada.

Al oír estas palabras, Enrique se inclinó sobresaltado hacia la cabecera de Julia, como oponiéndose á que profiriera una blasfemia.

Uno de esos gestos imperativos que tienen los enfermos lo dejó como estático, y Julia continuó:

—Esto no es romanticismo de enferma. Es una noción sencilla de equidad. Es la raíz pura del amor verdadero, tan adulterada y confundida por las literaturas. Día llegará en que la humanidad recobre la sencillez de la justicia con que hoy les hablo. Entonces el egoísmo será algo parecido á lo que hoy siento. Para ser feliz habrá que hacer felices á los demás. Yo sé que ustedes nunca han dejado de amarse, pero también Dios sabe que si yo me interpuse en sus amores, fué porque me enamoré de Enrique con vehemencia incontenible, y me propuse remediar su melancolía, aun sin el amor tuyo, Isabel. Entonces yo ignoraba este misterio de armonía que ahora me ilumina, y creí que la voluntad de una persona podría más que estas leyes del destino, hoy tan claras para mí.

Para disimular su turbación, Enrique acariaba á Julia, en ademán de invitarla á que calmase un desvarío febril.

Ésta debió comprenderlo así, porque le dijo con suave severidad:

—Es necesario, Enrique, que el disimulo con que tu caballerosidad ha encubierto hasta hoy tu pasión por Isabel, no intente velar por más tiempo la verdad de nuestro drama. Tú mismo has llegado á engañarte. Cuando más creías amarme, yo bien sentía que amabas en mí á Isabel. Á pesar de nuestro matrimonio y de tu lealtad, yo seguí siendo la intermediaria en sus amores. ¡Y seguiré siéndolo! Porque al morir, los habré unido para siempre, y ustedes continuarán amándome en su felicidad. Yo, por mi parte, seguiré viviendo en pleno amor. ¿No es verdad? Sólo así podrán ustedes salvarme de morir del todo en esta muerte.

Al oír estas palabras, Enrique había levantado sus miradas de la alfombra, para ponerlas tímidamente en los ojos de Isabel, como consultándole el repentino problema que les planteaba.

Pero Julia, con esa videncia peculiar á los moribundos, acudió en auxilio de su consternada amiga diciéndole:

—Y á ti, Isabel, te entrego á Enrique, tan noble y bueno como lo amaste desde la infancia. Él sería capaz de todo sacrificio por respetar ante las convenciones sociales mi memoria,

pero eso sería para mí una tortura suprema. Á ti corresponde darle valor para arrostrar las críticas que le hagan. Tú quedas dueña exclusiva de mi hogar. Todo lo que hay en él te pertenece. Ámense mucho en mi recuerdo, que yo seguiré como su intermediaria en espíritu y en...

\*  
\* \*

El acceso de asfixia que tronchó esa frase, fué el último de tan desastrosa enfermedad.

Al poco rato, Enrique é Isabel palidecían de espanto ante los ojos hiératicos de Julia, ante esas gemas de misterio que los miraban desde la eternidad con una sonrisa de finura interminable...

**EL DELEITE DE MORIR**



## El deleite de morir

---

*I am a soul outside of Death and birth,  
I see before me and afterward I see.*

SWINBURNE.

Con quién y cuándo sostuve yo este diálogo, son circunstancias que no hacen al cuento. Queden omitidos esos detalles, é impongámonos de esto que un ánima decía:

—Ya los gusanos habían roído el departamento de mi memoria donde yo guardaba las nociones de tiempo, según la mísera clasificación del calendario de los hombres. Por eso no puedo decir exactamente cuántos días habían transcurrido desde la fecha de mi muerte.

Para guía de la narración, haré uso de mi memoria astral; de esa que está á salvo de la voracidad de los gusanos, y donde persisten al través del tiempo eterno las impresiones recibidas directamente de la Naturaleza.

En ella no se conservan las patrañas del convencionalismo humano.

Si así no sucediese, la vida de ultratumba no sería tan plácida como es.

Á pesar del ruido ensordecedor que producían en ese instante los clavos al penetrar en mi ataúd, oí muy bien los sollozos de mis padres, hecho que no dejó de sorprenderme, pues en el momento de mi agonía ellos moraban en un país muy lejano.

En cambio, reinaba profundo silencio en torno mío, no obstante la enorme concurrencia de amigos que asistió á mis funerales.

Los aullidos de *Argos*, mi perro favorito, fueron el único rumor mundanal que oí después.

Eso debió producirse cuando sacaban mi cadáver por el patio de mi casa.

Durante mi larga enfermedad, me aterraba la superstición vulgar de que la muerte debía ser algo en extremo doloroso. ¡No! ¡No duele! Al contrario: cuando sale por la boca el último soplo cálido de vida, se siente aletear dentro del pecho un nuevo aire más suave, una brisa fría, pero profundamente reparadora; el pulmón goza del placer inefable de no respirar; el corazón se tira al descanso, como un perro que hubiese sido obligado á correr sin tregua durante muchos años; y todo el cuerpo en general se



adormece, inmóvil de deleite, por no sentir ya el martilleo íntimo de la pulsación.

El miedo que ustedes tienen á la muerte proviene de su falso concepto acerca de la vida. Incurren en la candidez de imaginarse que todo el Universo no tiene más razón de ser que albergar la vida humana. Ignoran que ésta no es un fin de creación, sino uno de los infinitos medios para llegar á designios por nadie sospechados. ¿Jugó usted alguna vez con bombas de jabón? Pues bien; supóngase que su epidermis es la tela de aire de una de esas bombas. Cualquier desequilibrio ó movimiento brusco la revienta.

A mí me reventó un vientecillo á la salida del teatro.

Después he sabido que la brisita del Plata causó aquella noche muchas pulmonías, apagó tres faroles y echó al suelo en los parques unas pocas hojas amarillas. Eso es nada. Créame que ustedes andan por el mundo como bombitas de jabón.

Por eso son tan pedantes y cada cual se cree un astro, centro especial del Universo. ¡Tonterías! Nada es centro de nada.

Sus ideas geométricas son falsas, debido á que esa deficiencia de los sentidos limita á tres las dimensiones. Es verdad que en virtud de

su constitución frágil y acuosa, llegan á copiar reflejos de inmensidades y la luz se encarga de mentirles paisajes fabulosos, con el juego cambiante de sus iris: pero cuando la piel, ó sea la tela de aire, se revienta, de esa fuerza expansiva que ustedes llaman existencia queda una gota de agua que luego se evapora, que luego es aire... ¡nada!

Eso le explicará ciertos sentimientos humanos: el anhelo de altura, de cielo, de espiritualidad, de ascensión. Todo es obra de esa misma fuerza expansiva que los ha de reventar. Son resoplidos de química. Convénzase usted, amigo mío: la vida es opresión; la muerte es libertad. Habrán ustedes notado que los esqueletos siempre ríen. ¡Claro! No lloran porque ya en ellos no hay agua comprimida. Y ríen de ustedes, de sus nociones de inmortalidad, de la seriedad con que trabajan, de sus nociones de dicha y de la hipocresía con que nos tapan la cara y nos encierran en la tumba y nos tiran unas flores, figurándose que con ello se hacen perdonar las traiciones y el olvido.

Ustedes son muy cómicos. Mientras más notables y solemnes, más risibles nos parecen. Por eso nosotros reímos siempre con la única risa verdaderamente franca y leal: la de hueso.

Constérnanos á veces ver casi toda la energía humana dedicada á producir dolor inútil, no obstante lo sencillo que sería abandonarse á vivir en la vida natural el proceso de la depuración. Algunas religiones han sospechado esta necesidad de prepararse para la muerte llevando vida de pureza, pero han usado medios opuestos á tal fin: el renunciamiento, la igualdad, el ascetismo, la humildad, el dolor y la esterilidad. Todo esto es absurdo, porque no hace sino deprimir fuerzas indispensables para la purificación del átomo. La plenitud vibrátil de éste es el gran fin de la vida. Para seguir esa trayectoria de pureza, nada como el placer. Pero no el placer reglamentado y artificial, sino el que en cada persona corresponda á su potencia sensitiva. Puedo asegurarle que en toda la humanidad no hay dos personas destinadas á gozar los mismos placeres y con igual intensidad. Sabiendo usted esto, ya puede suponerse cuán desastroso será para la vida el concepto de igualdad inventado por la civilización, y cuán benéfico es el cultivo del arte, como medio de iniciar á los hombres en el goce de los placeres conscientes.

Para hacer el viajecito de la cuna á la muerte y llegar á ésta decentemente, no hay más que una sola escala de placer para cada

hombre. La armonía será palabra vana en la tierra de ustedes mientras los hombres no tengan talento, valor y orgullo suficientes para que cada cual encuentre y siga su escalita individual. Para eso tienen que olvidar lo que saben de civilización y volver á la Naturaleza. Tendrán que principiar por aprender de nuevo á respirar, á comer, á sentir y á pensar.

—¿Y con eso disminuirá el dolor humano?  
—le repuse.

—Claro que sí—me dijo—; pero para demostrárselo necesitaría que usted fuese intenso y puro. Por ahora, lo más que puedo asegurarle es que esa creencia en la igualdad les está siendo funesta. Créame que no hay en la vida dos átomos iguales, ni existe siquiera esa patraña de que la muerte todo lo nivela. ¡Falso! En la tumba persisten las categorías de cultura. El átomo de un imbécil está ahogado en grasa, es opaco y caliginoso; el de un artista es musical y relampagueante. Conozco tumbas opulentas, con ataúdes de caoba recamadas de oros y cristales, con lápidas nutridas de títulos pomposos, donde los átomos cerebrales de los célebres difuntos apenas si se distinguen de la deyección de los ratones.

En cambio, por ahí en el suelo, bajo cualquiera cruz de palo, suelen encontrarse cráneos

llenos de cenizas en combustión gloriosa de llamarada estelar.

—Permítame que le interrumpa. Yo no puedo comprender esos fenómenos. Por ahora le pido lo que usted considere el mejor consejo para mi felicidad de hombre vivo.

—¿El mejor consejo?—preguntó lentamente, levantando el cráneo hasta que la luz de una estrella le iluminó la cuenca del ojo izquierdo, y añadió:—Pues bien; sin dejar de amar mucho, sea usted entre su prójimo individualista, viva al margen del mundo convencional, no sea usted *hombre de principios*, no sea usted gregario, agote el catálogo personal de sus placeres, sueñe con exaltación, viva con serenidad, y no tenga usted miedo á la muerte.

—Esto último me parece muy difícil—repuse con timidez.

—Ese es un miedo explicable y necesario, porque es el dogal con que la especie tiene atadas sus jaurías al dolor del plano humano. Comprendo que es una infidencia de mi parte revelar estos secretos, pero supongo que usted no abusará de ellos. En reserva, pues, le aseguro que la muerte no es penosa. Es un momento apacible. La agonía es rica en deleites complicados. La pérdida de la noción de espacio se inicia con una sensación de agilidad y

resbalamiento, como si la sangre que uno lleva entre las venas fuese un arroyo que se deslizara sobre lecho de musgo por un declivio interminable. En ese período se pierde el oído para los ruidos humanos, pero se abre para músicas emanadas del aire palpitante y del roce aterciopelado de las sombras. Cuando uno se siente redimido para siempre de la ley de gravedad, se experimenta el deleite del vuelo, de la flotación, del giro leve de la niebla en el aire, del voluble vagar del humo en el azul.

—¿Y desaparece el horror al abismo y á la sombra?

—Todo eso se convierte en delicioso anhelo de extensión. La sensibilidad pierde el horror á la caída porque comprende que lo alto, lo bajo, lo elevado y lo hondo no existen en ese plano.

—Le confieso que mi mayor miedo á la muerte depende del asco á la tierra sucia y á la hediondez cadavérica.

—¡Otro error! La tierra es compasiva y cariñosa. Su seno huele á intimidad, á todas las esencias dulces reconcentradas en un aroma único de vida, donde el olor á regazo maternal y el de labio de muchacha enamorada forman un solo vaho reconfortante. La descomposición cadavérica es un fenómeno bullicioso y alegre:

los metales orgánicos se despiertan con claridades supremas, con agilidad de querubines, chispeando nuevas escalas de colores y emanando orquestación de melodías. Las fuerzas naturales, las leyes físicas, pasan por el cadáver sin asustarlo; lo ciñen y lo lamen con ternura de fieras acariciando cachorros. Ante ellas se siente por primera vez el bienestar de la justicia.

—Me queda todavía el temor á la desolación. ¡Pasar las noches solo, bajo tierra!... ¡Qué angustia!

—¡Absurdo!—me dijo con gesto despectivo, y continuó:—Solos... viven ustedes. Su vida es una condena al aislamiento entre las multitudes. Toda reacción química es una alegría de encuentro, una efervescencia de simpatías. Cuando el cadáver queda solo en la fosa, todo el mundo inorgánico, aun á miles de leguas de distancia, se convulsiona y grita y aplaude y lo trata á uno y á sus componentes como á viejos conocidos fugados de una prisión. Todo cadáver recibe la bienvenida del hijo pródigo. No tema eso que ustedes llaman el trance horrible. Le aseguro que el estertor es delicioso. Es un ensueño realizado: es como una suave transición de matices en las nubes y de sonidos en la música: es como pasar de la luz áspera á la pe-

numbra de un salón de compasiones, afelpado de satines musicales. No tema, amigo mío, y déjeme referirle con detalles las impresiones de mi muerte. Ese día, favorablemente dispuesto por la obscura voluptuosidad del ataúd, que tiene mucho de la de las sábanas, me puse á meditar acerca de lo que ocurría tablas afuera.

Y esto de meditar no debe sorprenderle, porque es un error creer que la conciencia desaparece con el último aliento: su parte artificial—que es mucha—y sus vehículos aparentes se extinguen, pero la sensibilidad atómica y los sentidos infinitesimalmente intensos avocan de improviso el conocimiento de la Naturaleza.

Pues bien; yo sabía que mi coche fúnebre tendría que pasar por la Avenida de Mayo y otras calles bulliciosas de Buenos Aires. Sin embargo, en el más hondo silencio llegamos al cementerio de la Chacarita, lo que conjeturé por la suspensión del movimiento y por la greguería de los gorriones, que destrizaban sobre el cristal de mi féretro los timbres puros de su lluvia lírica de perlas.

Entonces apreté más los párpados, como para no perder palabra de los discursos que yo sabía iban á pronunciar personas de mi relación acerca de mi prematuro fin.

Creo firmemente que los pronunciaron, pero



yo le aseguro que no oí ni media palabra alusiva á mi persona, lo que indica que allí se hizo gala de retórica, pero no se abrió á la verdad un corazón.

El gruñimiento de dos napolitanos contra la avaricia de sus patronos, me hizo comprender que de todo el cortejo no quedaban sino esos dos albañiles, cerrando con barro el paréntesis de mi existencia y obstruyéndome con pedernal mis postreras comunicaciones con la humanidad.

Aunque un tanto abatido por esos últimos desengaños de la vida, resolví darme al deleite de la inmovilidad y poner oído atento á los ruidos de ultratumba.

Yo sentí algo de esa inquietud espiritual que se experimenta cuando se desembarca por primera vez en un país extranjero.

El nuevo clima, el nuevo idioma, las nuevas costumbres, todo eso me movía á curiosidad.

Sentí algo parecido á mi primera noche en París.

Quien ha cambiado á menudo de domicilio, se formará vaga idea de lo mucho que yo deseaba conocer á mis vecinos y fijar en mi mente la orientación de esa morada.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió antes de que yo entrase en posesión de mis nuevas facultades perceptivas celulares.

Debió ser el opio con que el médico amor-  
dazó mis estertores lo que aun me impedía  
ejercer las prerrogativas de persona fluida.

Dueño era ya del privilegio de ser fantas-  
ma, pero algo como una nube muy densa em-  
bargaba mi agilidad de tal.

Y puesto que no me era posible todavía in-  
corporarme para examinar de cerca toda la  
galería subterránea donde estaba mi nicho, ni  
siquiera meter baza en la animada conversa-  
ción que por medio de soplos y titilaciones sos-  
tenían varios grupos de ráfagas vecinas, resol-  
ví distraerme en la contemplación interior de  
mi cadáver y esperar los acaecimientos futuros.

¡Qué pobre es el colorido de que ustedes  
gozan en la tierra!

¡Y pensar que no ha mucho hubo quien se  
escandalizara en Buenos Aires porque el pintor  
Malharro puso su mano potente sobre la hep-  
tarquía de esa escala convencional! ¿Qué dirán  
esos críticos cuando vean en nuestro plano la  
polarización inefable de nuestra luz en nuestro  
aire?

Yo ignoraba que nosotros éramos tan ex-  
tensos.

Cuando principió mi putrefacción, noté que  
mis viejas ideas de espacio y de volumen des-  
aparecieron por completo, y al mirar para

dentro de mí mismo, quedé maravillado de mis dimensiones.

¡Qué lejanía!

Mi sangre se encrespaba ante mi vista en extensa marejada; las olas purpúreas, al chocar contra los arrecifes blanquecinos de mis huesos, producían un bullicio atronador, levantaban turbiones de espuma sonrosada, y se empenachaban con chisporroteos sulfurosos de inaudita fulguración; mi pecho, en forma de cordillera abovedada, se iluminaba por instantes con los borbollones de chispas multicolores que el corazón lanzaba por el cráter tormentoso de sus válvulas; y por allá, de entre la marea que destrozaba vísceras, estallaban en tromba incandescente solfataras nebulosas, con eco que repercutía en mis tímpanos como detonaciones de poderosa artillería.

De repente sentí que mis pupilas estallaban como dos grandes bombas de anarquistas; luego quedé hundido en insondable obscuridad. Al rato divisé una humareda cenicienta que se alejaba perseguida por un aire de verdosa transparencia evanescente, en el cual quedé envuelto.

Era la atmósfera de la penetrabilidad.

Mis ojos quedaron convertidos en dos esferas de sombras, con el poder maravilloso de

retratar al mismo tiempo en ellas cuanto ocurría en torno á distancias infinitas y al través de cualquier cuerpo.

Para mí sería asunto de un momento, pero toda la vida con que usted cuenta entre los vivos no alcanzaría para oirme el más mínimo detalle, si yo me pusiera á referirle, siquiera brevemente, lo que desde entonces veo en el Universo.

Supóngase que yo miro hoy al través de la tierra como usted puede mirar tras una de esas bolitas de cristal con que jugábamos de niños.

Mi inverosímil interlocutor prorrumpió de improviso en carcajadas de hueso, y golpeándome á cada frase el hombro con las falanges de su mano derecha—lo que hizo un ruido como de castañuelas—me dijo:

—¡La sabiduría de los hombres! ¡La ciencia humana!... ¡Sus telescopios!... ¡La geología!...

—De modo que... ¿no es cierto?—le repuse tímidamente.

—Ni sombra de verdad... Si todo eso es ridículo. Nosotros los Zelemes fulguramos de risa al evocar el recuerdo de sus grandes doctores. Exceptúe á algunos niños que mueren antes de los siete años de edad, y á uno que otro poeta en momentos fugitivos, y todos ustedes son unos ciegos muy tontos.

—Mas... — balbuceé medio ruborizado —, ¿Newton?... ¿Harvey?... ¿Pasteur?...

Ahí me interrumpió con otra carcajada de hueso y exclamó:

—Pero si esos ni siquiera llegaron á ser locos... ¿Qué quiere usted que hagan entre ese aire tan espeso en que ustedes viven, y con ese guijarro sucio que usan como lente para sus observaciones, y con esas pupilas viscosas, y con lo que comen, y con esa vanidad de los que estudian, y con todo ese modo de pensar que llaman lógica? Cometan la tontería de creerse superiores á los brutos, sin ver que, aun el más diminuto de esos animalitos, se da el lujo de comer pulmón de sabios, y riñón de generales, y lengua de mandatarios, y corazón de emperatrices.

—Puede ser que en lo material...—agregué—; ¿pero en Teología... en principios filosóficos... en ciencias políticas?...

—¿Qué, qué, queeé...? Esos son prodigios de petulancia. ¿Premios? ¿Castigos? ¿Dios antropomórfico? ¿La justicia? ¿La moral? ¿La historia universal? ¿Y *universal* por qué? ¡Palabras vanas! ¡Farfalleos! ¡Ganas de hacer ruido con ese cartilago que les sirve de lengua!...

—¿Y el amor?...

Ni el derrumbe de una torre de huesos hu-

biera crujido como su esqueleto al oír esa palabra.

Tras la ofuscación que me produjo la llamada fosfórica que lamió sus angulosidades, vi que se esfumó en el aire su perfil de fantasma, y distinguí estas palabras:

—¡Ah! ¿Del amor?... De eso hablaremos en nuestra próxima cita.



**SE SIGUE AMANDO**





## Se sigue amando

---

Todos los grandes de inclinación, desde la más completa indiferencia hasta la pasión más violenta, se observan en la actitud química de los diversos elementos uno con respecto al otro.

HÆCKEL.

—Aquella vez tuve que regresar apresurado á mi sepulcro, donde guardé ataúd por algún tiempo, mientras me reponía de la emoción ósea que sufrí cuando usted me interrogó de improviso acerca del amor en ultratumba.

Estas fueron las primeras palabras de mi fantástico interlocutor, al encontrarnos de nuevo en forma, sitio y circunstancias que me callo.

—Yo tenía la creencia—le repuse—de que ustedes los cadáveres estaban libres de esa debilidad humana.

Llevándose las falanges de la mano derecha

al quinto espacio intercostal izquierdo, como para evitar una dislocación, me dijo en tono de solemne confidencia:

—Ante todo, le advierto que el error más desastroso que ustedes cometen en la tierra es el de llamar y tener como debilidad humana á lo único, ¡ójigame usted bien! á lo único digno de vanagloria. Esto mismo le irá explicando por qué en nuestra pasada conferencia me reí tanto de sus ciencias, sabios y doctores.

También le curará de la sorpresa que sufrió al presenciar la descarga química de mi esqueleto cuando usted tuvo la imprudencia de pronunciar la palabra *amor* sin precauciones dentro del circuito de mi aire fantasmal.

Hoy puede hacerlo, pues para tal he venido preparado, templándome en el minimum de mi potencia vibrátil.

Mi fluido radiante puede ahora soportar el ardor de ese vocablo.

Sé que usted no puede comprender esos fenómenos, pero ya alcanzará.

Supongo que á la cultura de su espíritu actual habrá de corresponder en ultratumba el mismo plano que yo ocupó. Esto, siempre que usted tenga el buen juicio de morirse amando. Ahora mismo, al morir usted, vamos á verlo...

El grito de espanto que tal amenaza me

produjo, debió oírse en la otra vida, porque mi interlocutor agitó sus maxilares en carcajada de hueso, y con aire de protección exclamó:

—¡Excúseme usted! Había olvidado las clasificaciones de tiempo que ustedes usan. He dicho *ahora* hablando en lenguaje de *eternidad*; pero dentro de ese adverbio caben todos los años futuros de su vida terrena, que ojalá sean muy pocos... ¡perdón una vez más! Olvidaba también que en la cortesía de ustedes es una grave falta desear muerte cercana. ¡Qué despropósito! Decididamente, el mundo de ustedes es una singular institución. Sin embargo, es un período depurativo indispensable en el proceso molecular.

Mas volvamos al objeto de nuestra cita: ¡el amor!

Otra vez noté algo extraordinario cuando pronunció esa palabra, aunque ya no con la violencia de cuando en otra ocasión se la dije de improviso.

Con todo, no pudo evitar que su esqueleto lanzara un crujido de árbol huracanado; que las cuencas de sus ojos descubrieran, al relampaguear, una lejanía muy luminosa, y que de la obscuridad de su boca se escapara volando una rosa azul fosforescente, deshojada por la brisa de la noche en exhalaciones efímeras.

—Yo no he olvidado—continuó—que usted era el confidente de mis amores en Buenos Aires.

—¡Ah, sí!—le repuse—; su muerte inesperada vino á tronchar aquel idilio, casi en víspera de su matrimonio. Después de esa desgracia, no sé si debo serle franco.... no me atrevo á referirle lo que sucedió después.

—Comprendo sus temores, amigo mío; no crea que yo lo ignoro. Le agradezco su vacilación al darme lo que usted cree una mala noticia. Sé que Rosa no pudo sobrevivir á mi muerte; más aún: no es usted, sino yo, quien sabe las últimas noticias. Sin interrumpirme ante lo que no comprenda, oiga usted parte de lo que ha ocurrido luego entre ella y yo:

No sé si usted recordará—pues que sólo una vez ha ido á visitarme, á pesar de que en vida éramos inseparables—que mi sepulcro está situado en una galería subterránea de la *Chacarita*.

Ya en otra conferencia le referí mis impresiones de entierro y mis primeras maravillas de putrefacción.

El olvido de su ridículo almanaque no me permite darle idea exacta del tiempo que duraron esas deleitosas transformaciones.

La voracidad de los gusanos me había redi-

mido ya de los órganos sensoriales rudimentarios con que llegamos á la tumba.

Las cuencas de mis ojos, dotadas ya de la penetrabilidad infinita, podían distinguir cuanto acaecía en torno mío. No con los cinco misérrimos sentidos de ustedes—que esto es vivir en perpetua ceguedad—, sino con un sin fin de facultades perceptivas, exploraba ya mi espíritu la atmósfera inefablemente sensibilizada de mi nuevo país.

De repente sentí chispear en todo el aire de mi espectro una nueva corriente de alegría. Comprendí que algo relacionado con mi espíritu estaba sucediendo en el mundo humano.

Un vago sentimiento de desolación que conservaba desde mi muerte, desapareció al punto.

Un rayo de luz solar, al quebrarse sobre el mármol de las lápidas, me indicó que se trataba de inhumar en esa galería un nuevo cadáver.

Como siempre sucede en tales casos, y más que todo por instintiva repulsión hacia la humanidad organizada, todos los fantasmas huímos, esperando que el nuevo compañero quedase al fin libre de sus deudos importunos.

Una noche en que yo regresaba á posesionarme nuevamente de mi esqueleto, tuve curiosidad de acercarme á conocer el nuevo cadáver: ¡oh muerte reparadora! ¡era Rosa!

Imagínese usted cuál sería mi emoción.

Las ráfagas amigas me decían luego que algo prodigioso debió sucederme en ese instante, porque mi fluido se agitó en llamaradas que iluminaron toda la galería.

Rosa estaba aún en el período de la letargia opaca.

El raso de su traje y los azahares de su corona, eran casi tan blancos como ella.

La enfermedad no había logrado destruir su carnación de fruta ni aflojar el temple maravilloso de sus curvas de virgen.

Al mirarle sus manos, colocadas sobre el seno como ampos de pureza, noté que aun conservaba mi anillo de compromiso.

Reflexioné un momento.

Mi nueva conducta con ella debía allí someterse á la suprema ley de la armonía molecular.

Para eso era preciso obedecer á la atracción que ella me inspiraba todavía, dato seguro de que había muerto amándome.

Yo debía unirme á ella.

Era imposible dejarla sola en ese viaje de putrefacción y en los demás fenómenos previos á la vida espectral.

Gracias al amor fiel que me tuvo en vida humana, sus átomos debían estar maduros para la afinidad con mi fluido espiritual. Esa corrien-

te de misteriosa atracción había sido la causa de su muerte. Pues que se cumpliera la ley de la armonía.

Como ella estaba aún en el período de la carne, necesitábase del mismo elemento para poseerla.

Felizmente yo conservaba en el corazón una rezagada colonia de gusanos, que entretenían su hambre voraz royendo las últimas piltrafas de ese manjar. Hurgando con mis falanges en el quinto espacio intercostal, logré asir tres de esos voluptuosos, todos carne de mi alma.

Con la febril impaciencia de una primera noche nupcial, deposité esos postreros despojos de mi cuerpo sobre el cadáver de mi amada. En ellos iba toda mi sensibilidad.

Inclinado sobre el sueño hierático de Rosa, esperé algunos instantes. No tardé en sentir un extraño frenesí. Era que uno de los gusanos le había dado el primer mordisco en la pulpa sonrosada de los labios, y allí seguía saciándose en prolongado beso devorador.

Otro había serpeado sobre las colinas del satín que ajustaba los senos, y deslumbrado por ese espejismo hiperbóreo, desapareció tras el corpiño, quizá con rumbo al corazón.

El tercero, tal vez el más ansioso de dul-

zura, se demoró un momento buscando néctar en las corolas que cubrían el resto del cadáver, y desapareció al fin bajo el misterio virginal de la falda immaculada.

¡Sí! Sí debió profanar ese lirio recóndito de vida, porque Rosa abrió los ojos, clavó en mí sus miradas adormecidas por el embeleso, y hubo un instante en que sus estremecimientos vibraron en una sola convulsión suprema de delicia.

El reflejo fosfórico de mi sensibilidad, inflamada por los espasmos de la posesión, se quebraba en iris trémulos sobre el cristal de su sepulcro, para ir á bañarle las sonrisas del rostro en dilusión de maravillosas pedrerías.

De ahí en adelante compartí con ella los deleites de la putrefacción; y hoy, refundidos los dos en la armonía del Universo, gozamos del privilegio inaudito de viajar en las brisas germinales, unidos en los giros de una sola aura sutil.

—¡Oh, amor!—dijo al desaparecer en el espacio: y de su boca se escapó una gran rosa azul fosforescente, que la brisa de la noche deshojó en exhalaciones efímeras...

FIN



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
Fantasmas de la selva. . . . .	7
Vidas bravías. . . . .	21
<i>La Rosaura.</i> . . . . .	39
Montañeses y llaneros. . . . .	49
Los criollos de antes. . . . .	61
Beso de sombras. . . . .	73
El círculo del engaño. . . . .	83
Flor de púrpura . . . . .	93
¡Hay asiento!. . . . .	103
Los pobres árboles. . . . .	113
Los rayos cero. . . . .	121
Nunca más. . . . .	129
Los manchesterianos. . . . .	137
Maleficio. . . . .	147
Conjeturas de un loco. . . . .	157
Amor vidente. . . . .	169
El deleite de morir. . . . .	183
Se sigue amando. . . . .	201

---

77

11A  
11B  
11C  
11D

11E  
11F

11G  
11H  
11I

11J

## LIBROS POPULARES

	<u>TOMOS</u>
A. HAMON.— <i>Determinismo y responsabilidad.</i> . . . . .	1
» — <i>Psicología del militar profesional.</i> . . . . .	1
» — <i>Psicología del socialista-anarquista.</i> . . . . .	1
» — <i>Socialismo y anarquismo.</i> . . . . .	1
ALCALÁ GALIANO.— <i>Las diez y una noches.</i> . . . . .	1
ALERAMO (SIBILA).— <i>Una mujer.</i> . . . . .	1
ALEXIS, BONAFoux, BLASCO IBÁÑEZ.— <i>Emilio Zola. (Su vida y sus obras).</i> . . . . .	1
ALEXIS.— <i>Las chicas del amigo Lefèvre.</i> . . . . .	1
ALTAMIRA.— <i>Cosas del día.</i> . . . . .	1
ANGEL GUERRA.— <i>Literatos extranjeros.</i> . . . . .	1
BAKOUNINE.— <i>Dios y el Estado.</i> . . . . .	1
» — <i>Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.</i> . . . . .	1
BARÓN D'HOLBACH.— <i>Moisés, Jesús y Mahoma.</i> . . . . .	1
BAUDELAIRE.— <i>Los paraísos artificiales.</i> . . . . .	1
BENUZZI (RODOLFO).— <i>Creación y vida.</i> . . . . .	1
BJÆRNSON.— <i>El Rey.</i> . . . . .	1
» — <i>El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.</i> . . . . .	1
BLASCO IBÁÑEZ.— <i>Cuentos valencianos.</i> . . . . .	1
» — <i>La condenada.</i> . . . . .	1
BOUHÉLIER.— <i>El rey sin corona (drama).</i> . . . . .	1
BOVIO (JUAN).— <i>Las doctrinas de los partidos políticos en Europa.</i> . . . . .	1
BRACCO.— <i>Muecas humanas.</i> . . . . .	1
» — <i>Se acabó el amor (comedia satírica en cuatro actos).—BJÆRNSTJERNE BJÆRNSON.—Una quiebra (drama en cuatro actos).</i> . . . . .	1
BÜCHNER.— <i>Fuerza y materia.</i> . . . . .	1
» — <i>Luz y vida.</i> . . . . .	1
» — <i>Ciencia y Naturaleza.</i> . . . . .	1

BUENO.— <i>A ras de tierra.</i> . . . . .	1
BUCKLE (ENRIQUE).— <i>Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX.</i>	1
BUNGE.— <i>La novela de la sangre.</i> . . . . .	1
CAPITÁN CASERO.— <i>Recuerdos de un revolucionario.</i> . . . .	1
COMANDANTE ***.— <i>Así hablaba Zorrapastro.</i> . . . . .	1
CONDE FABRAQUER.— <i>La expulsión de los jesuitas.</i> . . . .	1
CHAMFORT.— <i>Cuadros históricos de la Revolución francesa.</i> . . . . .	1
CH. DE LACLOS.— <i>Las amistades peligrosas.</i> . . . . .	1
D'ANNUNZIO.— <i>Episcopo y Compañía.</i> . . . . .	1
DARWIN.— <i>El origen del hombre.</i> . . . . .	1
» — <i>Mi viaje alrededor del mundo.</i> . . . . .	2
» — <i>El origen de las especies.</i> . . . . .	3
» — <i>La expresión de las emociones en el hombre y en los animales.</i> . . . . .	2
DAUDET.— <i>Cuentos amorosos y patrióticos.</i> . . . . .	1
DE LA TORRE.— <i>Cuentos del Júcar.</i> . . . . .	1
DEL CASTILLO (BENJAMÍN E.).— <i>Dos Américas.</i> . . . . .	1
» — <i>Mutualidad, Cooperativismo y Previsión.</i> . . . . .	1
DEL CASTILLO MÁRQUEZ (F. X.).— <i>Bajo otros cielos.</i> . . . .	1
DELFINO.— <i>Atomos y astros.</i> . . . . .	1
DEUTSCH.— <i>Diez y seis años en Siberia.</i> . . . . .	2
DIDE (AUGUSTO).— <i>Miguel Servet y Calvino.</i> . . . . .	1
DIDEROT.— <i>Obras filosóficas.</i> . . . . .	1
DRAPER.— <i>Conflictos entre la Religión y la Ciencia.</i> . . . .	1
ECHAGÜE (JUAN PABLO).— <i>Prosa de combate.</i> . . . . .	1
ENGELS.— <i>Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.</i> . . . . .	2
FABBRI (LUIS).— <i>Sindicalismo y anarquismo.</i> . . . . .	1
FAURE.— <i>El dolor universal.</i> . . . . .	2
FINOT.— <i>El prejuicio de las razas.</i> . . . . .	2
FLAUBERT.— <i>Por los campos y las playas.</i> . . . . .	1
» — <i>La tentación de San Antonio.</i> . . . . .	1
FRANCE (ANATOLIO).— <i>La cortesana de Alejandría (Tais).</i>	1
GARCÍA CALDERÓN.— <i>Hombres é ideas de nuestro tiempo.</i>	1
GARCHINE.— <i>La guerra.</i> . . . . .	1
GAUTIER (JUDITH).— <i>Las crueldades del amor.</i> . . . . .	1
GAUTIER (TEÓFILO).— <i>Un viaje por España.</i> . . . . .	1
GEORGE.— <i>Progreso y miseria.</i> . . . . .	2
» — <i>Problemas sociales.</i> . . . . .	1
GÓMEZ CARRILLO.— <i>Desfile de visiones.</i> . . . . .	1
» — <i>Por tierras lejanas.</i> . . . . .	1
GORKI.— <i>Los ex hombres.</i> . . . . .	1
» — <i>En la prisión.</i> . . . . .	1

GONCOURT (EDMUNDO DE).— <i>La ramera Elisa</i> .	1
GRAVE.— <i>La sociedad futura</i> .	2
» — <i>La sociedad moribunda y la Anarquía</i> .	1
GUERIN GINISTY.— <i>El Fango</i> .	1
GUTIÉRREZ-GAMERO.— <i>La derrota de Mañara</i> .	1
GUY DE MAUPASSANT.— <i>El Horla</i> .	1
» — <i>La mancebía</i> .	1
HÆCKEL.— <i>Los enigmas del Universo</i> .	2
» — <i>Las maravillas de la vida</i> .	2
HAGGARD.— <i>El hijo de los boers</i> .	1
HEINE.— <i>De la Alemania</i> .	2
» — <i>Los dioses en el destierro</i> .	1
HUGO (VÍCTOR).— <i>El sueño del Papa</i> .	1
INCHOFER (JESUÍTA).— <i>La monarquía jesuítica</i> .	1
IBSEN.— <i>La comedia del amor</i> .— <i>Los guerreros en Helgeland</i> .	1
» — <i>Emperador y Galileo</i> .— <i>Juliano Emperador</i> .	2
» — <i>Los espectros</i> .— <i>Hedda Gabler</i> .	1
» — <i>Cuando resucitemos</i> .— <i>Juan-Gabriel Borkman</i> .	1
INGEGNIEROS.— <i>La simulación en la lucha por la vida</i> .	1
» — <i>Italia en la vida, en la ciencia y en el arte</i> .	1
JACQUINET (CLEMENCIA).— <i>Ibsen y su obra</i> .	1
KROPOTKINE.— <i>La conquista del pan</i> .	1
» — <i>Palabras de un rebelde</i> .	1
» — <i>Campos, fábricas y talleres</i> .	1
» — <i>Las prisiones</i> .	1
» — <i>El apoyo mutuo. Un factor de la evolución</i> .	2
LABRIOLA (ANTONIO).— <i>Del materialismo histórico</i> .	1
LABRIOLA (ARTURO).— <i>Reforma y revolución social. (La crisis práctica del partido socialista)</i> .	1
LAUGEL.— <i>Los problemas de la Naturaleza</i> .	1
» — <i>Los problemas del alma</i> .	1
» — <i>Los problemas de la vida</i> .	1
LEONE (ENRIQUE).— <i>El sindicalismo</i> .	1
LÓPEZ BALLESTEROS.— <i>Junto á las máquinas</i> .	1
LUBBOCK.— <i>La dicha de la vida</i> .	1
MACKAY.— <i>Los anarquistas. (Costumbres de fines del siglo XIX)</i> .	1
MÆTERLINCK.— <i>El tesoro de los humildes</i> .	1
MALATO.— <i>Filosofía del anarquismo</i> .	1
» — <i>La gran huelga. (Horrores del capitalismo)</i> .	2
MARX.— <i>El capital</i> .	1
MATTO DE TURNER (CLORINDA).— <i>Aves sin nido</i> .	1
MAX HALBE.— <i>Juventud (Drama en tres actos)</i> .	1

MAX NORDAU.— <i>El mal del siglo.</i> . . . . .	2
» — <i>Las mentiras convencionales de la civilización.</i> . . . . .	2
» — <i>Matrimonios morganáticos.</i> . . . . .	2
» — <i>La comedia del sentimiento.</i> . . . . .	1
MAX STIRNER.— <i>El único y su propiedad.</i> . . . . .	2
MAZZINI.— <i>Deberes del hombre.</i> . . . . .	1
MERLINO.— <i>¿Socialismo ó Monopolismo?</i> . . . . .	1
MEREJKOWSKY.— <i>La muerte de los dioses.</i> . . . . .	2
» — <i>La resurrección de los dioses.</i> . . . . .	2
» — <i>El Anticristo. (Pedro y Alejo).</i> . . . . .	2
MÉRIMÉE.— <i>Los hugonotes.</i> . . . . .	1
» — <i>Cosas de España.</i> . . . . .	1
MICHEL (LUISA).— <i>El mundo nuevo.</i> . . . . .	1
MIRBEAU.— <i>Sebastián Roch. (La educación jesuítica).</i> . . . . .	1
» — <i>El abate Julio.</i> . . . . .	1
MITJANA.— <i>Discantes y contrapuntos.</i> . . . . .	1
» — <i>En el Magreb-el-Aksa. (Viaje á Marruecos).</i> . . . . .	1
MOEBIUS.— <i>La inferioridad mental de la mujer.</i> . . . . .	1
MOLESCHOT (JACOBO).— <i>La circulación de la vida.</i> . . . . .	2
MOROTE.— <i>Pasados por agua.</i> . . . . .	1
» — <i>Rebaño de almas.</i> . . . . .	1
» — <i>La Duma. (2.ª parte de «Rebaño de almas»).</i> . . . . .	1
» — <i>De la Dictadura á la República. (La vida política en Portugal).</i> . . . . .	1
» — <i>La conquista del Mogreb.</i> . . . . .	1
NAKENS.— <i>Los horrores del absolutismo.</i> . . . . .	1
NAQUET.— <i>La Anarquía y el colectivismo.</i> . . . . .	1
NIETZSCHE.— <i>Así hablaba Zaratustra.</i> . . . . .	1
» — <i>La genealogía de la moral.</i> . . . . .	1
» — <i>La gaya ciencia.</i> . . . . .	1
» — <i>El Anticristo.</i> . . . . .	1
» — <i>Aurora.</i> . . . . .	1
» — <i>El caso Wágner.</i> . . . . .	1
» — <i>El crepúsculo de los ídolos.</i> . . . . .	1
» — <i>Más allá del bien y del mal.</i> . . . . .	1
» — <i>El origen de la tragedia.</i> . . . . .	1
» — <i>El viajero y su sombra.</i> . . . . .	1
» — <i>Humano, demasiado humano.</i> . . . . .	1
NIN FRÍAS.— <i>Ensayos de crítica é historia.</i> . . . . .	1
OCTAVIO PICÓN.— <i>Drama de familia.</i> . . . . .	1
PALOMERO.— <i>Su Majestad el hombre.</i> . . . . .	1
PEDRELL.— <i>Musicalerías.</i> . . . . .	1
PÉREZ ARROYO.— <i>Cuentos é historias.</i> . . . . .	1
PETRONIO.— <i>El Satiricón.</i> . . . . .	1
PÍO BAROJA.— <i>El tablado de Arlequín.</i> . . . . .	1

POE (EDGARDO).— <i>Eureka</i> (Estudio del Universo material y espiritual). . . . .	1
PRAT (JOSÉ).— <i>Crónicas demoledoras</i> . . . . .	1
PRAYCOURT (P.).— <i>La moral del cura</i> . . . . .	1
PROUDHON.— <i>¿Qué es la propiedad?</i> . . . . .	1
RAFANELLI (LEDA).— <i>Un sueño de amor</i> (novela social). . . . .	1
RECLÚS.— <i>Evolución y revolución</i> . . . . .	1
» — <i>La montaña</i> . . . . .	1
» — <i>Mis exploraciones en América</i> . . . . .	1
» — <i>El arroyo</i> . . . . .	1
RENÁN.— <i>Estudios religiosos</i> . . . . .	1
» — <i>El porvenir de la Ciencia</i> . . . . .	2
» — <i>El Anticristo</i> . . . . .	2
» — <i>La Iglesia cristiana</i> . . . . .	1
» — <i>Los evangelios y la segunda generación cristiana</i> . . . . .	2
» — <i>Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo</i> . . . . .	2
» — <i>Averroes y el Averroísmo</i> . . . . .	2
RHOIDIS (EMMANUEL).— <i>La papisa Juana</i> . . . . .	1
RIZAL.— <i>Noli me tângere</i> . ( <i>El país de los frailes</i> ). . . . .	1
ROBERT.— <i>Los cachivaches de antaño</i> . . . . .	1
ROCHEFORT.— <i>La aurora boreal</i> . . . . .	1
RODRÍGUEZ MENDOZA.— <i>Vida nueva</i> . . . . .	1
RODÓ (JOSÉ ENRIQUE).— <i>Ariel</i> . . . . .	1
ROJAS (RICARDO).— <i>El alma española</i> . . . . .	1
RYDBERG.— <i>Singoala</i> . . . . .	1
SALINAS.— <i>Los satíricos latinos</i> . . . . .	2
SCHOPENHAUER.— <i>La libertad</i> . . . . .	1
» — <i>El amor, las mujeres y la muerte</i> . . . . .	1
» — <i>Fundamento de la moral</i> . . . . .	1
SERAO (MATILDE).— <i>¡Centinela... alerta!</i> . . . . .	1
SÉVERINE.— <i>Páginas rojas</i> . . . . .	1
» — <i>En marcha</i> . . . . .	1
SOREL.— <i>El porvenir de los Sindicatos Obreros</i> . . . . .	1
» — <i>La ruina del mundo antiguo</i> . . . . .	1
SPENCER.— <i>Origen de las profesiones</i> . . . . .	1
» — <i>El individuo contra el Estado</i> . . . . .	1
» — <i>Creación y evolución</i> . . . . .	1
» — <i>Educación intelectual, moral y física</i> . . . . .	1
» — <i>Estudios políticos y sociales</i> . . . . .	1
» — <i>La religión: su pasado y su porvenir</i> . . . . .	1
» — <i>La Justicia</i> . . . . .	1
STRAUSS.— <i>Estudios literarios y religiosos</i> . . . . .	1
» — <i>La antigua y la nueva fe</i> . . . . .	1
SUDERMANN.— <i>El camino de los gatos</i> . . . . .	1
» — <i>El deseo</i> . . . . .	1

SUDERMANN.— <i>Las bodas de Yolanda.</i> . . . . .	1
» — <i>El molino silencioso.</i> . . . . .	1
» — <i>La mujer gris.</i> . . . . .	1
TAINÉ (H.)— <i>La pintura en Italia.</i> . . . . .	1
» — <i>Viaje por Italia.</i> . . . . .	3
» — <i>Filosofía del Arte.</i> . . . . .	2
» — <i>Los filósofos del siglo XIX.</i> . . . . .	1
» — <i>Los orígenes de la Francia contemporánea.</i>	2
TCHEKHOV.— <i>Vanka.</i> . . . . .	1
TENIENTE O. BILSE.— <i>Pequeña guarnición.</i> . . . . .	1
TOLSTOI.— <i>La verdadera vida.</i> . . . . .	1
» — <i>La guerra ruso-japonesa.</i> . . . . .	1
» — <i>La escuela de Yasnaïa-Poliana.</i> . . . . .	1
UGARTE.— <i>Visiones de España.</i> . . . . .	1
» — <i>El Arte y la Democracia.</i> . . . . .	1
URQUIJO.— <i>De mi cartera.</i> . . . . .	1
» — <i>Películas.</i> . . . . .	1
URALES (FEDERICO).— <i>Los hijos del amor.</i> . . . . .	1
VANDERVELDE.— <i>El colectivismo.</i> . . . . .	1
VOLTAIRE.— <i>Diccionario filosófico.</i> . . . . .	6
WAGNER.— <i>Novelas y pensamientos.</i> . . . . .	1
ZOLA.— <i>El mandato de la muerta.</i> . . . . .	1
» — <i>Cómo se muere.</i> . . . . .	1
ZOYDES.— <i>Pobreza y descontento.</i> —GEORGE (HENRY).— <i>La condición del trabajo.</i> . . . . .	1
ZOZAYA.— <i>El huerto de Epicteto.</i> . . . . .	1

### Últimas obras publicadas

UGARTE (MANUEL).— <i>Las nuevas tendencias literarias.</i> . . . . .	1
NAQUET (ALFREDO).— <i>La Humanidad y la Patria.</i> . . . . .	1
PALACIOS (LEOPOLDO).— <i>Las universidades populares.</i> . . . . .	1
FRANCÉS (JOSÉ).— <i>Miedo.</i> . . . . .	1
GONZÁLEZ PEÑA (CARLOS).— <i>La chiquilla.</i> . . . . .	1
POSADA (ADOLFO).— <i>Autores y libros.</i> . . . . .	1
MORAYTA (MIGUEL).— <i>¡Aquellos tiempos!</i> . . . . .	1
VASSEUR (ARMANDO).— <i>Origen y desarrollo de las institu- ciones occidentales.</i> . . . . .	1
TORRES (CARLOS ARTURO).— <i>Idola Fori.</i> . . . . .	1
TALERO (EDUARDO).— <i>Ecos de ausencia.</i> . . . . .	1
ZOZAYA.— <i>El libro del saber doliente.</i> . . . . .	1



Obras publicadas á UNA peseta el tomo

- Matto de Turner (Clorinda)*.—Aves sin nido (novela peruana).  
*Max Nordau*.—El mal del siglo. 2 t.  
*Max Nordau*.—Las mentiras convencionales de la civilización. 2 tomos.  
*Max Nordau*.—Matrimonios morganáticos. 2 tomos.  
*Max Nordau*.—La comedia del sentimiento.  
*Max Stirner*.—El único y su propiedad. 2 tomos.  
*Mazzini (José)*.—Deberes del hombre.  
*Merejkowski*.—La muerte de los dioses. 2 tomos.  
*Merejkowski*.—La resurrección de los dioses. 2 tomos.  
*Merejkowski*.—El Anticristo (Pedro y Alejo). 2 tomos.  
*Mirimée*.—Los hugonotes.  
*Merimée*.—Cosas de España.  
*Merlino*.—¿Socialismo ó Monopolismo?  
*Michel (Luisa)*.—El mundo nuevo.  
*Mi beau*.—Sebastián Roch (La educación jesuítica).  
*Mirbeau*.—El abate Julio.  
*Mitjana*.—Discantes y contrapuntos.  
*Mitjana*.—En el Magreb-el-Aksa (Viaje á Marruecos).  
*Moebius*.—La inferioridad mental de la mujer.  
*Morote*.—Pasados por agua.  
*Morote*.—Rebaño de almas.  
*Morote*.—La Duma (Segunda parte de «Rebaño de Almas».)  
*Nákens*.—Horrores del absolutismo.  
*Naquet*.—La Anarquía y el Colectivismo.  
*Nietzsche*.—Así hablaba Zaratustra.  
*Id.* —La genealogía de la moral.  
*Id.* —La Gaya ciencia.  
*Id.* —El Anticristo.  
*Id.* —Aurora.  
*Id.* —El caso Wágner.  
*Id.* —El crepúsculo de los ídolos.  
*Id.* —Más allá del bien y del mal.  
*Id.* —El origen de la tragedia.  
*Id.* —El viajero y su sombra.  
*Id.* —Humano, demasiado humano.  
*Nin Frias*.—Ensayos de crítica é historia.  
*Ocínzio Picón*.—Drama de familia.  
*Pearell*.—Musicalerías.  
*Pérez Arroyo*.—Cuentos é historias.  
*Petronio*.—El satiricón.  
*Pio Baroja*.—El tablado de Arlequín.  
*Prat*.—Crónicas demoledoras.  
*Praycourt*.—La moral del curialat Valenciano.  
*Proudhon*.—¿Qué es la propiedad?  
*Reclús*.—Evolución y revolución.  
*Reclús*.—La montaña.  
*Reclús*.—Mis exploraciones en América.  
*Reclús*.—El arroyo.  
*Renán*.—Estudios religiosos.  
*Renán*.—El porvenir de la Ciencia. 2 t.  
*Renán*.—El Anticristo. 2 tomos.  
*Renán*.—Los Evangelios y la segunda generación cristiana. 2 tomos.  
*Renán*.—La iglesia cristiana.  
*Renán*.—Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo. 2 tomos.  
*Rizal*.—Noli me tângere (El país de los frailes).  
*Robert*.—Los cachivaches de antaño.  
*Rochefort*.—La aurora boreal.  
*Rodríguez Mendoza*.—Vida nueva...  
*Rydberg*.—Singoala.  
*Salinas*.—Los satíricos latinos. 2 t.  
*Serao (Matilde)*.—¡Centinela, alerta!...  
*Schopenhauer*.—El amor, las mujeres y la muerte.  
*Shopenhauer*.—La libertad.  
*Séverine*.—Páginas rojas.  
*Séverine*.—En marcha...  
*Sorel*.—El porvenir de los Sindicatos Obreros.  
*Spencer*.—Origen de las profesiones.  
*Spencer*.—El individuo contra el Estado.  
*Spencer*.—Creación y evolución.  
*Spencer*.—Educación intelectual, moral y física.  
*Strauss*.—Estudios Literarios y Religiosos.  
*Strauss*.—La antigua y la nueva Fe.  
*Sudermann*.—El camino de los gatos.  
*Sudermann*.—El deseo.  
*Sudermann*.—Las bodas de Yolanda.  
*Sudermann*.—El molino silencioso.  
*Sudermann*.—La mujer gris.  
*Tchekhov*.—Vanka.  
*Teniente O. Bilse*.—Pequeña guarnición.  
*Tolstoi*.—La verdadera vida.  
*Tolstoi*.—La guerra ruso-japonesa.  
*Tolstoi*.—La escuela Yasnáia-Poliana.  
*Ugarte*.—Visiones de España.  
*Ugarte*.—El Arte y la Democracia.  
*Urquijo*.—De mi cartera.  
*Vandervelde*.—El colectivismo.  
*Voltaire*.—Diccionario filosófico. 6 t.  
*Wagner*.—Novelas y pensamientos.  
*Zola*.—El mandato de la muerte.  
*Zola*.—Cómo se muere.  
*Zozava*.—El huerto de Erieteta

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

- H. Taine.*—La pintura en Italia.  
*H. Taine.*—Viaje por Italia. 3 tomos.  
*H. Taine.*—Filosofía del Arte. 2 tomos.  
*H. Taine.*—Los filósofos del siglo XIX.  
*Flaubert (Gustavo).*—La tentación de San Antonio.  
*Poe (Edgardo).*—Eureka (Estudio del Universo material y espiritual).  
*Spencer.*—Estudios políticos y sociales.  
*Spencer.*—La religión: su pasado y su porvenir.  
*Ibsen.*—Cuando resucitemos.—Juan-Gabriel Borkman.  
*Schopenhauer (Arturo).*—Fundamento de la moral.  
*Renán.*—Averroes y el averroísmo. 2 t.  
*Sorel.*—La ruina del mundo antiguo.  
*Jacquinet (Clemencia).*—Ibsen y su obra.  
*Aleramo (Sibila).*—Una mujer.  
*García Calderón (F.).*—Hombres é ideas de nuestro tiempo.  
*Finot.*—El prejuicio de las razas. 2 t.  
*Palomero.*—Su Majestad el hombre.  
*Labriola (Antonio).*—Del materialismo histórico.  
*B. E. del Castillo.*—Dos Américas.  
*B. E. del Castillo.*—Mutualidad, Cooperativismo y Previsión.  
*Max Halbe.*—Juventud (drama).  
*Altamira (Rafael).*—Cosas del día.  
*Morote.*—La conquista del Mogreb.  
*Morote.*—De la Dictadura á la República (La vida política en Portugal).  
*Zoydes.*—Pobreza y descontento.—*H. George.*—La condición del trabajo.  
*Büchner.*—Ciencia y Naturaleza.  
*Rojas (Ricardo).*—El alma española.  
*Urales (Federico).*—Los hijos del amor  
*Rhoïdis.*—La Papisa Juana.  
*Spencer.*—La Justicia.  
*Urquijo (Fernando de).*—Películas.  
*Taine (H.).*—Los orígenes de la Francia contemporánea. 2 tomos.  
*Dide (A.).*—Miguel Servet y Calvino.  
*Bovio (Juan).*—Las doctrinas de los partidos políticos en Europa.  
*Capitán Casero.*—Recuerdos de un revolucionario.  
*Del Castillo Márquez (F. X.).*—Bajo otros cielos.  
*Moleschot (Jacobo).*—La circulación de la vida. 2 tomos.  
*Rafanelli (Leda).*—Un sueño de amor.  
*Bouhélier.*—El rey sin corona (drama).  
*Benuzzi (Rodolfo).*—Creación y vida.  
*Fabbri.*—Sindicalismo y Anarquismo.  
*Leone (Enrique).*—El Sindicalismo.  
*Hæckel.*—Las maravillas de la vida. 2 t.  
*Echagüe (J. P.).*—Prosa de combate.  
*Buckle (Enrique).*—Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX.  
*Rodó (José Enrique).*—Ariel.  
*Guerin Ginisty.*—El fango.  
*Bracco (Roberto).*—Se acabó el amor.—*B. Bjærnson.*—Una quiebra.  
*Laclos.*—Las amistades peligrosas.  
*Ugarte (Manuel).*—Las nuevas tendencias literarias.  
*Naquet.*—La Humanidad y la Patria.  
*Palacios (Leopoldo).*—Las universidades populares.  
*Francés (José).*—Miedo.  
*González Peña (Carlos).*—La chiquilla.  
*Posada (Adolfo).*—Autores y libros.  
*Morayta (Miguel).*—¡Aquellos tiempos!  
*Vasseur (Armando).*—Origen y desarrollo de las instituciones occidentales.  
*Torres (Carlos Arturo).*—Idola Fori.  
*Zozaya.*—El libro del saber doliente.

OBRAS DE CARMEN DE BURGOS

- La cocina moderna** (Contiene más de 800 fórmulas).—UNA PESETA.  
**Arte de saber vivir** (*Prácticas sociales*).—UNA PESETA.  
**Modelos de cartas.**—UNA PESETA.  
**Salud y belleza** (*Secretos de higiene y tocador*).—UNA PESETA.  
**Cuentos de Colombine** (*novelas cortas*).—TRES PESETAS.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

- Voltaire.**—*La Doncella* (1 tomo). Una peseta.  
**Casanova.**—*Amores y Aventuras* (1 tomo). Una peseta.  
**Apuleyo.**—*El Asno de Oro* (La Metamorfosis) (1 tomo). Una peseta.  
**Longo.**—*Dáfnis y Cloe* (1 tomo). Una peseta.  
**Cuentistas italianos.**—*Obras galantes* (1 tomo). Una peseta.

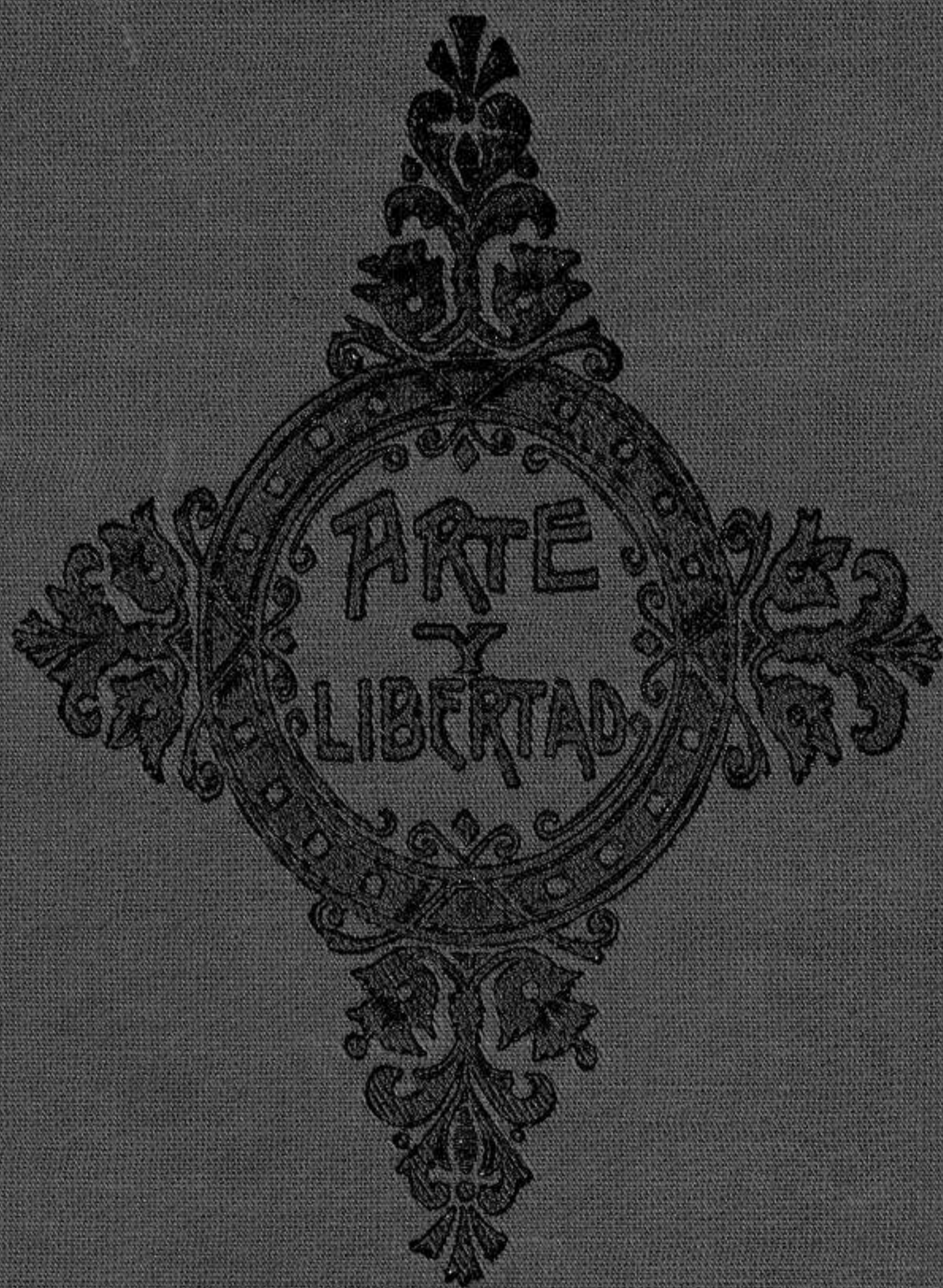












Biblioteca Valenciana

16



VALENTIN

ECCLESIASTICA

L

SEN



V

C.V.

16564